A. 23932

~~2475~~

R.23932

RELACION DEL MARTYRIO DE LOS QUARENTA MARTYRES DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

BIBLIOTHECA NACIONAL DE LISBOA

VIDA

DEL VENERABLE MARTYR

P. IGNACIO ACEVEDO

R.1033

SU SUPERIOR,

MARTYRIZADOS POR LOS HEREGES Calviniſtas, en odio de la Santa Fè Catholica.

SACADA DE LOS PROCESSOS ORIGINALES hechos para ſu Beatificacion.

QUE DIÒ A LUZ EL P. ANTONIO CABRAL en Idioma Italiano.

Y NUEVAMENTE TRADUCIDA POR UN Religioſo de la miſma Compañia.

Con Licencia. En Madrid: En la Imprenta, y Librerìa de Manuel Fernandez, en la Caba Baxa. Año de M.DCC.XLIV.

RELACION
DEL MARTYRIO
DE LOS QUARENTA MARTYRES
DE LA COMPAÑIA
DE JESUS.

VIDA
DEL VENERABLE MARTYR
P. IGNACIO ACEVEDO, 1683
SU SUPERIOR,

MARTYRIZADOS POR LOS HEREGES Calvinistas, en odio de la Santa Fé Catholica.

SACADA DE LOS PROCESSOS ORIGINALES hechos para su Beatificacion.

QUE DIÓ A LUZ EL P. ANTONIO CABRAL en Idioma Italiano.

Y NUEVAMENTE TRADUCIDA POR UN Religioso de la misma Compañia.

Con Licencia. En Madrid: En la Imprenta y Librería de Manuel Fernandez, en la Calle Ancha. Año de MDCCXLIV.

APROBACION DEL P. JOSEPH Caſſani, de la Compañia de Jeſus, Calificador del Conſejo Supremo de la Santa, y General Inquiſicion.

M. P. S.

DE orden de V. A. he viſto la traduccion del Libro: *Hiſtoria del Martyrio de los quarenta Martyres de la Compañia*, que en Idioma Italiano diò à luz el P. Antonio Cabràl, de la miſma Compañia, y ſe tradùce en Eſpañol. En quanto al libro en ſu origen, ni puede eſtàr mas bien diſpueſto, ni mejor ordenado, ni mas claro en la explicacion, ni mas dulce en el eſtilo. La traduccion correſponde harmonioſamente àl original; es copia, que ſin reſabio de ir ligada, corre en ella el pincèl (no es mucho que llame aſsi à eſta Pluma) con tanta naturalidad en nueſtra lengua, que parece que ha nacido en ella, y no trae ſu alcurnia de eſtrangera Region: no es mu-

cho, lo mismo le sucede al Traductor. En uno, y otro Idioma, es libro de mucha edificacion à los Fieles, de sumo exemplo à la constancia, y de ternura à la devocion, en la pintura de tantos Martyres, que los mas de ellos, en la flor de su edad, se ofrecieron victimas à la Fè, dando el fruto al primer desabrochar su lucimiento; y como dice nuestro muy Santo Padre, son la mayor honra, y lustre de mi Sagrada Religion. Por cuyos motivos, no teniendo este libro proposicion alguna que se oponga à nuestra Santa Fè, buenas costumbres, y Regalías de su Magestad, juzgo se le debe conceder la licencia que pide, para la publica edificacion. Este es mi parecer: *Salvo, &c.* En el Colegio Imperial de Madrid à 6. de Febrero de 1744.

Joseph Cassani.

LICEN-

LICENCIA DEL CONSEJO.

DON Miguèl Fernandez Munilla, Secretario del Rey nueſtro Señor, ſu Eſcrivano de Camara mas antiguo, y de Govierno del Conſejo: Certifico, que por los Señores de èl ſe ha concedido licencia al Padre Antonio Cabràl, de la Compañia de Jeſus, para que por una vez pueda imprimir, y vender un Libro, cuyo titulo es: *Hiſtoria del Martyrio de los quarenta Martyres de la Compañia*, con que la impreſsion ſe haga por el original, que và rubricado, y firmado al fin de mi firma; y que antes que ſe venda ſe trayga al Conſejo dicho Libro impreſſo, junto con ſu original, y Certificacion del Corrector de eſtàr conformes, para que ſe taſſe el precio à que ſe ha de vender. Y para que conſte lo firmè en Madrid à 7. de Febrero de 1744.

D. Miguèl Fernandez Munilla.

CEN-

CENSURA DEL P. JOSEPH Carraſco, de la Compañia de Jeſus, Maeſtro de Theologìa Eſcolaſtica en el Colegio Imperial.

DE orden de V.S. he leìdo con ſingular placer un libro, cuyo titulo es: *Hiſtoria de los quarenta Martyres de la Compañia*, que del Toſcano, en que le ſacò à luz el P. Antonio Cabràl, Jeſuita, le traduce al Caſtellano otro de la miſma Compañia de Jeſus. Y para decir verdad, tres coſas notè en eſta obra dignas de toda reflexion. El aſſunto, el objeto, y el Traductor: el aſſunto por ſu matèria, el objeto por ſus circunſtancias, y el Traductor por ſu pluma.

La materia del aſſunto es un glorioſo triumpho de la Fè Catholica Romana, en que à viſta de los Hereges ſus enemigos, quarenta teſtigos fieles la rubricaron con ſu ſangre. Y en tiempos tan laſtimoſos, en que el veneno de la heregìa llega caſi al corazon de la Chriſtiandad, no puede ſer mas conducente el teſtimonio de eſtos glorioſos Confeſſores de Chriſto, para credito de nueſtra Religion, y argumento convincente de la he-

re-

rerica pertinacia. En esta victoria señalada se vè erigido un triumpho nuevamente acreditado con el Oraculo del Vaticano, que declara su glorioſiſsima conſtancia, y fortaleza. El objeto principal es el V. P. Ignacio Acevedo, Superior, y Capitan de esta Apoſtolica Compañia, cuya Vida se propone como un claro espejo, en que se retrata muy al vivo la imagen de la virtud. En èl tienen los Nobles dechado; los que no lo son, exemplo; y todos poderoso incentivo para nivelar sus acciones; à que puede añadir mi Madre la Compañia una incomparable dicha, quando logre adorar un segundo Ignacio en sus Altares.

La pluma del Traductor, que parece se cortò unicamente para escrivir Heroiſmos, confieſſo, que me hizo dudar, si era original lo que presentaba por copia. Solo puedo llamarla con este nombre, por la abundancia de luces, con que como tan dueño de uno, y otro Idioma, forma la eclyptica de estos quarenta sagrados Astros, cuyo domicilio proprio es la Compañia de Jesus, y en cuyas manos se vèn todas las estrellas resplandecientes. La pureza del lenguage, limpieza del estilo, y gala de sus conceptos, es igual

à

à todas sus obras, que tanto han enriquecido el tesoro de nuestra lengua Castellana, à que está laudabilísimamente dedicado. Por esto, y por no hallarse en toda la obra cosa que disuene à los dogmas Catholicos, ni à las buenas costumbres, juzgo que V. S. debe darle la licencia que pide, y todos muchas gracias, por franquearnos en nuestro Idioma esta pieza de tanta utilidad, como edificacion. Así lo siento; *salvo meliori*, en este Colegio Imperial. Madrid, y Febrero 3. de 1744.

Joseph Carrasco.

LICN-

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOS el Lic. D. Miguèl Gomez de Eſcobar, Inquiſidor Ordinario, y Vicario de eſta Villa de Madrid, y ſu Partido, &c. Por la preſente, y por lo que à Nos tocá, damos licencia, para que ſe pueda imprimir, è imprima el Libro intitulado: *Hiſtoria de los quarenta Martyres de la Compañia*, que del Toſcano, en que le ſacò à luz el P. Antonio Cabràl, Jeſuita, le traduce al Caſtellano otro de la miſma Compañia de Jeſus: Atento à que de nueſtra orden, y comiſſion ha ſido viſto, y reconocido, y parece no contiene coſa, que ſe oponga à nueſtra Santa Fè, y buenas coſtumbres. Dada en Madrid à 5. de Febrero de 1744.

Lic. Eſcobar.

Por ſu mandado.
Matheo Fernandez Moreno.

FEE DE ERRATAS.

PAg. 65. linea 16. pero, lee *y*. Pag. 210. linea 3. el, lee *al*.

Eſte Libro, que he viſto, intitulado: *Hiſtoria de los quarenta Martyres de la Compañia*, eſtà fielmente impreſſo, y correſponde con eſtas erratas à ſu original. Madrid, y Febrero 10. de 1744.

Lic. Don Manuel Licardo de Rivera,
Corrector General por ſu Mageſtad.

SUMA DE LA TASSA.

TAſſaron los Señores del Real, y Supremo Conſejo de Caſtilla, eſte Libro intitulado: *Hiſtoria de los quarenta Martyres de la Compañia*, à ſeis maravedis cada pliego, como mas largamente conſta de ſu original, à que me remito.

D. Miguèl Fernandez Munilla.

TA-

TABLA

DE LOS CAPITULOS contenidos en eſte Libro.

Introduccion. Pagina 1.

CAP. I. *Padres, nacimiento, crianza, y vida ſecular en ſu juventud del Venerable Padre Ignacio Acevedo*, pag. 9.

Cap. II. *Entra en la Compañia de Jesvs, y ſus primeros años de vida religioſa*, pag. 20.

Cap. III. *Ordenaſe Sacerdote, y es electo Rector, aun en el tiempo que eſtudiaba Theologìa. Porte que tuvo en eſte ſu primer govierno*, pag. 31.

Cap. IV. *Es Vice-Provincial: Vuelve deſpues à eſtudiar los Curſos, que havia interrumpido de Theologìa; y acompaña al Obiſpo de Braga en la Viſita de ſu Diocesi*, pag. 48.

Cap. V. *Es Rector del nuevo Colegio de Braga: Su religioſo, y diſcreto porte: Quareſma que predicò en Barcelos; y algunas maravillas que alli ſucedieron*, pag. 69.

Cap. VI. *Embian los Padres de Portugal à Roma al Padre Ignacio Acevedo; y San Franciſco de Borja le embia al Braſil, con el titulo de Viſitador de aquellas Miſsiones*, pag. 88.

Cap. VII. *Vuelve à Roma, y conſigue de San Franciſco de Borja volver al Braſil con recluta de Jeſuitas Operarios: Confirma eſta reſolucion San Pio V. y honra*

honra con muchos favores al Padre Ignacio Acevedo, pag. 108.

Cap. VIII. *En los Colegios de Eſpaña, y deſpues en los de Portugal, junta los Miſsioneros para el Braſil; y la ſanta diſpoſicion con que ſe previnieron todos para la navegacion*, pag. 120.

Cap. IX. *Embarcaſe con ſeſenta y nueve Compañeros: Aporta à la Isla de la Madera, y paſſa à la de la Palma*, pag. 132.

Cap. X. *Toma tierra en una cala de la Isla de la Palma; y por diſpoſicion Divina, volviendo à embarcarſe, tropieza con las Naos de los Calviniſtas*, pag. 151.

Cap. XI. *Cae en manos de los Calviniſtas, de los quales, con nueve Compañeros, fuè muerto en odio de nueſtra Santa Fè*, pag. 165.

Cap. XII. *Proſigue à referirſe el Martyrio en los demàs Compañeros del Padre Acevedo; y como haviendo quedado uno vivo, entrò otro à cumplir el numero de quarenta*, pag. 183.

Cap. XIII. *De lo que ſucediò en la Nao Santiago, deſpues de la muerte de los quarenta Martyres*, pag. 201.

Cap. XIV. *Algunas ſeñas milagroſas con que Dios manifeſtò la gloria de ſus Martyres, deſpues de ſu muerte*, pag. 209.

Cap. XV. *Del culto con que han ſido venerados los quarenta Martyres; y de los principios, y progreſſos de la Cauſa de ſu Beatificacion, haſta el Decreto de N. SS. P. Benedicto XIV.* pag. 223.

Braſilienſe Decreto en la Cauſa de la Beatificacion, y Canonizacion, ò Declaracion del Martyrio de los Venerables Siervos de Dios Ignacio de Acevedo, y otros treinta y nueve Jeſuitas, pag. 241.

INTRO-

INTRODUCCION.

HAVIENDO decretado la Santidad de N. S. P. Benedicto XIV. glorioſamente reynante, en el dia 21. de Septiembre de el año paſſado de 1742. que eſtà baſtantemente probado el martyrio, y la cauſa del martyrio de los cèlebres quarenta Martyres de la Compañia de Jeſus, ſe ha excitado en los Fieles, que eſtàn noticioſos de la Hiſtoria de ſu triunfo, una eſtimacion, cariño, y privada devocion, tan eſtendida, que no pudiendo conſeguir la de muchos el teſoro de alguna de ſus reliquias, pues ſus cuerpos, y ſus pobres alhajas, como breviarios, y veſtidos, ſe-

pultò entre las olas la furia de los enemigos de Dios, y de ſu Fè, ſe han canſado las prenſas, y conſumido las laminas, en ſatisfacer con eſtampas, el ardiente deſeo, ò privada devocion de los apaſsionados. Correſpondiente à eſte aplauſo, ò devota commocion ha ſido el benigno empeño, ò fructuoſa dignacion de los Venerables Martyres en favorecer à ſus devotos, contandoſe yà en eſte corto tiempo muchas, y ſeñaladiſsimas gracias, conſeguidas por ſu poderoſa interceſsion: y como ſea cierto, que el proprio interès acude fervoroſo à las aras, que ha experimentado propicias; el logro, y felicidad, el exemplo de los favorecidos ha movido à que ſean muchos los deſeoſos, y los ſolicitos de tan benigno patrocinio. A eſte fin me ha parecido ſer util, ſer juſto, ſer debido, y aun neceſſario, dàr noticia de la vida, de la muerte, de las virtudes de eſtos glorioſos Martyres; y tanto mas eficàz conſidero eſte motivo, quanto

fin

ſin eſta noticia no ſe puede excitar aquella ſuerte de devocion, que conſiſte en la imitacion de ſus virtudes, que es la mas acepta à Dios, y agradable à ſus Santos. Bien ſea entendido, que tratandoſe cauſas de Martyres, y martyrio, no ſe debe examinar otro punto, que de aquel ultimo de ſu vida, en que ſe aſſegura la perſeverancia final; pero no eſtamos en el caſo que de los quarenta no podamos ſaber mas que ſu muerte. De algunos, por lo menos ſabemos mucho de ſu vida; vida, y muerte, ſon para los Santos gloria; pero para noſotros ſu muerte es motivo para la devocion, y los caſos de ſus vidas para la imitacion, y exemplo. Todos los quarenta fueron Religioſos de la Compañia de Jeſus, eſta es ſuma gloria de mi Sagrada Religion. Todos ellos ſe conſagraron al cultivo de los barbaros Infieles de la America, que ciegos vivian en las tinieblas de ſu Paganiſmo. Todos ofrecieron eſte penoſo empleo

con plena noticia de los inmenſos trabajos, que ofrecia el inculto terreno, para cuyo cultivo era preciſo piſar abrojos, y deſenmarañar eſpinos; y finalmente, todos ſe ofrecieron à tan ardua empreſſa con la previſion notoria, con el conocimiento cierto, y con la eſperanza caſi ſegura de que ſu premio ſeria un martyrio, y el mas feliz exito una muerte violenta. Todos havian procurado merecer con ſus religioſas virtudes tan precioſa ſuerte; y bien ſabido es, que un galardon de tan alta naturaleza; no ſuele concederle la Providencia Divina, ſino à quien tiene por baſa un extraordinario merito de virtudes. Pero aqui ſuſpende la pluma la arduidad miſma, que ſe ofrece à los ojos; pues no tratandoſe de uno, ù dos Martyres, ſino de un batallon de quarenta à un tiempo, y en un dia, ſe harà peſada la leyenda de quarenta Vidas; y eſto aun en el caſo que ſe pudieran texer, y ordenar, lo que es dificilimo; porque haviendoſe aliſtado eſte eſquadron

en

en diverſas partes de diſtintos Reynos, haviendo vivido juntos poco tiempo, y no ſabiendoſe entonces la futura contingente gloria de ſu martyrio, ni ſe conſervaron las memorias, ni ſe archivaron los exemplos. Por eſtas razones, evitando los eſcollos de hablar mucho, y de callarlo todo, ſe toma en eſte eſcrito un medio termino de dibujar ſuccintamente la vida, los hechos, las virtudes del P. Ignacio Acevedo, Capitan, Guia, Conductor, y Superior de eſta glorioſiſsima Eſquadra, y de los otros treinta y nueve Compañeros ſolo ſe referirà el martyrio, en que acompañaron à ſu Maeſtro; y aſsi ſe eſpera lograr, que el Lector, ſin mucho trabajo en leer, tenga mucho que imitar, y el Autor tenga la grande ganancia por corto trabajo de ofrecer muchos motivos para alabar à Dios en ſus Santos en la tierra, y dàr à ſus Lectores, con ſolo un libro, quarenta Abogados en el Cielo.

Haſta aqui tendiò las velas el prin-

ci-

cipal Autor de esta vida, que mortificò nuestra curiosidad, ocultando su nombre entre las razones de su humildad, no se alcanzan por todos los entendimientos estos primores de lo humilde, ningun Padre niega al hijo, que sobre bien inclinado, nace amable, hermoso, y agraciado. Este pequeño escrito saliò tan perfecto, que si bien el Traductor ha gastado la mejor parte de su vida en dibujar vidas de Santos, y siquiera, à fuerza de la experiencia, tiene mucha practica de semejantes escritos, leìdo este, quedò convencido de que mejor, ni mas clara relacion no la podia texer su menor talento, ni se podia idear por mas lucido ingenio; por cuya razon, abandonando toda aquella satisfaccion propria, que trae consigo el nombre de Autor, toma el apreciable assunto (con desdèn le miran los Sabios) de puro Traductor; bien que aqui entra otra grave dificultad. Traducir un escrito es copiar una pintura: estimanse poco las copias,

por-

porque rara vez ſalen como los originales, và el pulſo timido en correr las lineas; y forzado el pincèl, por temor de ſalirſe fuera del perfil: el eſcrivir con regla no es oficio para quien tiene ligera la pluma; y el traducir, ò copiar tiene la arduidad de las vivezas, las expreſsiones, las fraſes, que en la lengua original ſon viviſsimas, gallardas, y expreſſivas, y no correſponden con igual viveza à la lengua en que ſe traduce, y otras veces ſucede muy al contrario, por la diverſidad grande, que tienen los ſintaxis; por lo qual es maxima ideal, que para traducir facilmente es conveniencia no penetrar ninguna de las dos lenguas; porque no conociendo los errores, ſe llenan facilmente las planas. Para ocurrir à eſte inconveniente, traducirè ſolo la ſuſtancia, y lo que pueda en el modo, nunca ſaldrè del perfil; pero los colores ſeràn los de la Nacion en que traduzco, y el pincèl correrà libre, procurando no ſe dè à conocer la copia por

ſu

ſu dureza, ò lo forzado de las lineas. O ſi yo alcanzàra copiar bien aquel eſpiritu de devocion, aquella union de ſuavidad, que exprime, y con que alhaga el principal Autor en ſus igualmente devotas, que elegantes clauſulas! Eſto ſe procurarà, como que eſte ſea el primero, y principal fin de eſte trabajo.

CA-

CAPITULO PRIMERO.

PADRES, NACIMIENTO, crianza, y vida ſecular en ſu juventud del V. P. Ignacio Acevedo,

ES la nobleza heredada bien, y prerrogativa, que dà la fortuna; que à los Santos ſolo ſirve para el deſprecio, ò para el merito, que logran en ſu abandono; pero no obſtante eſta verdad, que debe atender la edificacion, tiene lo noble un no sè què de reſplandor, que hace reſaltar à la virtud. Un diamante engaſtado en oro, es anillo; que aprecia la mas ſoberana Reyna: el miſmo pueſto aprueba en el plomo: ſolo le conoce, y eſtima ſus fondos, y riqueza intrinſeca, ò un Lapidario por ſu oficio, ò un habil Platero por ſu experimental practica. Eſta es la diferencia del valor intrinſeco, al reſplandor del lucimiento. No faltò eſte à nueſtro invicto Martyr.

Naciò en el año de 1527. en la Ciudad Do Porto, una de las Maritimas mas ilustres, y nombradas de todo el Reyno. La nobleza de la familia de Acevedo, por antigua, y notoria, no permite, que sin ofensa de su notoriedad formemos aqui un Arbol de su antigua Genealogìa: baste decir, que Geronymo Acévedo, hermano menor de nuestro Martyr, despues de haver governado Exercitos en el Oriente, tomò el mando de toda la Conquista, con el condecorado titulo de Virrey, que ni entonces, ni aun despues se ha concedido à ninguno, que no tenga por basa de su trono una muy assegurada, y constante nobleza. De este grande hombre me es debido hacer honorifica mencion, no solo porque siendo hermano entero de nuestro Martyr, assegura en ambos su nobleza, sino tambien porque como buen hermano de nuestro Ignacio, en honor, y cariño suyo, fuè insigne bienhechor, favorecedor, y Patrono de la Compañia, en cuyo

yo bien, y provecho empleò mucho caudal de su estimacion, autoridad, y poder; y si como Religiosos se debia quedar en sola estimacion su nobleza, como honrados no podemos olvidar nuestro agradecimiento. Los Padres de ambos se llamaron Don Manuel de Acevedo, y Doña Violante Pereyra, de familia igualmente noble, y autorizada en todo el Reyno.

La primera, pero muy singular ventaja, que logra la fortuna de nacer noble, es la conveniencia de una buena educacion; la de Ignacio fuè la que correspondia à un primogenito de casa ilustre. Sus primeras lecciones fueron, con la direccion de su madre, documentos, y doctrinas de piedad, devocion, y honradez. Al mismo amanecer la luz de la razon, descubriò lucidos destellos de entendimiento vivo, y de ingenio delicado; por esso, sin permitir lugar, ò tiempo à que el ocio se insinuasse en su inutil descanso, le aplicaron sus Padres

al estudio, cuidando mucho de que sus Maestros fuessen de aquellos, que enseñan mas de lo que saben, porque el buen metodo abre camino, y es guia, ò luz para que los Discipulos sepan aprovecharse por sì mismos, y salir, ò sobresalir sobre sus mismos Maestros. Celaban sus Padres, que el niño estudiasse con empeño, no porque imaginassen, que el estudio podia, ò debia ser socorro, ò ayuda para valer en el mundo, quien por sì tenia en su mismo nacimiento merito para ser mucho, sino porque conocian, que el ocio en la juventud es raìz de todo mal, y la ignorancia en los nobles es lunar, que afea su esplendor, y que muchos pierden por ignorantes, lo que debian lograr, si no estuviera sin el debido pulimento su nobleza. Muy desde luego se descubriò el fondo del ingenio, y comprehension de Ignacio, y muy desde luego saliò à luz su bella indole, su natural suave, y su docilidad à los buenos consejos. Un cierto sentimien-

miento, conocimiento, ò ternura, que explicaba en las cosas de Dios, mostraba que su Magestad havia elegido aquella alma para sì. Era maravilla, que repararon todos, vèr à un niño vivo, capàz, ardiente, fogoso, y señorito, que con mas gusto acudia, y aun corria à los exercicios de devocion, que à los divertimientos, entretenimientos, ò juegos, que son propria, y natural diversion de aquella edad. A la medida misma, que crecia la edad, se admiraba en el joven aquel su genio, y natural tan devoto, que ninguna de sus acciones dexaba que enmendar defecto à los dictamenes, ò preceptos de la virtud. Era respetuoso à los mayores, obediente à los Padres, contenido con los iguales, no daba motivos para desamor, ni se introducia à peligrosas confianzas. Por zelos santos de su misma virginal innocencia, quando casi no era capàz de marchitarla, practicò los dos medios mas eficaces para preservar los riesgos, que son la guarda de

sus

ſus ſentidos, y la devocion à la Santiſsima Virgen Maria; con eſta Señora era tan tierna ſu devocion, que no ſabìa nombrarla ſin el cariñoſo, y dulce nombre de Madre, y como buen hijo lograba todas las ocaſiones, que en obras, y palabras pudieſſen ganarla la voluntad, y cariño de hijo: gaſtaba algun tiempo en las Igleſias, mas encontrando un Altar de Maria, no ſabìa apartarſe de ſu tarima, ni ſu corazon de ſus aras. Tenia encomendada ſu pureza à Maria, como quien conocia muy bien, que el ofrecerle ſu caſtidad era ſu mayor obſequio; y en ſu reverencia, y reſpeto, no queriendo que le faltaſſe merito, para lograr ſu patrocinio, armandoſe de cota contra los inſultos del comun enemigo, hizo, con gran ſecreto, que le labraſſen un cilicio de ſingular idèa, en que empleò ſu ingenio, y apurò ſu humilde ſecreto: era en forma de camiſa, à cuyo delgado lienzo ſe ajuſtaba como forro, y el miſmo le atàba con unos alfileres:

veſ-

veſtiale continuamente : ſus criados veìan la delgada camiſa , y eſta , aunque tan fina, ocultaba el que era inſtrumento de caſtiſsimo rigor.

En eſtas ſantas , ù ocupaciones , ù divertimientos , paſsò haſta el año 18. de ſu edad : aſsi viviò conſtante con el candor de ſu pureza , y aſsi paſsò en hueco aquel ardor de la ſangre, que ſuele reboſar en fatalidades , juntando en uno la innociencia de niño , y el juicio , y moderacion de anciano. Su Padre , que conociò los fondos de ſu prudencia , y habil economìa , y ſentado juicio , eſtando ocupado por ſu Rey en negocios de el comun govierno , juzgò conveniente fiar el de ſu hacienda à ſu hijo, y entregarlo el manejo , y economìa de toda la caſa , dandole la poſſeſsion antes que la herencia , y haciendole Señor deſpotico , en el tiempo que ſolo le tocaba poſſeer eſperanzas. Quizàs , quizàs , viendole tan deſpegado del mundo , y de ſus falſos hechizos , quiſo dar-

le

le à probar ſus delicias, ò ſus eſtimaciones, pot ſi las tomaba el guſto. Ignacio cumpliò en la exactitud, prudencia, y govierno quanto ſe podia eſperar; pero en lo demàs, como antès le enfadaba el mundo, y ſus bienes, por ſolo una ſimple diſplicencia, ahora ſu mayor conocimiento le faſtidiaba con horror, y ò le empalagaba el guſto de mandar, ò le amargaba el deſvelo de los cuidados. Eſta miſma agitacion de dudas, ò ſentimientos, le commoviò la natural congoja en pocos años de elegir camino, ò eſtado que ſeguir, para dirigir bièn ſu vida encaminada por el derecho camino que le conduxeſſe al ultimo dichoſo fin. Como yà era dueño de ſu perſona, comunicò ſu lucha, ò ſu complicacion de agitaciones con Don Enriquè Govea, con quien tenia amiſtoſa confianza. Era eſte Cavallero, en ſu proprio dialecto, Fidalgo de acreditada virtud, y ſoſſegada prudencia: y de ella usò en eſte lance; pues ſin reſolver la indiferen-

cia

cia de ſu libertad, le dixo: Amigo la eleccion de eſtado de que pende el ſoſſiego de toda la vida, y aun ſe puede decir la felicidad, ò deſgracia de la eterna, debe conſultarſe con Dios, porque ſolo del Cielo ſe puede aſſegurar el acierto: Dios ha pueſto yà en ſu Igleſia, y nos ha comunicado à todos el organo para oìr ſu voz, y medio para dirigir bien nueſtras conſultas, y para entendernos noſotros con ſu Mageſtad cara à cara, tratandole immediatamente: retirate ocho, ù quince dias, haz los Exercicios de San Ignacio, y no dudes de la iluſtracion del Cielo. Agradòle el conſejo, y ſin dilatar la execucion, tomò no sè què pretexto de ſus negocios, y paſsò à Coimbra, donde en nueſtro Colegio ſe encerrò à ſus exercicios: en ellos, à pocos dias, aun antes de haver entrado à las miſticas meditaciones, con ſolo los primeros deſengaños de la via purgativa, conociò claramente, que ni èl era à propoſito para el mundo, ni

las mundanas variedades, y cuidados llenaban su vocacion.

Pero su Padre, ignorante del interior de su hijo, que prudentemente havia sellado este secreto en su corazon, en el mismo tiempo que èl pensaba renunciar al mundo, pensaba en enlazarle, ò en arraygarle mas; y à este fin dispuso, y concordò un tratado de matrimonio muy ventajoso para su casa: à ella volviò Ignacio muy resuelto de hablar à su Padre, y muy solìcito de buena ocasion, que se le ofreciò muy pronta, porque el Padre no dudò, que convidandole con casamiento ventajoso en nobleza, y caudales, y buenas dotes de la esposa, aceptarìa la proposicion como prudente, y que conocia, que el pacifico estado del matrimonio es uno de los medios, que elevado por Christo à Sacramento, tiene la utilidad del sossiego, y quietud santa, y es medio para vivir christianamente, yà por las obligaciones, que le acompañan, yà por

el

el desahogo, que concede. Oyò Ignacio la propuesta, y logrò la ocasion, declarandose con su Padre, à quien agradeciò su cuidado, pero escusò su aceptacion, explicandole claramente su determinacion de abandonar el mundo, y recogerse à un Claustro. Esta proposicion, dicha tan resueltamente, fuè espada que atravesò el corazon del Padre por aquella comun aprehension, con que se imagina, que se pierden los hijos quando mas se ganan; pero cobrando fuerzas del mismo dolor, quiso abogar por su causa, dando razones, para convencer voluntades: esto era dificil, porque era trocar el objeto, y el uso de las potencias; pero à esta dificultad saliò al partido su Madre, y quiso defender su causa con el dulcisimo alegato de las lagrimas, tan usadas como natural encanto de las mugeres: oyò, y viò Ignacio, y como defendia mejor causa, hablò con su natural rethorica, que la lograba, y hablò tan bien, que obtuvo sen-

tencia à favor en el pleyto, consiguiendo de sus Padres la licencia, que podia desear, para retirarse del mundo, y abrazar el instituto, que mas le agradasse.

CAPITULO II.

ENTRA EN LA COMPAñIA de Jesvs, y sus primeros años de vida religiosa.

EN toda empressa humana, en todo negocio grave, la mayor dificultad es el primer passo: quien empieza bien, tiene vencida la mayor parte, ò la mitad de las dificultades; la mitad de la obra, dixo el Poeta. El primer passo, en este negocio, era contrastar la repugnancia, que se debia suponer en sus Padres: essa con felicidad la venciò, como hemos visto, con que empezò bien, y assi tenia yà conseguido mas de la mitad del negocio; tenia elegido por sì, y conseguida licencia de ser Religioso;

sal-

faltaba la eleccion de la particular Religion. Tuvo poco que meditar esta determinacion, y menos el logro: en los treinta dias, que havia estado en exercicios en nuestro Colegio de Coimbra, havia tratado con los nuestros, è insensiblemente se havia informado, y encariñado à nuestro instituto, observancia, y modo de vida. Al mismo tiempo los nuestros, que le havian tratado, conocieron por experiencia el fondo de sus talentos, con que con plena satisfaccion de las partes se convino, y perficionò el contrato; y hecha la renuncia de su herencia en su hermano Don Geronymo, y repartido entre pobres la parte que le podia tocar de hacienda libre, el dia 28. de Diciembre del año de 1548. despedido del mundo, entrò en la Compañia en Coimbra, donde empezò, y siguiò su Noviciado.

No es facil de decir, ni aun de concebir, el fervor con que tomò su carrera, y quan presto diò à conocer, que con

con el vestido se havia desnudado de todos los afectos del mundo. En la oracion era el mas continuo de sus Connovicios, siempre el primero à empezar, y el ultimo al salir: tan modesto en lo exterior, tan cuidadoso en el silencio, tan ámante del retiro, tan puntual en la observancia, que era, no solo exemplo, sino rigoroso incentivo à la virtud, y animo à todos sus Connovicios. Era puntualissimo en la obediencia, y con mayor alegria, quando le mandaban exercitar oficios humildes, y que podian ser ocasion de su personal desprecio: solia decir, que en estas ocasiones era duplicada la ganancia, porque sobre el merito de la obediencia, se asseguraba el sobreañadido de la mortificacion de hacerse despreciable al mundo, y ratificar el abandono con que se le havia renunciado.

Adelantò este espiritu de humildad, y aquella natural altaneria, que suele acompañar à lo ilustre del nacimiento,

y

y aquellos que el mundo, por trocarlo todo, bautiza con el nombre de penſamientos honrados, quando ellos ſon hijos legitimos de la ſobervia, tomando quantos medios podian ſer utiles para ſu deſprecio: à eſte fin, en las horas que eſtàn, no ſolo concedidas, ſino mandadas, à los Novicios, para que ſe apliquen à algun oficio manual para divertimiento, obtuvo licencia de Superior para aprender algunos oficios mecanicos; como de Saſtre, de Zapatero, y de Carpintero, haciendoſe diſcipulo de algunos Hermanos Coadjutores, que en otro eſtado fueran ſus Oficiales. Tuvo en eſte humilde exercicio dòs fines, que logrò utilmente. El primero fuè el provecho proprio de ſu eſpiritu, abatiendoſe, humillandoſe, y ſujetando qualquier impetu de la ſobervia. El ſegundo fin miraba à la utilidad agena, pudiendo algun dia ſer util, como lo fuè, y verèmos deſpues, ſirviendo à los Colegios pobres en eſtos humildes materiales oficios.

So-

Sobre todas las virtudes, ò exercicios proprios de Novicio, en lo que mas luciò, fuè su continua, aspera, y riguroſa mortificacion, y penitencia; de todo aquel omenage precioſo, que poſſeìa en el Siglo, ſolo reſervò para sì, y para uſo proprio en la Religion, aquel ſilicio camiſa, que no deſnudò al tiempo de mudar Habito: era parco en la comida, breve en el ſueño, frequente en riguroſos ayunos, conſtante en ſus diarias aſperas diſciplinas: en ſuma, trataba de ſuerte à ſu pobre cuerpo, que no pudiendo eſte ſufrir la carga, empezò à enflaquecerſe, cayò de fuerzas, y ſe rindiò à una tan grave enfermedad, que llegò al ultimo peligro, ò termino de que le perdieſſemos. Sanò al fin deſpues de mucho padecer: ſanò por piedad Divina, sì bien en ſu mejorìa no dexò de haver algunas circunſtancias, que la hicieron reparable, como prodigioſa. Hallòſe ſano, y para convalecer mejor, ſi huvo

pro-

prodigio, quiſo aumentarle con uſar, como deſcanſo, el volver muy luego al uſo de ſu riguroſa penitencia. Supo eſtos fervores el Padre Simon Rodriguez, uno de los primeros Compañeros de nueſtro Santiſsimo Padre, que entonces governaba la Provincia de Portugal, y llamandole en ſecreto, le ordenò, con toda la autoridad, que tenia de Superior, que para ſiempre deſnudaſſe aquel aſpero ſilicio, el qual expreſſamente mandò, que no le pudieſſe veſtir ſin muy eſpecial licencia del Superior; y en lo demàs de ſus rigidas penitencias puſo orden, y diſcreta moderacion. Obedeciò Ignacio, que ſabìa bien, que las penitencias, y morrificaciones, ayunos, y otros ſemejantes exteriores dolores, no ſuelen ſer de gran valor, quando entra à la parte nueſtra propria voluntariedad, y paſſan à ſer culpables, quando ſu execucion es empeño contra la voluntad del Superior. Pero como ſu complexion era dèbil, co-

mo quien estaba criado con suma delicadeza, y las penitencias permitidas se havian medido algo largas en atencion al fervor del Novicio, este no acababa de fortalecerse, ni tomaba su rostro aquellos nativos colores, con que se manifiesta al publico la salud, y las fuerzas; à cuya causa, encontrandole un dia en un transito el Padre Simon Rodriguez, viendole tan pàlido, tan enfermizo, tan endeble, y tan flaco, le dixo: *Hijo mio, yo quiero veros aùn enteramente convalecido, y perfectamente robusto*: El buen Novicio, temiendo, que aquella clausula era principio para proseguir disminuyendo, ò templando aquel numero de penitencias, que le havia permitido, cortandole la palabra, respondiò pronto: *Padre, no dude V. R. que serà obedecido.* De hecho desde aquel dia, sin minorar en nada su permitido rigor, empezò à cobrar colores, à recobrar las fuerzas, à tomar carnes, y à restituirse à su entera salud: de cuya novedad admi-

mirados ſus Connovicios, que ſabìan el dicho del Padre Simon, y la reſpueſta de Ignacio, ſolian feſtivamente decirle, que la ſalud le havia entrado por los oìdos; à que reſpondia, que no por los oìdos, pero sì por la obediencia.

Acabado con ſemejantes pruebas ſu edificativo Noviciado, le aplicaron los Superiores à los eſtudios de Philoſophìa, y Theologìa: En ambas à dos facultades llenò la eſperanza, que prometia la delicadeza de ſu ingenio, y la aplicacion de ſu diligencia: eſta fuè perpetua, conſiderando la utilidad de eſtas letras al mayor ſervicio de Dios, y de ſu Igleſia: Por eſte principio, ù dictamen, en medio de ſu continua aplicacion, cuidaba mucho de no engolfarſe tan del todo, que perdieſſe un punto de ſu tierna devocion; antes bien, ſantificando el eſtudio, ſacaba de èl duplicado el fruto, en el merito, y en la ſabidurìa; ni entre tanto le faltò tiempo, y manera para deſogar aquel zelo, que le

abraſaba el pecho. Al punto miſmo, que ſe viò veſtido, ò adornado con la Sotana, que le manifeſtaba hijo de Ignacio, juzgò obligacion de ſu diviſa, atender no ſolo à la ſalud eſpiritual propria, ſino tambien à la ſalvacion de las almas agenas. La Religion de la Compañia, aſsi como enſeña, y ha procurado ſiempre formar de ſus Novicios, y Eſtudiantes tantos Apoſtoles, quantos ſon los que cria jovenes, y de todos en diverſas maneras ſe ſirve à beneficio de los proximos: aſsi tambien los và criando, y dandolos à mamar eſta leche, è infundiendoles eſte genio, y adieſtrandolos al numen del Apoſtolado, aplicandolos deſde niños à predicar en las plazas à la gente ruda, y enſeñando por las calles la doctrina à los niños. Eſta coſtumbre es antiquiſsima en la Compañia, y ſe puede decir, que naciò con ella; y ſi bien en eſtos tiempos, porque la miſma frequencia, y conſtancia ha familiarizado el uſo, ni

se repara, ni se atiende; en sus principios, como novedad, que por tal llamaba la atencion, era ponderada maravilla vèr à unos niños, ò à unos jovenes, que acababan de salir del siglo, convertidos casi repentinamente en Apostoles, andando por las calles, y plazas en busca de almas, y en las calles publicas, en las plazas, en las aldeas andar gritando contra el pecado, pregonando misericordias, y llamando à los pecadores à penitencia. Nuestro Acevedo jamàs estaba mas contento, que quando le permitian este santo exercicio, y le embiaban, ò por las calles, ò alguna Aldea à predicar, y enseñar à los rusticos la Doctrina. Su estylo, y modo de decir era simple, y llano, dandose à entender à los rudos, y humillando su natural pulido modo de decir, para que explicandose peor, le entendiessen mejor, los que no sabian entender pulideces; pero aunque sus voces fuessen llanas, salian encendidas del fuego de su corazon, y penetraban, abra-

san-

ſando los pechos de ſus oyentes. Pero como le era preciſo atender à los exercicios de ſus eſtudios, no ſiempre que lo deſeàra le era concedido el exercicio à ſu zelo, ni el predicar à los rudos, à los labradores, y à la gente del trabajo puede ſer en todos tiempos, debiendoſe proporcionar la exortacion à vida chriſtiana, al tiempo que ellos tengan deſocupado de ſus labores, y trabajos: es paſto eſpiritual, y el paſto, ò la comida debe medirſe con las horas, para que entre en provecho: la mucha abundancia, ſin proporcion, ni diſcrecion, en vez de dàr ſuſtancia, ſuele ſer cauſa de enfermedad. Para atender à todo, ſuplìa el trabajo, y lograba el zelo; y ſin el ruido, ò notoriedad de Sermon publico, lograba las ocaſiones que podia, en ſuaves familiares converſaciones con los proximos, en que ſin quitar à ninguno el tiempo de ſus ocupaciones, ſe lograba el fin que ſe podia deſear en muchos Sermones, eran fructuoſiſsimos eſtos co-

lo-

loquios; y cierta cosa fuè, que aun en aquella tierna edad era tan diestro en estas conversaciones, tan suave, tan divertido, tan afable, que era bien difícil detenerse algun rato en oìr la conversacion espiritual de Ignacio, y no salir de ella abrasado en buenos deseos de mudar vida, ò de mejorarla.

CAPITULO III.

ORDENASE SACERDOTE, y es electo Rector, aun en el tiempo que estudiaba Theologìa. Porte que tuvo en este su primer govierno.

COMO la continuada experiencia asseguraba en Ignacio los meritos, y lo bien probado de su virtud, pareciò à la justificada prudencia de los Superiores, que era debido à alguna muestra, ò señal de su agradecimiento, y estimacion, y era la mas proporcionada à su gra-

grado adelantarle al de Sacerdote, diſpenſando la coſtumbre, que deſde aquellos primeros tiempos es inviolable en la Compañia de no permitir las Ordenes, à quienes no cuentan mas abanzados los años, y eſtàn mas adelantados en el eſtudio de la Sagrada Theologìa; pero donde eran tan contra la regular coſtumbre los meritos, no era mucho fueſſe contra todo eſtylo la diſtincion; y ſe confirmò eſta maxima: pues ſiendo entonces bien particular eſta diſpenſacion en una numeroſa comunidad de mozos, no huvo entre todos los que quedaban atraſſados, quien no alabaſſe la reſolucion, y quien no la confirmaſſe como muy debida, por la notoriedad del merito, y de la juſta cauſa: à que tambien ſe añadia lo querido, y amado, que eſtaba de todos, por ſu afable, cortès, y humilde modo, y el cariño con que todos le miraban, no dando lugar à la embidia, ſe complacia en ſus adelantamientos. Ni fuè la mayor prueba de la opi-

nion

nion que se tenia del sugeto, la estimacion que se mereciò en su Provincia, donde todos, porque le veìan, le veneraban; porque bien lexos, y tan lexos como en Roma, donde solo le conocian por noticias, tenia su fama el mismo credito, y el mas respetable concepto.

Sucediò por entonces la fundacion del Colegio de San Antonio en Lisboa, y en el sitio en que solo havia una casa, ò una residencia, se dotò, y dispuso Colegio, abriendo Iglesia publica, y ordenando Estudios abiertos; para cuyo lucimiento se llevaron de toda Europa los mas lucidos Maestros, celebrados aun oy en dia en la Republica de las letras, y Sugetos dignisimos de inmortal memoria. Para el Aula de Gramatica fuè señalado el P. Manuel Alvarez, aquel, cuyo bien digerido Arte de Gramatica ha merecido el aplauso de casi toda Europa, donde es la regla por donde se enseña Gramatica Latina à los niños, consiguiendo su aplicacion, y bien logrado estudio, di-

geſtion, y claridad, ſer Maeſtro de Maeſtros, y eternizar la enſeñanza, que tuvo en vida, y dexò por herencia. Para Maeſtro de Humanidad, y buenas letras ſe dedicò al P. Juan Pedro Perpiniani, Sugeto aplaudidiſsimo por aquellas celebradas Oraciones Latinas, que declamò en Parìs contra los Calviniſtas, y aplaudieron los doctos, quando las leyeron impreſſas. A la Cathedra de Rethorica debia aſsiſtir aquel cèlebre, y verdaderamente doctiſsimo P. Cypriano Suarez, cuyos eſcritos declaran quan excelentemente eſtaba inſtruìdo en el Arte del hablar bien. De eſte calibre eran todos los demàs, que el Provincial tenia eſcogidos en ſu Provincia para Maeſtros, y para las demàs ocupaciones del nuevo Colegio. Solo faltaba para abrir la puerta, quien governaſſe, y preſidieſſe una tan eſcogida Comunidad; y eſta eleccion, como de Rector, debia ſer del Santo General, y Patriarcha: pensò mucho ſobre eſto, encomendò el negocio à

Dios;

Dios; y resuelto despues de tan importante consulta, nombrò por Rector del reciennacido, y robustamente criado Colegio à nuestro Ignacio Acevedo, quando en la edad de veinte y seis años era aun Estudiante, y que la dignidad le obligaba à interrumpir sus estudios, para passar à governarlos. Hecha la eleccion, aunque tuviesse sus visos de algo improporcionada, no pudo ser mas juiciosa, y el porte del electo justificò la prudencia de quien le havia elegido.

Pues su govierno fuè tan prudente, y justificado, que puede servir de idèa, y norma à todo Superior Religioso. Vivia persuadido à que el Superior, para conseguir de todos una perfecta observancia, debia enseñar à todos con el exemplo. Debia mandar con la autoridad comunicada, al mismo tiempo que en un todo diesse la debida providencia, para què à ninguno faltasse nada. Su suave actividad, y perpetuo cuidado consiguiò en poco tiempo, que le veneràssen

como Santo, y le amaſſen como Padre. La eſtimacion con que todos le reſpetaban, obligaba à cada uno à la debida correſpondencia en ſu religioſo porte. El reſpetúoſo, y ſuave modo con que mandaba, cortaba todo pretexto, con que ſe pudiera colorear la inobediencia; y finalmente, ſer el Superior el primero al trabajo, à la fatiga, y en todo lo que era domeſtica obſervancia, era para con ſus ſubditos Religioſos, y doctos el mas riguroſo precepto, que ſin voz exterior ligaba en ſecreto las voluntades. Bien ſea entendido, que no fiando en sì ſolo, no omitia enteramente aquellas oportunas exhortaciones, yà generales en publico, yà particulares en ſecreto, que ſon, ſi no neceſſarias, à lo menos muy utiles à los Superiores, que deben dirigir à los ſubditos con la obra, y con la palabra. Su apoſento eſtaba ſiempre abierto, con franca audiencia al conſuelo, al alivio, y al ſocorro de quanto neceſsitaban los ſubditos. En una ocaſion ſe manifeſtò

ſeſtò à todos, que la ſolìcita providencia de ſu Superior, paſſando los terminos de lo viſible, y corporal, llegaba, con viſos de milagroſa, al ſocorro de lo eſpiritual en congojas, y neceſsidades interiores del alma. Fuè aſsi el caſo. Eſtaba el Rector, al tiempo de la licita honeſta recreacion de la quiete, diſcurriendo amable, y amiſtoſamente con los de caſa, quando en medio de una clauſula ſe parò, y volviendo la cabeza, fixò los ojos en uno de los ſubditos, mirandole de hito en hito, con reparable firmeza, con vulto como ayrado, y como de quien intentaba, ò amoneſtarle, ò reprehenderle: ceſsò eſta repentina mudanza, y ſereno el roſtro, vuelta à recobrar ſu afabilidad, proſiguiò el interrumpido diſcurſo. Por entonces ninguno pudo, ni diſcurrir, ni preſumir, ni era facil adivinar la cauſa de eſta tan repentina mudanza: ſolo el intereſſado ſupo, y conociò el motivo, que explicò deſpues à todos, diciendo, que en aquel miſ-

mismo punto, que el Superior le havia mirado severo, y aun ayrado, se hallaba en el mayor riesgo assaltado de una vivissima instigacion, y tentacion, que le tenia sumamente congojado, de cuya tempestad, y commocion le havia enteramente serenado aquella ojeada tan reparable de su Rector, yà fuesse porque el mismo reparo le llamò la atencion, yà porque à estas providencias de Dios ocultas, è inescrutables, el mismo verle el enemigo, le obligò à la fuga, y dexò la victoria en el campo de la batalla. Este lance diò mucha materia à estimable consideracion, y conversacion de la persona del Superior, à quien, segun unos, revelaba Dios los secretos de los corazones de los subditos, para su acertado govierno, ò que Dios se valia de èl, como instrumento para favotecerlos. O què bien se daba à entender, que era hombre amado de Dios, quando el comun enemigo no havia podido mantener su puesto à la eficacia de solo una ojeada suya! Ni

Ni se contenia la vigilancia de este atentísimo Superior en el bien espiritual, que tanto solicitaba en sus subditos, sino que para èl, y como medio eficàz, cuidaba, y solicitaba toda la temporal providencia, para que no faltando à los sugetos nada de quanto permite, ò concede la Religion, pudiessen mas commodamente atender en un todo à sus oficios, à sus empleos, y à la gloria de Dios, bien de sus almas, y de las de los proximos. En aquellos principios, el Colegio, no solo necesitaba de mucho, sino que podemos decir, que le faltaba un todo: tomò possession el zelo, fiando sus utensilios, y su comodidad à la esperanza: el caudal era corto, y las arcas vacìas, no daban dinero para la compra de lo necessario: esta falta no era facil de suplir, sino con ingenio, y con ingenios: estos los facilitò su humildad, y aqui le sirvieron de mucho para provecho proprio, y utilidad de sus subdi-

ditos, aquellos entretenimientos en que ſe divirriò ſu humildad en el tiempo de ſu Noviciado. Por ſu miſma mano remendabá los zapatos de los de caſa, recogia los veſtidos, aſſerraba, y acoplaba tablas, para formar meſas, y ſillas, à uſo de las de caſa; à fin de que los ſubditos padecieſſen lo menos que fueſſe poſsible los penoſos efectos de la pobreza. Con eſta ſanta induſtria logrò inſenſiblemente la paciencia, el ſufrimiento, y el devoto ſilencio de todos los de caſa; pues aunque faltaban muchas coſas, caſi neceſſarias à muchos, ninguno daba licencia à las quexas, porque todos edificados, callaban por aquella conſideracion de vèr, que mas que à todos faltaba un todo al Superior, que trabajaba por ſus miſmas manos para aliviar en lo que podia à otros: y dexaba ſu apoſento; y ſu perſona enteramente neceſsitada, porque ſe valìa de la autoridad de Superior para ſer el primero à la neceſsidad, à la falta, à la

nin-

ninguna conveniencia, y al exercicio de la pobreza: y ciertamente su aposento era el mas pobre, y el menos assistido: noto yo aqui lo que vale el merito de la virtud, y el premio de la pobreza. El que oy vèmos magnifico Colegio de San Antonio, se elevò à lo que admiramos, porque se cimentò en la pobreza.

Ni su zelo se encarcelaba en las estrechas paredes de la clausura: fuera de sus puertas resonaba su ardor: quien le veìa ocupar tanto tiempo en los externos ministerios de la Compañia, en beneficio de las almas, creerìa que no tenia cuidado; ni fatiga alguna en el sustento, y providencia de los sugetos, y necessidades de la casa; à quien es laborioso, le socorre el tiempo, ò à lo menos en cada oficio parece que le ocupa todo, ò en cada ministerio parece que le queda tiempo para los demàs. Predicaba, y confessaba en la Iglesia, mas que el mas desocupado: salìa de

casa à visitar, y consolar à los pobres de los Hospitales: assistìa à los de las Carceles: y era continuo Agente de las causas de los desvalidos, y del diario sustento de aquellos necessitados; aun mas, sabìa dexar providencia en el Colegio para uno, dos, ò tres dias, y en santo passeo, ò diversion, se entretenia en las aldeas, ò casas de Labradores vecinas, solicitando el consuelo, y alivio espiritual, y temporal de aquellos miserables. Un caso explicarà bien el fruto, y el exemplo de este santo exercicio. En una aldea, ò caserìa, cerca de Lisboa, se encontrò con tres miserables enfermos, que juntos en pestilente amistad, se havian buscado por sì mismos la muerte por sus pecados, la pobreza havia impedido su curacion à tiempo, y yà apoderado el mal de todo el cuerpo, vivian tan asqueroſos, tan plagados de llagas corrompidas, y pestilentes, que sus mas allegados no tenian ni animo, ni estomago para llegar-

garse à asistirlos, quanto menos à curarlos. El Padre Ignacio se conmoviò, no à horror, pero sì à compasion, al vèr tan miserable espectaculo; y como los desdichados, caso que pudiessen salir, necesitaban de larga cura, no pudiendo encargarse de esta, assi por la dificultad, como mucho mas por la distancia, tomò un medio, que ingeniò su caridad: consolòlos, animòlos, desengañòles del horror en que vivian con falsa esperanza de poder sanar sin mucha cura de hierro, y de fuego: aclarò à su conocimiento la verdad, de que era imposible su assistencia en otra parte, que en el Hospital; y reducidos à consentir en lo mismo; que aborrecian, ò horrorizaban, le vinierón à suplicar, que dispusiesse que los llevassen: esto lo executò sin dilacion, pues el medio que ideò, tenia pocò que disponer; terciòse el manteo, y cargò en sus ombros uno de aquellos agonizantes cadaveres: dexòle en el Hospital, y

volviò por el ſegundo, y luego por el tercero, y en una mañana quedaron los tres en el Hoſpital, llevados en los ombros de la caridad; pero aqui ſaliò una no previſta dificultad, porque la hediondèz de los cuerpos, era tan peſtilente, la abundancia de animalillos, y aun guſanos, por no curadas las llagas, era tanta, que ninguno de los Practicantes, ò Miniſtros del Hoſpital, ſe atrevia à llegar à los miſerables enfermos, porque à ninguno le baſtaba, ni en lo interior el animo, ni lo corporal en el eſtomago: De hecho uno, que, ò por valiente, ò por menos advertido, ſe atreviò al empeño, llegando cerca, cayò deſmayado, ò porque el aſco debilitò el eſtomago, ò porque el horror cortò el animo: à eſta dificultad ſaliò la caridad, y el fervor de nueſtro Ignacio, que ſe dedicò à ſu curacion, y aſſiſtencia: iba todos los dias à ſervirles la comida, à curarles las llagas, y limpiarles la inmundicia: regalabalos con

aque-

aquellas menudencias, que podian excitarles el apetito, con que les ganò la voluntad; de ſuerte, que ſe reduxeron à una buena diſpoſicion, y unas muy lloroſas confeſsiones, de los pecados que les havian ocaſionado la enfermedad, y la vecina muerte, que poco deſpues ſiguiò ſuceſsivamente à todos tres, aſsiſtiendolos el Padre haſta el ultimo ſuſpiro, ſin dexarlos de la mano, en la caridad eſpiritual, el que havia exercitado tanta corporal con el fin mas alto de ſu eterna ſalvacion.

Ni fuè eſta la unica vez, que paſsò las noches enteras, ſin el preciſo ſoſsiego del ſueño, y los dias ſin el neceſſario reparo de la comida, por eſtàr à la cabecera de moribundos. Eſte exercicio era muy frequente, y muchas veces en los incomodos tugurios, chozas, ò nada formadas caſillas de labor en la campaña; y no faltaba quien atribuyeſſe à caſi milagroſa la entereza de ſu robuſtèz, ſin que ſe dieſſe por entendida aque-

lla

lla naturaleza de tanto mal trato, afan, y extraordinaria fatiga. Siendo digno de ponderacion toda eſta carga, que llevaba voluntariamente eſte cuerpo, le cargaba con la ſobrecarga de tantas penitencias, que ellas ſolas eran baſtantes para oprimirle, ſi Dios no le conſervaſſe las fuerzas, para mas glorioſo fin. En el oficio de Superior ſolo hallaba el conſuelo, y la ventaja de que no tenia quien le fueſſe à la mano, y moderaſſe ſu penitencia; y aſsi, luego que entrò à Superior, hizo al Ropero, que con todo ſecreto le coſieſſe un ſilicio, de la miſma forma, y manera, que el que le havia quitado en el Noviciado el P. Simon Rodriguez: bien entendido, que aunque era en la miſma forma de camiſa, yà con mas conocimiento, y libertad le añadiò mas rigor. Dormia poquiſsimo, hurtando al ſueño aquellas quatro horas, que infaliblemente daba todos los dias à la oracion: eſte trato era el ordinario, y continuo; pues ſi le embarazaba algun im-

importante, y eſpecioſo negocio, doblaba las penitencias, y el tiempo de la oracion, à fin de conſeguir de Dios el deſeado exito de el eſcabroſo expediente. Era eſto tan notorio en el Colegio, que quando los ſubditos oian dilatarſe el ruido de ſus diarias diſciplinas, veian minorar la corta cantidad de ſu ſuſtento, y conocian extraordinaria, ò mas frequente oracion en la Igleſia, al punto decian: algun gran negocio tiene entre manos el P. Rector; y acertaban ſiempre, porque como era firme el antecedente, ſalia ſegura la conſequencia.

CAPITULO IV.

ES VICE-PROVINCIAL: Vuelve despues à estudiar los Cursos, que havia interrumpido de Theologìa; y acompaña al Obispo de Braga en la Visita de su Dioceſi.

EN el tiempo de su Rectorado sucediò por el año de 1556. la sensible falta para la Compañia en la muerte de su Santo Fundador nuestro Glorioso Patriarcha, y Padre San Ignacio, que ocupò dignamente el oficio de primer General. Debianse juntar en Roma todos los Provinciales, y electores, para remediar en lo que pudiessen la falta; pues aunque en el todo era irreparable esta, era precisa la providencia para la Compañia, que debia, en quanto pudiesse, remediar su horphandad. Era Provincial de Portugal el P. Miguèl Turriano, quien no quiso, ni debia de-

xar

xar desproveìda su Provincia, ni le pareciò conveniente mantener el govierno en la distancia, y durante su viage, y permanencia en Roma; por tanto encomendò el govierno, con el tìtulo de Vice-Provincial, al P. Ignacio Acevedo, seguriſsimo de los aciertos, y de que dexaba en buenas manos el govierno, y la Provincia. Baxò la cabeza Acevedo, quien no sabìa resistirse à la obediencia, aun quando le tenia confuso el honor, y la estimacion, que se hacia de su persona; pero nada oprimido con el peso su valiente espiritu, saliò, quanto antes pudo, à visitar los Colegios. Esta fuè tan penosa, y trabajosa para el Visitador, como gustosa, y de gran provecho, y consuelo espiritual para los subditos. Hacia todos los viages, llevando sobre sus espaldas el fardo de su menage, que era su breviario, algunos silicios, y disciplinas, y algunos libros espirituales. Pero como fuesse igualmente austèro consigo, que caritativo

para con los proximos, en atencion à ſu Compañero, y Secretario, comprò para los viages un jumentillo, que ſirvieſſe de acemila para los veſtidos, y preciſos traſtos de los dos, deſcargandolos del peſo, y trabajo, porque en eſto miſmo deſcubriò ſu mortificacion, y humildad mucha materia en que exercitar ſus virtudes. En los caminos governaba, ſin fiar à otro, la cuerda, ò cabeſtro del borrico, y en las poſadas le quitaba el aparejo, le echaba la comida en el peſebre, le daba agua, y à eſte fin entrabà, y ſalia muchas veces en la cavalleriza, diciendo con feſtiva gracia: Eſto de cavallerizas, y ſu govierno nadie lo entiende como yo, que con la curioſidad de cuidar de los cavallos de mi Padre, me he criado deſde niño en la cavalleriza. Su entrada, ò recibo en los Colegios cauſaba tanto gozo à los ſubditos, por ſu amable preſencia, y trato, como edificacion à los virtuoſos. No admitia ſingularidad, ni privilegio alguno, haciendo

ciendo que le tratassen como à todos, y pedia, y aun mandaba, que fuesse para èl lo peor de la casa, y como si no lo mereciera: por tantos titulos procuraba ganar el pan, que comìa, sirviendo à los Colegios en los ministerios mas baxos, y humildes, como si fuera el menor de los mas rendidos Coadjutores. Tomaba rìgida cuenta de la observancia de las Constituciones, que amaba tiernamente, y deseaba con fervor; pero toda esta eficacia era con tanta dulzura, y amabilidad, que manifestaba en su misma practica, que no era otro su espiritu, que el de nuestro Santo Padre, y el que dexò tan encomendado à los Superiores en el govierno de la Religion: oìa benignamente à todos, y daba las debidas providencias, y por lo general escusaba formalidades, y lograba mas fruto, porque pedia lo que podia mandar, y escusaba el nombre de Superior, quando rogaba como particular. Una sola providencia era de singular empeño, esta era

el règimen de los Eſtudios, y Hermanos Eſtudiantes, de quienes cuidaba, como de arboles pequeños, que conviene criarlos cuidadoſamente, previniendo en ſu cultivo el fruto, que ſe deſea al tiempo que yà ſean arboles formados. Finalmente agradecia corteſiſsimamente à los Maeſtros, y à los Operarios, que cumplian con ſus oficios, como ſi el cumplimiento de la obligacion fueſſe libre voluntariedad del zelo, y los animaba a proſeguir en el afàn, y en la obſervancia, con la eſperanza del premio de la eterna gloria, prometida à religioſos trabajos. Aſsi, no llenando los libros de ordenes, ni las conciencias de eſcrupulos, dexaba en cada Colegio la paz, la quietud, la caridad, la obſervancia, y un ſanto zelo, y ardor para trabajar en la viña del Señor: concurriendo la Divina Miſericordia à las buenas intenciones del Superior, dando ſu bendicion à aquella viſita, que fuè de grande utilidad à toda la Provincia. De

he-

hecho, en poco mas de un año, que durò su interino govierno, floreciò tanto la obſervancia, que quando volviò de Roma el Padre Turriano, la hallò, ſegun eſtà religioſamente obſervado en nueſtros Annales, una de las mas florecientes de la Compañia.

Pero como el Padre Acevedo, por atender à eſtas tan graves, y condecoradas ocupaciones, havia interrumpido el curſo de ſus eſtudios, y yà en aquel tiempo ſe havia pueſto en practica la Conſtitucion de ſer requiſito eſſencial para la profeſsion ſolemne el haver curſado quatro años de Theologìa: deſembarazado ahora de los cuidados de Superior, volviò à proſeguir ſus eſtudios en Coimbra, no deſdeñando el vade, ni la figura, y realidad de mozo eſtudiante, el miſmo que acababa de hacer la perſona de Provincial: edificando con eſta mudanza, y enſeñando con la obra, lo que havia perſuadido de palabra. Pero tampoco en eſta ocaſion

pu-

pudo acabar ſus Curſos, obligandole la obediencia à paſſar à la Caſa Profeſſa de Lisboa, donde para bien de la Compañia ſe deſeaba ſu preſencia, porque la buena memoria, que havia dexado de ſu conducta, y govierno, le hacia neceſſario para la direccion de los graves negocios que ocurrian; y llegò eſte dictamen à tanta eſtrechèz, que el Padre General Diego Laynez, promoviendole al grado de profeſſo, no juzgò conveniente ſepararle de la Corte, y eſtimò mas util diſpenſar el requiſito: sì bien conociendo la dificultad, que ſe podia ofrecer ſobre lo licito, y vàlido de tan grave diſpenſacion, ſuavizò la determinacion, dandola el nombre de commutacion, y mandandole, para cumplir con ella, que por un año eſtudiaſſe dos materias de Theologìa, para que, aunque faltando la formalidad, ſe cumplieſſe en la ſuſtancia, y ſe verificaſſe haver eſtudiado quatro años. En aquellos tiempos la penuria de Sugetos,

y là neceſsidad de obreros, obligaba, que à los ſobreſalientes en virtud, letras, y govierno, para mayor bien de la Compañia, no eſtuvieſſen obligados à lo literal de todo el rigor de las Conſtituciones, quando en ellas pudieſſe uſar epicheya muy prudente el General, como Superior abſoluto. Pero aun con todo durò poco tiempo en Lisboa; porque elegido, y elevado al Arzobiſpado de Braga el Iluſtriſsimo ſeñor Fray Bartholomè de los Martyres, Religioſo Dominico, Sugeto, por ſu ſantidad, y doctrina, de los mas Iluſtres de aquel tiempo, no quiſo ſalir à ſu primer Viſita de la encomendada Dioceſi, ſin llevar conſigo algunos Jeſuitas, que coadjutores ſuyos, le acompañaſſen al cultivo, y nombradamente pidiò al Padre Ignacio Acevedo, de quien teſtigo de viſta, y edificacion, ſabìa, por lo que executaba en Lisboa, quanta utilidad podia tener ſu compañia en la doctrina, y reformacion de ſus Feligreſes. No ſe

pu-

pudo negar la Compañia à tan gran Prelado, lo que era favor: y como aun en circunſtancias menos calificadas, eſtima la Compañia el que ocupen ſus fatigas en el bien, y provecho de las almas, condeſcendiendo guſtoſos los Superiores, ſeñalaron por compañero del Padre Acevedo al Padre Pedro Gomez, y ambos juntos partieron à Braga, tomando por alvergue, y poſada el Hoſpital, deſde donde, yà como de caſa propria, y poſada tomada, fueron à dàr la obediencia al Prelado; y como iban tan bien prevenidos, pudieron reſiſtir à las cariñoſas inſtancias del ſeñor Arzobiſpo, que les convidaba con ſu Palacio; pero como Religioſo, diſcreto, y Santo, edificado de ſu fervor, les permitiò empezaſſen à edificar deſde el primer inſtante, que ſe dexaron vèr, y de hecho permanecieron en el Hoſpital, ſirviendo à los enfermos, haſta que el ſeñor Arzobiſpo pudo, dandole lugar las circunſtancias, y el tiempo, ſalir

à

à la Visita, à que le acompañaron, sirviendo al Pastor, y à las ovejas.

El sucesso, y fruto de esta santa expedicion fuè, mas que reforma, santificacion de aquella vastissima Diocesi; y si bien fuè, como se debia, la gloria toda del exemplarissimo Prelado, y zeloso Pastor, tuvieron los Padres mucha parte en el merito: iban delante de su Illustrissima algunos dias, y precedian, disponiendo los pueblos, y caserìas à recibir con prevenida disposicion de sus almas al Santo Prelado, que con tanto trabajo venia à consolarlos: caminaban siempre à pie, por dificiles, y quebrados caminos, yà trepando por asperas montañas, yà emboscandose en solitarias arboledas, y siempre expuestos al sol, y à la lluvia. Y quando finalmente llegaban à las poblaciones, el descanso era predicar, confessar, apaciguar enemistades, y cortar escandalos; con que quando llegaba el Prelado, hallaba yà el fruto, no solo preparado, sino madu-

ro, sin saciarse de dàr gracias à Dios, y alabanzas à los Padres, que le aliviaban, quando le asseguraban el fruto de la Visita. Al contrario los Padres, llamandose siervos inutiles, despues de Dios, atribuìan el fruto todo à la santa vida del Prelado, y à la constante fama de su virtud; y ciertamente no se puede negar, que el credito de los Ministros influye mucho en la eficacia de los ministerios. Un Prelado, de quien se sabe, que no anhela sino al bien espiritual, y salvacion de sus Feligreses, halla con este mismo credito buena disposicion, para que se dexen regir, y governar por sus mandatos, y por sus consejos. Esta maxima se verificò en el señor Arzobispo, porque prevenidos los animos, deseaban sus ovejas venerar à un Señor, cuyo buen olor de santidad, y fama de exemplar vida, se confirmaba mucho con el mismo hecho de haver emprendido una Visita tan penosa, trabajosa, y pocas veces executada, y esto solo por atender

der à ſu conſuelo, y à ſu bien. Aſsi aguardaban; pero en llegando aquella venerable preſencia, aquella amable apacibilidad, aquella viſible devocion, aquel alegre ſufrimiento con que ſe hacia participe de la miſeria, y neceſsidad que todos ellos padecian, por la deſgracia de ſu ſilveſtre nacimiento: ſi antes le veneraban por noticias, yà le adoraban como à Santo vivo, ò como à Arzobiſpo, que vivia con meritos, para que algun dia ſe le reſpetaſſe Santo. Por ahora, entre otros exemplos, no era el menor la igualdad con que humildemente ſe igualaba en los trabajos con los Padres, acerca de lo qual es debido referir un exemplo; que es igualmente guſtoſo, y edificativo.

En una deſdichada aldea, termino preciſo de Viſita, faltò un todo, no encontrandoſe nada; y ſobre todo, la mayor neceſsidad, ò falta, era de pan, no uſandoſe en aquel lugar, ni caſi ſabiendoſe, què ſabor tenia el pan de trigo, pues ſolo ſe uſaba el de ſegundas ſemi-

llas de maìz, mijo, panizo, eſcanda, y otras ſemejantes, todas frias, vaſtas, deſabridas, y que ſu mal formado pan, ſobre ſalir aſpero, y deſabrido al guſto, es peſadiſsimo al eſtomago. Supieron eſta miſeria los criados de ſu Iluſtriſsima, y providamente cuidadoſos de ſu ſalud, hicieron tantas, y tan exquiſitas diligencias, que lograron un pan de trigo, que caſualmente havia traìdo un vecino de otro lugar: puſieron, como era debido, eſte mas razonable pan en el cubierto de ſu Iluſtriſsima, quien reconociendo la diferencia, alargò con cortesìa el panecillo al Padre Acevedo; eſte, ſin replicar en nada, tomando el exemplo, al Padre Gomez, le volviò à ſu Iluſtriſsima; pero eſcuſando, ò intentando acabar la humilde cortesìa, le dixo: Señor, noſotros yà eſtamos hechos à comer eſte pan del Paìs, ſin que nos haga daño: eſtos dias no hemos comido otro, con que yà le conocemos: V. Iluſtriſsima no le conoce, ni èl ſe hi-

hizo para V. Iluſtriſsima : ſu vida importa mucho : haganos el favor de que no eſtèmos con ſuſto; agradeciò el Arzobiſpo la afectuoſa cortesìa, pero volviò à alargar el panecillo à los Padres, y eſtos à ſu Iluſtriſsima : y de eſta manera anduvo dando buelras todo el tiempo de la meſa, y quedò entero ; pero los criados le guardaron por todo lo que podia ſuceder, el tiempo que eſtuvieſſen en tierra tan miſera. Aconteciò, pues, que tomada alguna providencia, huvo pan algo menos incomeſtible, traìdo de fuera, para los ſiguientes dias, haſta que en uno volviò la careſtìa, porque el criado, que fuè por pan, ſe vino ſin èl : los criados ſe acordaron del panecillo duro, y à todo trance le puſieron en la meſa : eſte dia, al miſmo levantar los cubiertos, ſe excitò otra diſputa, porque informado el Arzobiſpo de todo, tomò el pan, y partiendole con gran fuerza, le hallò todo amohecido, y podrido : y aqui ſobrevino ſegunda ſanta con-

tien-

tienda, porque cada uno de los tres le queria para sì: y como ninguno cedia, por convenio humilde, se repartiò entre los tres, y se diò mortificado fin à la disputa. Alguno dirà aqui, que esta se pudiera haver acabado en el primer lance, comiendo entre todos el pan tierno, y à tiempo; de esto es facil la respuesta, siendo la resolucion entre hombres tan virtuosos, que no quisieron partir el pan, quando podia ser alimento del gusto, y le conservaron para quando fuesse plato de la mortificacion.

Acabada la Visita de toda la Diocesi volviò el señor Arzobispo con sus Coadjutores à Braga; pero porque las pròvidas disposiciones, Autos de Govierno, y ordenes dexadas en la Visita, las deseaba su Ilustrisima perpetuar: ideò el formar un quaderno de Synodales, en que en general tuviessen todos los Parrochos instruccion de lo que debian observar: para ordenar esta instruccion, mandò à los Padres se quedassen en Braga:

obe-

obedecieron prontos, pues por orden del Superior eſtaban ſujetos à la obediencia de ſu Iluſtriſsima; pero no le obedecieron en admitir el hoſpedage, que les ſeñalò en ſu Palacio: eſto, decian, no lo han mandado los Superiores: para ſervir à V. Iluſtriſsima, igualmente prontos eſtamos en el Hoſpital, que en ſu Palacio, y por ſervir al pueblo en confeſsiones, en enſeñar la Doctrina, y en todos nueſtros miniſterios, mas libres, y mas acomodados en el Hoſpital: eſtas razones las ſupo ponderar con tanta eficacia el P. Acevedo, que el Arzobiſpo cediò, edificado, y convencido, y muy guſtoſo, porque creyò, que eſte exemplo podia ayudar en mucho à ſus ideas. Era el caſo, que deſeaba con anſia, que ſe fundaſſe un Colegio de la Compañia en Braga, y ſiempre el buen exemplo de los Fundadores es el mejor cimiento de las fundaciones; y quien podia dudar, que el vèr que los Padres, por aſsiſtir al pueblo, cambiaban la con-

conveniencia de un Palacio, por la aſqueroſa habitacion del Hoſpital, y la meſa del Arzobiſpo por la que les ſazonaba la limoſna, mendigando por las puertas el bocado, que debia ſer preciſo ſuſtento para mantener la vida, era poderoſo incitativo de admitir por vecino à quien ſervia ſin ſalario. Pero por permiſsion, ò diſpoſicion Divina, por ahora todo fuè en vano, y ſolo tuvo por util el merito, porque echando el Arzobiſpo la voz, è interponiendo ſu autoridad con el Magiſtrado Civil, fuè tan grande la contradicion, que obligò à ſu Iluſtriſsima à ceder por prudencia en el empeño, en que ſe havia engolfado ſu zelo; y deſeſperando de la empreſſa, deſahogò la peſadumbre con el P. Acevedo, ſignificandole, que no convenia exaſperar los animos, tan contrarios à la fundacion, que era debido dàr tiempo al tiempo, y que la Ciudad echaſſe menos lo que no apreciaba, porque lo tenia de mas; por lo qual, agradecien-

do-

dole el trabajo, y el zelo con que le hayan ayudado, podia volverse à Lisboa con su compañero. Esta resolucion se divulgò al punto por toda la Ciudad, como noticia gustosa para todos los opuestos, que eran muchos; y se publicò mas, quando aquella tarde fueron, como en visita juridica, los dos Padres à tomar la bendicion de su Ilustrisima. para el viage, y se despidieron de todos los compañeros de la familia.

El dia siguiente madrugaron ambos à celebrar, con el animo de tomar la mañana, porque como el viage era à pie, y la recamara la providencia Divina en la caridad, y limosna de los Fieles, presto se dispuso el viage; pero era debido prevenir las oportunas horas, para llegar à tiempo à los Lugares, de suerte que le pudiesse haver para solicitar la limosna. Madrugaron por esta razon los Padres; pero por la misma madrugò mas el pueblo; y al acabar la Missa el P. Acevedo, se llegò à èl un pobre, pi-

diendole, que le confeſſaſſe antes de irſe: diòle el guſto, ſentòſe en el Confeſſonario, y como yà era notorio el viage, no fuè ſolo el que deſeò ſu conſuelo, pues al acabar eſte, ſe llegò otro, y à eſte otro; y noticioſos por lo que eſtos decian de eſtàr aùn los Padres en la Igleſia confeſſando, concurriò tanta gente, que al medio dia ſe hallaban rodeados de perſonas, que no les permitian ni ir à buſcar ſu comida. A eſte tiempo ſe ſentò à la meſa el ſeñor Arzobiſpo, y como es natural mover platica de lo que, ò ſe ama, ò ſe ſiente, dixo à ſus criados: *El buen Padre Acevedo yà, ſegun ſu coſtumbre, havrà hecho tres millas de camino; pero què comerà el pobre?* Oyòle un criado, y le replicò: *Señor, el P. Acevedo no ha partido: ahora, ahora, paſſando yo por el Hoſpital, le he viſto en el Confeſſonario rodeado de gente, que no le dexa comer, quanto mas caminar.* Quedò ſuſpenſo el Prelado, y mandò al punto le llevaſſen recado de que no partieſſe

ſe ſin eſtàr primero con ſu Iluſtriſsima: obedeciò el Padre, y aquella noche fuè à Palacio, donde le recibiò el Arzobiſpo muy benignamente, y con alegre guſto ſe divirtiò cargandole de inobediente, por no haver ſalido el dia, que le havia mandado. Eſcuſabaſe el Padre con la legitima razon de eſtàr ſirviendo à Dios, y à ſu Iluſtriſsima en las confeſſiones preciſas, y conſuelo de ſus ſubditos. Oyòle el ſeñor Arzobiſpo, y replicò: No, Padre, no han ſido las confeſsiones las que han detenido à V.P. ha ſido Dios, por eſte medio. En la Ciudad no ſomos conocidos: por eſto no nos quieren, dèmonos à conocer, y nos querràn; y yo à la verdad confieſſo de mi, que eſte negocio de la fundacion del Colegio, que tanto importa, le he abandonado muy preſto, ſuframos algo: negocio de la gloria de Dios no puede hacerſe en el mundo, ſin que eſte contradiga, y ſe oponga. V. P. ſe quede en ſu Hoſpital, ſuſpenda el viage, y proſiga en ſus mi-

niſterios. Obedeciò el Padre, y ni èl, ni ſu compañero eſtuvieron ocioſos: las confeſsiones ocupaban, ò toda, ò la mayor parte de la mañana, por las tardes ſe predicaba, y ſe explicaba la Doctrina en las plazas à los niños, y gente ruda. Concordaronſe muchos enemigos enemiſtados, por eſtàr en la ſazon dividida en vandos la Ciudad, y con ſantas exhortaciones, buenas palabras, y diſcreto modo ſuavizaron rencores, y hicieron amigos à muchos, eſcandaloſamente enemigos. Recogièron à vida penitente à varias mugeres de aquellas, que haciendo ganancia del vicio, eran infame tropiezo de la caſtidad; y finalmente dieron tal mueſtra, y tal exemplo, que arguyendo de la vida, y zelo de los que veìan, qual ſerìa la vida, y la utilidad del pueblo de los que no conocian, empezaron à deſear la fundacion del Colegio, à que ſe havian opueſto: entonces el ſeñor Arzobiſpo volviò à la platica, y en muy breve tiempo ſe compuſo la fun-

da-

dacion, que debemos reconocidos al zelo del señor Arzobispo, y à que tanto concurriò el P. Ignacio Acevedo con su exemplo, y santa vida.

CAPITULO V.

ES RECTOR DEL NUEVO Colegio de Braga: Su religioso, y discreto porte: Quaresma que predicò en Barcelos; y algunas maravillas que alli sucedieron.

DIspuesta, y concordada la fundacion del nuevo Colegio, y establecido el todo en el año de 1560. se pensò al punto en buscar, y elegir Sugetos ventajosos en letras para Maestros de la juventud, zelosos operarios para la asistencia de la Iglesia, y todos de singular virtud para el exemplo, que tanto convenia en aquellos principios: en este cuidadoso expediente no diò que pensar la eleccion de nuevo Rector, porque esta,

eſta, mas por ſupoſicion, ò de la neceſſidad, ò de la prudencia, la determinò la voz comun en la perſona del P. Acevedo; y à la verdad, las circunſtancias obligaban à eſte acierto. Havia ſido con tan publica acceptacion, y prudentiſsimo govierno primer Rector, y Fundador del Colegio de Lisboa, y nò ſe podia probar fortuna en otro Sugeto, quando eſtaban tan experimentadas las prendas en el Padre; y mas quando el Iluſtriſsimo, à contemplacion ſuya, y por ſu cariño, y virtud ſe havia movido à la fundacion, con tan conſtante empeño, que aun atropellada una vez ſu autoridad, y negada por la Ciudad la fundacion, volviò al negocio, hizo recibir el expediente, haſta que conſiguiò el deſeado fin. Por eſtas razones, de orden de nueſtro Padre General, al principio del ſiguiente año, abriò el Colegio en la caſa que havia diſpueſto el ſeñor Arzobiſpo: tuvo bien que hacer en prevenir el menage

de

de casa, porque aunque todo èl era pobre, y los pobres eran muchos, los necessarios trastos, cada uno de poco, ò ningun precio, por ser muchos, subìa la cantidad, y eran precisos, assi para la Iglesia, como para el Colegio, à quien servian, no tanto de conveniencia, quanto para el buen orden de una religiosa observancia. Poblado el nuevo Colegio de Sugetos, el methodo de su govierno yà estaba experimentado, porque fuè el mismo, que tuvo en el Colegio de San Antonio de Lisboa: la caridad, y la humildad eran los exes en que se movia, y se mantenia su govierno: servia à la mesa, ayudaba en la cocina, assistia à los enfermos, barria los transitos, como si fuesse un mozo seglar, criado pagado, para servir en quanto se ofrecia en la casa; y era milagro de la humildad, que su mismo abatimiento fuesse realce de su autoridad: salian sus ordenes mas autorizadas, quando el Rector parece que pretendia abatir su mayorìa; y es la razon

zon clara, porque duplicaba la fuerza, mandaba como Superior, y como Santo: el cariñoso paternal afecto con que miraba à sus subditos, se manifestaba en la mayor de las pruebas, que son los hechos. Mortifican en Braga, en todo su largo Invierno, rigidos frios, à causa de que los montes vecinos cubren el Mediodia, y estàr su situacion enteramente descubierta al Norte: en uno de los dias mas rigidos, que elado el ayre soplaba con violencia el Norte, viò en un transito, que temblaba de frio un Maestro de Gramatica, que iba à la assistencia de su Aula: supo su desnudez, y al punto acudiò à la Roperia; pero estaban sus caxones tan desnudos, como el sugeto que deseaba vestir el Rector: estè no se parò en dàr providencia, fuè à su aposento, desnudòse la ropilla, y el jubon, y quedandose expuesto al frio, con solo la camisa, y la sotana, diò muy dissimulado el jubon, y la ropilla al subdito, pidiendole perdon de que no fues-

se

ſe nueva, con la notoriedad de la pobreza; pero ſin decirle, que como buen Superior eſtimaba en mas vèr acomodados à ſus ſubditos, que lo mas preciſo para ſu ſalud. Vez huvo, que llegando al Colegio un hueſped, no haviendo cama que ponerle, cediò muy guſtoſo la ſuya, y paſsò aquella noche durmiendo veſtido ſobre un arca. Todas eſtas induſtrias de ſu humildad, y de ſu caridad, eran merito para que al tiempo, ò en la ocaſion en que faltaba toda humana idèa, ſuplieſſe Dios con milagros, ò à lo menos con providencias. Un dia faltò el pan para la Comunidad, era yà tarde quando avisò el Deſpenſero, y en caſa, ni havia dinero, ni tiempo, ni forma para buſcàrle: paròſe el Rector al oìr la neceſsidad, quando volviendo ſobre sì, reſpondiò: Vaya, Hermano, toque à comer à ſu hora; replicò el Deſpenſero: y tengo de dàr la poca comida que hay ſin dàr pan? A que replicò el Rector: mire, Hermano, aùn falta tiempo, en eſ-

te, ò nos proveerà Dios, ò sentirèmos los efectos de la santa pobreza, como nos manda la Regla: el Despensero saliò confuso; pero el efecto fuè, que estando tocando la campana à comer, llegò à la Porterìa una Panadera, con un escrinio de pan, que dexò al Portero, diciendole: Padre, baxe esse pan al Refitorio, que estàn tocando à comer: el Portero, que sabìa la necesidad, cuidò mucho de socorrerla, y poquìsimo de saber quien le embiaba, si era prestado, vendido, ù dado, y de todo esto se acordò en el Refitorio: volviò aprisa à la Porterìa, pero mas viveza havia tenido en desaparecerse aquella figura, aquella apariencia, que solo havia tenido de realidad al pan; y todo lo demàs era superior invisible disposicion, y providencia del Omnipotente.

Siendo en sì tan pobre, y teniendo la precision de socorrer à la pobreza del Colegio, y de sus individuos: no olvidaba enteramente à los estraños; uno de

estos llegò à su aposento pidiendo con lagrimas una camisa de limosna, alegando su honradez, su miseria, y su necessidad: compadecióse de èl, y le mandò volver el dia siguiente: en el que estaba se quitò la camisa que traìa puesta, la hizo labar, y acudiendo despues el necessitado, se la diò, quedandose sin ninguna; y fuè lo peor, que no hallò en la pieza, que tenia el nombre de Roperìa, otra con que cubrirse, ò abrigarse: passò unos dias, pero apretando los frios, sintiò, que la camisa, no solo hacia falta à su abrigo, sino à su salud: conociò esto, y temiò su prudencia, que no lo era perder la salud por la conveniencia de un pobre: y remediado yà este, quiso atender à sì; pero aqui era yà el estrecho de la dificultad, y aqui entraba la delicadeza del ingenio, que para salir lucido pidiò socorro à su humildad: como no havia para què acudir à la Roperìa, pues era inutil el recurso à arca vacìa, doblò el camino, y entrò en la

cavalleriza, aqui entre puerquiſsimos traſtos, proprios de aquella oficina, y muy proprios de cavallerìas, ſe encontrò con un pedazo de una manta de mula, que ſervia para un borrico, à quien ſe la ponian debaxo del aparejo para que le ſentaſſe bien, y no le hirieſſe: requiriò el trapajo, no reparò en lo aſpero, no aſqueò en la inmundicia, y conſiderò, que era mejor que camiſa para el abrigo: tomòle muy guſtoſo, fuè à ſu apoſento, ſacudiòle ſuperficialmente el polvo, y abriendole un abujero enmedio, malformò un eſcapulario, ò una zamarra, que ajuſtò muy bien al cuerpo, con que paſsò bien abrigado todo el Invierno, y todo el año mortificado.

Fuera nunca acabar, ſi huvieramos de referir uno por uno los caſos, y ſuceſſos ſemejantes de ſus extraordinarios exemplos: contarè uno por todos, porque en èl ſolo ſe comprehenden muchos, y demàs à mas ſe vè claro como aſsiſtia Dios à ſu Siervo con milagros,

quan-

quando la neceſsidad los pedia. Convidaronle, ò le pidieron, fueſſe à predicar la Quareſma à la Ciudad de Barcelos, tres leguas diſtante de Braga: aceptò pronto, por mirar eſta excurſion de la gloria de Dios, ſegun las noticias, que tenia de la tierra: llegò el tiempo de partir, y tomò, ſegun ſu coſtumbre, el viage à pie, llevando por ſu compañero al Hermano Manuel Rego, de quien deſpues ſe ha ſabido lo ſucedido en eſte viage. En èl, al medio del camino, ſe debe paſſar el Rio Prado: iba à la ſazon furioſo, por una tempeſtad, que havia derramado inmenſo caudal de agua: los dos caminantes ſe pararon, pues tentar el vado era tentar à Dios, y no ſe veìa, ni ſe podia eſperar perſona, que les ayudaſſe, ni barco que les conduxeſſe. Eſtaba el P. Acevedo como confuſo, con la meditacion, y la eſperanza toda en Dios, y el cuerpo como tranſportado. El compañero, à ſu imitacion, ſe hincò de rodillas à encomendar

dar à Dios el aprietò, con animo reſuelto de ſeguir al Padre en quálquier partido que tomaſſe: quando de repente, ſin ſaber como, ſe hallaron ambos à la otra orilla, paſſado el Rio, y en la miſma poſtura, que eſtaban à la otra vanda: que fuè mano inviſible la que los paſsò, no dexò duda: como ſucediò, ſolo lo pudo ſaber quien lo hizo, y à quien dieron ambos las gracias, y ſiguieron ſu camino à Barcelos, donde no pudieron los vecinos reducirle à que recibieſſe el decente alojamiento, que le tenian prevenido, eligiendo por propria caſa el Hoſpital publico de la Ciudad, viviendo en èl como pobres, y como tal era ſu comida ſolo pan de cebada, que pedia de limoſna: verdad es, que para engañarle tomaba alguna naranja, que en aquel Paìs las hace deſpreciables la abundancia, y ſu ningun ſuſtento; pero aqui, que no tenia entrada la goloſina, ſervia la naranja de todà vianda, como ſi fuera, ò pudiera ſer alimentò; no de-

xâban los vecinos del Lugar de socorrer al Padre, à quien veian con tan voluntaria necessidad; pero todos los platos que le embiaban, que recibia; y agradecia, solo servian de exercicio de su mortificacion, y caridad; porque como iban à hora de comer, solo llegaba à ellos para repartirlos instantaneamente à los pobres, regalando su espiritu con el regalo con que consolaba à los pobres. El tenor de vida, y distribucion, que entablò, y observò todo el tiempo que estuvo en Barcelos, fuè la siguiente: tres horas antes de amanecer era siempre el tiempo en que levantado empezaba su oracion, que duraba hasta que venia el dia: iba al punto à la Iglesia, y se ponia à confessar, durando en el Confessonario hasta el tiempo de subir al Pulpito, del Pulpito volvia al Confessonario hasta el medio dia, en que celebraba devotissimamente Missa; y dadas gracias, salia por la Ciudad à visitar enfermos, instruir à los niños en la Doctrina Christiana,

na, y concordar animos discordes; y si sobraba tiempo, volvia al Confessonario hasta las Ave Marias, que era el tiempo señalado para su unica comida de pan vasto, y naranja: acabada la Missa, que duraba muy poco, rezaba el Oficio, y devociones, y preparaba, ò estudiaba sus Sermones. Tres dias cada semana le ocupaba la Quaresma de Barcelos, los otros quatro los empleaba en las Aldeas vecinas, gyrando yà en una, yà en otra con la misma distribucion, y orden de vida, obrando Dios por su medio grandissimas conversiones. Supo con secreto, que en una de estas Aldeas vivia un Cura de mala vida, bien que dissimulando, y escondiendo en secreto su desastrada passion, no era escandaloso à los Feligreses: fuè à la Aldea, juntò al pueblo, y predicò con tanta energìa contra el pecado, y su deformidad, que compungidos todos, querian confessarse aquel dia con el Padre, y entre todos se confessò el Cura con tan se-

seguro arrepentimiento, que aquel mismo dia arrojò de su casa à la complice de sus delitos, que con el disimulo de criada tenia en su casa, para lazo de su perdicion.

Acabada la Quaresma, volvia el Predicador, ò el Misionero cargado de frutos à proseguir su oficio de Rector; y al encontrarse con el mismo Rio Prato, hallò el mismo inconveniente, hinchado otra vèz por las muchas aguas que havian destilado los montes; pero hallò mejor abrigo en un casual devoto barquero, que estando en el sitio para conveniencia de los que passaban, y ganar su vida en la ocasion de la corriente, ofreciò de valde su barquilla, y su trabajo, para que esguazassen el Rio los passageros: aceptò, y agradeciò el Padre el obsequio, y entrando en la barquilla, seguia el viage, dando gracias à Dios del acaso prevenido en su Divina Providencia, de hallar tan al punto conductor, que le vadeasse el Rio, sin ser necessario otro milagro,

quando de repente ſe viò venir arrebatadamente por el Rio un arbol entero; que havia deſgajado el turbion, y con el ràpido curſo de las aguas caminaba con toda la fuerza, que le comunicaba el impetu de la corriente: el barquero, al principio creyò ganar tiempo, y lugar, esforzando los brazos, para adelantar el barquillo, y dexar libre el paſſo al robuſto tronco, que vogaba arrebatado; pero no ſucediò aſsi, porque el agua tuvo mas fuerza que el barquero, y llegò el rieſgo à tocarſe: diòſe por perdido el barquero, y lo explicò con lo deſaſperado de ſus gritos; pero el Padre no ſe aturdiò, ni conmoviò, y muy ſereno ſe llegò al arbol, que yà beſaba el labio del barquillo, y tocandole con la mano, le detuvo, le guiò, le llevò à la popa, y le ſacò fuera de todo el ſitio del barco, que ſiguiò ſin impedimento à la orilla, y el tronco ſiguiò donde no eſtorvaba à nadie el curſo del Rio. Con eſte prodigio, vencido el Rio, acabò lo que

le

le faltaba de camino, y llegò à Braga al medio dia: en este camino, para conveniencia de su compañero, y para quanto se podia ofrecer, traìan consigo un jumentillo, y al llegar à la Ciudad, viendo là hora tan acomodada, en que todos andaban traficando por ella, le dixo al compañero, cuya virtud tenia bien conocida: *Ahora, Hermano mio, el tiempo, y hora nos convida à que hagamos un poco de burla del mundo: aqui somos tres, nosotros dos, y el jumentillo; con su ayuda dèmos una coz al mundo. Yo montarè en el jumento, y vos le llevareis del diestro; ò si os agrada mas, subid en el borrico, y yo le llevarè del diestro.* El Hermano, muy igual al Padre en el arte de la mortificacion, le pareciò que era mas ir à cavallo como azotado, y no reparò en que en esta circunstancia havia de ir el Padre haciendo el papel, ò la persona de verdugo; y assi el Padre tomò el cordèl, y en esta figura, totalmente despreciable, pas-

ſearon las principales calles de la Ciudad, haſta llegar al Colegio. Deſaprobaron algunos eſta publica oſtentacion de humildad, y deſprecio del mundo, como accion indecoroſa al oficio, y dignidad de Superior, à que ſe le faltaba al reſpeto; pero los verdaderamente ſabios, y la mayor parte de los Ciudadanos, quedaron ſumamente edificados: y como era notorio ſu ſeñoril nacimiento, deſde el dia que vieron el heroyco acto de ſu humilde virtud, le miraban todos con la veneracion de Santo.

Crecìa eſta cada dia, por algunos accidentes de ſuperior eſfera, en las ocurrencias: ſucedian con baſtante eſpecie, ò ſeñas de prodigioſas, que comprobaban la ſantidad del ſugeto. Una mañana, eſtando llena de gente la Igleſia, al miſmo empezar el Introito, ſe elevò en extaſis, levantado del ſuelo largo tiempo: havia recibido eſte favor del Cielo otras veces, pero eſta fuè la primera que ſe manifeſtò à la publicidad. Otra mañana

na eſtaban en nueſtra Igleſia conjurando à un endemoniado, cuyo maligno eſpiritu eſtaba tan rebelde, que reſiſtiendo à los Exorciſmos, amenazaba à los Exorciſtas: aviſaron al Padre Rector lo que paſſaba en la Igleſia, baxò al punto, armado con uno de los inſtrumentos de ſus penitencias: llegòſe al poſſeìdo, y ſin mas, que ſacudir con la diſciplina dos golpes al poſſeìdo, y en èl con deſprecio al demonio, dixo con imperio: Sal de aqui: el Padre lo dixo, y el demonio obedeciò; pero al Padre le coſtò caro, porque como el enemigo obedeciò forzado, procurò vengarſe voluntario; y con permiſsion Divina aquella noche entrò en el apoſento del Padre, quando eſtaba durmiendo, y le azotò tan cruelmente, que el ruido de los golpes reſonò en los apoſentos vecinos: en uno de ellos dormia el Hermano Rego, que diſpierto al ruido oyò los lamentos del Padre, que à la fuerza del dolor deſahogaba el ſentimiento: acudiò apriſa, pe-

pero el humilde Padre, diſsimulando el caſo, le embiò à dormir: en eſte tiempo interrumpiò el enemigo ſu venganza, pero à breve eſpacio volviò al exercicio, y con mas crueldad; por cuya cauſa, volviendo el Hermano al apoſento, obligò con ſus inſtancias al Padre, que para quietud de la Comunidad, que eſtaba yà inquieta, por conmovida, le dixeſſe la cauſa; à cuya inſtancia dixo: diga que nadie ſe inquiete, mano inviſible me ha molido los hueſſos, ſea Dios bendito por todo: eſto confeſsò, pero eſte accidente no le fuè cauſa baſtante para que, aun rendido al golpe, no buſcaſſe el deſcanſo en ſus ordinarios exercicios eſpirituales, madrugando, como ſiempre, à ſu oracion, y à ſu continuado exemplo, tanto mas reparable, quanto era mas extraordinario el motivo, que racionalmente podia ſervirle de eſcuſa. Por tales ſuceſſos, que ſe hacian publicos, andaba el Padre Ignacio en las bocas de todos, no en el ſentido que co-

mun-

munmente se suele usar esta phrase, sino para continua alabanza, devota veneracion, y credito de varon santo; lo que no siendo posible, que se ocultasse à su humilde conocimiento, tomò el partido de escrivir al Padre Diego Laynez, entonces General, pidiendole con instancias le permitiesse el dedicarse à las Misiones de Indias, ò à lo menos, que le señalasse à las Misiones de los Montes de Portugal, donde escondido al Mundo, pudiesse assistir al bien de las almas, sin el peligro que la vanidad pudiesse ofender la pureza, y sana intencion de la propria conciencia. Conservanse estas Cartas, por veneracion, en nuestro Archivo del govierno de la Compañia; y por una del Padre Juan Fernandez, escrita al General en el año 1564. nos consta, que el Padre Ignacio Acevedo, en aquel año, hizo la solemne Profession de quarto Voto, con que se incorporò estrechamente en la Compañia, en el supremo grado de los varios que tiene su harmonio-

nioso syſtema, y en que se dividen las claſſes de los Sugetos, consiguiendo este honor, que entre los Jesuitas es premio de virtud, y letras, por distintivo de ambas prendas, que relucìan en el.

CAPITULO VI.

EMBIAN LOS PADRES DE Portugal à Roma al Padre Ignacio Acevedo; y San Francisco de Borja le embia al Brasil, con el titulo de Visitador de aquellas Missiones.

COrrìa el año 1565. quando por la muerte del Padre Diego Laynez, segundo General, governaba la Compañia San Francisco de Borja, señalado Vicario General: este, cumpliendo con la obligacion de su oficio, intimò por Carta circular la Congregacion General, para eleccion del succesor. Los Padres Portugueses, juntos en la Congregacion Pro-

Provincial, eligieron los dos Vocales, para que acompañaſſen al Provincial en el voto para la eleccion. No fuè eſcogido en ningun lugar el P. Acevedo, porque con prevenida diſpoſicion le deputaron para que acompañaſſe el viage, con el Titulo, y Poderes de Procurador de las Miſsiones de Indias, y Braſil, à fin de que tratàſſe con el Sumo Pontifice, y nuevo General los negocios, el buen govierno, y podemos decir, el plàn de las Miſsiones, yà eſtablecidas, pero no formalizadas. Eſta deputacion, aunque por ſer honra, paſſaba los limites de ſu humildad: no dexò de ſerle muy grata, porque ſe liſongeaba con creer, que el ſervir à las Miſsiones podia ſer merito para faciar algun dia aquel ardentiſsimo deſeo de paſſar al cultivo de aquella inculta viña, y empezaba guſtoſo el camino, por vèr ſi ſe le abria la puerta.

Llegò, pues, à Roma, y electo General, quien mas que todos lo merecia, San Franciſco de Borja, mas que todos

ſe alegrò de la eleccion nueſtro Ignacio. Havia conocido al Santo, y tratado familiarmente con èl en Portugal, conocia ſu virtud, y ſu prudencia, de que debia eſperar la Compañia en el mejor govierno muchas creces; y confiado en ſu antigua amiſtad, eſperaba conſeguir de ſu benevolencia la gracia de ir à ſus ſuſpiradas Miſsiones de las Indias. De hecho fueron tan eficaces ſus ſuplicas, y lagrimas, que el Santo General no pudo menos de conſolarle, ofreciendole, debaxo de ſu palabra, que le embiaria al Braſil: no le dixo mas, ni à nueſtro Ignacio ſe le podia ofrecer lo que era honra, quando le conſolaban con el trabajo. En eſta confianza le mandò volver à Portugal, donde ſe ſuſurrò, y por algunos vislumbres ſe divisò, ò ſe temiò eſta reſolucion; y como ſentìan tanto perder Sugeto tan eſtimable, de tanta importancia en sì, y de habilidad experimentada, ſe juntaron, y todos eſcrivieron en ſuplica, y ruego al Santo

Ge-

General, pidiendole, que no señalaſſe para Indias al P. Acevedo; ò ſi le ſeñalaba, fueſſe con tal oficio, y encargo, que volvieſſe en algun tiempo à la Provincia, que le havia criado, y à quien yà hacia tanta falta, que era gran ſacrificio darle por tiempo, y inſufrible ſentimiento perderle para ſiempre. Eſta carta caminaba à Roma, y ſe encontrò en el camino, cruzandoſe los Correos con la que venia deRoma del General, quien, como ſi huviera prevenido el ſentimiento, ò los dictamenes de la Provincia, ſeñalaba al P. Ignacio Acevedo por abſoluto Viſitador del Braſil, y de ſu incohada Provincia, dandole orden, y direccion de lo que debia hacer, en la forma ſiguiente: Que informado muy exactamente del eſtado de toda laMiſsion, dieſſe orden, y forma para proceder, y proſeguir en ella con el mayor fruto de las almas, y converſion de los Infieles: mandaba mas, y lo mas eſſencial; y era, que reſpecto de no eſtàr en aquella diſtancia

pueſtas en orden, y con la debidá obſervancia las recientes Conſtituciones de la Compañia, las publicaſſe, y formalizaſſe la Provincia; por cuyo titulo puede reſpetar, como Fundador de la Provincia, en ſèr de tal, al P. Acevedo: y por fin ſe le mandaba, que concluìda eſta ardua, pero importantiſsima comiſsion; volvieſſe à Europa à dàr cuenta éxacta al General del eſtado en que dexaba la Miſsion, y la Provincia, para que en los ſiguientes tiempos fueſſe acertado, y ſolido el govierno. Los Padres de Portugal ſe hallaron con el todo de eſta orden; y como en ella venia reſuelto, y acordada ſu ultima peticion de que volvieſſe à Portugal en feneciendo la Viſita, ſe vieron preciſados à ſacar fuerzas de ſu triſteza, y moſtrarſe alegres, aun quando hacian ſacrificio en eſtàr conformes. En el P. Acevedo batallaban los afectos: tanto ſe alegrò de ir, quanto ſe entriſteciò de ir por Superior, no obſtante acoſtumbrado à obedecer ſin rèplica,

al

al primer viento tomò el camino.

No me quiero detener en referir quan ſantamente paſsò eſta navegacion, porque tendrè deſpues mejor ocaſion en que deſcrivir la ſemejante : baſte por ahora decir, que caſualmente un viento recio obligò à la Nao à tomar una de las Islas de Cabo-Verde ; y viendoſe obligado à parar, ſaltò en tierra, y movido de ſu zelo, tomò por voluntario oficio cultivar aquel pueblo, confeſſando, predicando, y enſeñando à todos la Doctrina Chriſtiana, para lo qual formò alli miſmo un Catheciſmo, tan bien ordenado, que el ſeñor Obiſpo, al tiempo de partir el Padre le pidiò un traslado, y ſe valiò de èl para inſtruccion de ſu grey todo el tiempo que la governò. De eſta Isla, vuelto à la embarcacion, ſiguiò felizmente el viage, haſta aportar à la Baìa de Todos los Santos, que deſde ſu deſcubrimiento ha ſido el principal emporeo de todo el Braſil.

Eſte inmenſo ſitio, paìs, y conti-

nen-

nente ocupa una gran porcion de la quarta parte del Mundo, ſeparada de las otras tres, que por Americo, ſu Deſcubridor, llamamos America; y ſi bien deſde el principio del Siglo, de que vamos eſcriviendo, le havian deſcubierto, y conquiſtado los Portugueſes, no vieron ſus naturales la primera luz de la Fè haſta el año de 1549. quando en carro de la gloria de Dios la llevò encendida el P. Manuel Nobrega, con otros cinco Religioſos, todos de nueſtra Compañia. Por medio de eſtos tomò poſſeſsion, ò empezò à ſentar el pie la Religion Catholica entre aquellas gentes rudas, ſalvages, y paganas; y acudiendo deſpues mas Operarios de la Compañia, ſe propagò con tan felìz ſuceſſo, que al entrar en la Baìa el P. Ignacio Acevedo, ſe contaban mas de diez y ſeis mil Chriſtianos, y otros tantos Cathecumenos. No havia coſtado pocos ſudores à los Padres la fundacion de eſta reciennacida Chriſtiandad. Los naturales no eſtaban ſolo privados

de

de Religion, ſino tambien de humanidad: habitaban diſperſos por los boſques, con qualidades de fieras: no conocian de veſtidos, ni de decencia: vivian entregados à la ſenſualidad, como que en ellos lograba el apetito el imperio, que debe tener la razon. No comerciaban entre sì, y divididos en cortiſsimos ranchos, eran eſtos caſi infinitos, y cada uno uſaba diferente lengua; con que eran caſi infinitos los dialectos, ò por lo menos eran tantos como las familias. Y lo que hacia mas valiente, ò mas dificil la Miſsion, eran todos ellos Caribes, avidiſsimos de carne humana, de que hacian, à ſu barbaro modo, eſplendidiſsimos banquetes, comiendoſe los hijos à los padres, los padres à los hijos, ſin el menor reparo, ni atencion al cariño, y aun à la naturaleza; y a eſte fin armaban guerras civiles una familia con otra; y quando faltaba la ocaſion, ò no daba la oportunidad poder matar à un poco conocido vecino, en la miſ-

ma

ma familia, y en el mismo rancho armaban trayciones, para matarse, y comerse unos à otros, haciendo alarde, gala, y punto de grande honra haver sido hombre que havia muerto à muchos; para cuya ostentacion guardaban con cuidado los huessos, que eran despojos de sus inhumanas victorias. Experimentò esta barbaridad el primer Prelado señor Obispo Don Pedro Fernandez, que haviendo llegado à la Baìa quatro años despues que el P. Nobrega, bien que por comun consejo de todos los experimentados, no entraba à manssissima caza de Indios, y à atraerlos con mansedumbre, sino acompañado de segura escolta: en una entrada, en que le defendian cien hombres, sabido por los barbaros, se unieron tantos, que unos, engañosamente traydores, y otros soberviamente atrevidos, quitaron la vida al señor Obispo, y à toda la comitiva; y hicieron un muy general convite, en aplauso de su vizarrìa, y en satisfaccion

de

de ſu gula. Los Jeſuitas, en medio de tan imminente rieſgo, entraban por los boſques, corderos ſacrificados à los lobos, y acariciando à unos, ſuavizando à otros, y regalandolos à todos, domeſticaron à muchos, y en poco tiempo los reduxeron à vida humana, y civil, conduciendolos à unirſe en las poblaciones, que ſe iban formando; y alli dociles yà, y racionales, ſe les inſtruìa en los Myſterios; y cathequizados, ſe concedia la gracia del Bautiſmo, y matriculaba en el gremio de la Igleſia. Todo eſte fruto no ſe podia ſazonar, ſin un continuo exercicio de trabajos, y paciencia; y no era el menor cuidado haver de aprender ſin Maeſtro tantas, y tan diſtintas lenguas, diferentes entre sì, y neceſſarias pára cathequizarlos con ſeguridad de que entendian lo que ſe les explicaba. Dos de aquellos primeros cinco Jeſuitas, que entraron Apoſtoles, conſagraron ſus vidas en ſacrificio de la Fè, y Religion: eran eſtos los Padres Pedro Correa, y

Juan de Souſa; pero ſu ſangre, vertida por Chriſto, fuè fecundiſsimo riego, que fertilizò aquella inculta tierra, que deſde aquel dia produxo mas, y mas Cathecumenos; y tanto, que en corto tiempo ſe formaron ſiete Reduciones.

En cada una de eſtas havia una reſidencia de la Compañia; eſto es, alguna caſilla, donde reſidia uno, ù dos Jeſuitas, ademàs de los Colegios, y Seminarios de jovenes, que ſe havian diſpueſto en las Colonias de los Portugueſes. La diſpoſicion, conveniencia, y orden de eſtas reſideneias, y caſas, para comun edificacion, quiero que ſe ſepa, por la informacion que nos dexò de ellas aquel gran Varon P. Joſeph de Anchieta, inſigne Apoſtol de eſtas gentes, cuya beatificacion aguardamos muy en breve, aprobadas yà ſus virtudes en grado heroyco, y ſolo nos falta la prueba de los milagros, para tener el conſuelo de adorarle en los Altares. Eſte, pues, grande Heroe, en una carta, que embiò à Euro-

ropa, deſcrive, y pinta al vivo el Colegio, y Seminario de Piratininga en el Braſil, donde à la ſazon, en el año de 1554. vivia; y dice aſsi: „ Deſde el „ mes de Enero, haſta el dia de oy, eſta- „ mos en eſte Colegio, y Seminario mas „ de veinte y quatro perſonas, contan- „ do en eſte numero los alumnos, y los „ cathequiſtas: eſta miſera caſa ſe com- „ pone de algunos arboles toſcos, que „ ſirven de vigas, y maſa de tierra, y „ agua, que forma las paredes, y el te- „ cho es de paja, que ſirve de poco: ſu „ longitud es de catorce paſſos, y ſu am- „ plitud de diez: aqui en eſte gran ſa- „ lon eſtà todo junto, aqui eſtàn las Au- „ las, el Dormitorio, el Refitorio; la „ Enfermeria, la Deſpenſa; y finalmen- „ te, es un portal de venta, y es un en- „ tero Colegio de la Compañia à nueſtro „ modo; y ſiendo nada, es un todo. „ Pero en eſta deſnudez no embidiamos „ à nueſtros Hermanos, que en Euro- „ pa gozan mas anchuras, ò mas forma-

„ lidad, pues ſabemos, que Jeſu-Chriſ-
„ to, quando naciò, ſe reclinò en un
„ peſebre, pieza mucho mas angoſta,
„ que la nueſtra; y mas eſtrecha fuè la
„ en que ſe compuſo para morir.

Todas eſtas Caſas, Colegios, y Reſidencias de nombre, diſtantiſsimas entre sì, viſitò con ſumo trabajo el zeloſo Viſitador, ſin que aqui podamos deſcubrir los corazones de aquellos infatigables Operarios, que ſi los pudieramos regiſtrar, los reconocieramos dilatados con el gozo, llenos de conſuelo, tiernos al exemplo, y animados al trabajo, con la buena direccion de ſu Superior, el que ſe deshacia en lagrimas de conſuelo, viendo aquellos ſus amados Hermanos, que abandonando toda conveniencia, y aquel conſuelo, y gozo natural, que cauſa el vivir en ſu Patria, habitaban ſelvas, en un afanado deſaſſoſsiego, trabajando por la converſion de las almas, y no ſin embidia, pero sì con lagrimas los llamaba bienaventurados, y dichoſiſsimos,

por

por haverles tocado la feliz suerte de tan laboriosa Misſion. Explicaba el instituto de la Compañia, y las reglas, dexando oportunas ordenes, y disposicion, para que en todo lo posſible se pusiessen en practica, en quanto lo permitia aquella santa libertad, en que era forzoso vivir, haviendo de estàr en continua conversacion con los Neophitos, en continuo viage à caza de Gentiles, y donde el desasſosſiego era virtud, y la libertad, clausura. Una de estas ordenes de Visita fuè, que nunca entrasſe un Misſionero solo, y sin compañero en los tugurios, ò barracas de los Gentiles: esta orden daba alguna providencia à la seguridad de sus vidas, y era un grande resguardo de la decencia, y un fiel testigo de la honestidad en tierra barbara, donde la desnudez era perpetuo incentivo peligroso à la ruina. La otra orden fuè, que de tiempo en tiempo se retirassen de la Misſion à vivir algunos dias en los Colegios, en la forma que se pudiesſe,

y

y orden de comunidad, para limpiar aquel polvo, que precisamente se pega sin conocerse, que si no mancha, enfada aun quando se sacude, y la comunicacion de Idolatras, y Gentiles necessariamente le ocasiona. Finalmente, despues de tres años, que empleò en visitar una, y vatias veces todas las Misiones, juzgando que havia cumplido enteramente con su obligacion, y que solo restaba el cumplir con la obediencia, volviendo à dàr cuenta à su Santidad, y à su General del estado de la nueva Chtistiandad, à quien espetaba servir mas en Europa, que en el Brasil, solicitando Operatios, que eta la mayor falta que havia reconocido en la Mision, y era irremediable en el sitio. Despedido con muchas, y correspondidas lagrimas de los Misioneros, tomò el viage, consolandolos con la esperanza de volver à verlos acompañado de muchos, que los ayudassen, como necessitaba aquella viña fructifeta, aun quando inculta.

Es

Es indecible el buen olor de ſuavidad, y la comun opinion de hombre ſanto, que dexò en el Braſil ſu humildad, y ſu caridad: le conciliaron para con los domeſticos, para con los Portugueſes, y aun para con los Indios veneracion tal, que igualaba à ſu reſpeto. En aquellos ſus continuos viages nunca llevò mas equipage, que unas alforjas, llena la una de inſtrumentos de penitencia, ſilicios, diſciplinas, coronas de eſpinas, eſtrellas de acero, cruces de puntas, y otros ingenios de la mortificacion: eſta carga era para sì ſolo. La otra alforja ſe cargaba de inſtrumentos utiles para el bien de los proximos, iban en ella inſtrumentos de Carpintero, de Saſtre, de Zapatero, de Cirujano, y de todas aquellas artes, que havia aprendido por curioſidad en el Noviciado, y ahora ſe ſervia de todas ſus habilidades para ſocorro, y alivio de ſus pobres Hermanos; y ſervia en eſto con tan alegre caridad, que por la maravilla que les cauſaba,

quan-

quando no huvieſſen obſervado otros muchos exemplos de ſingulariſsimas virtudes, eſto ſolo era merito baſtante para calificarle Santo.

Eſta veneracion ſe confirmò mas, y mas por un maravilloſo ſuceſſo, que ſi bien ſe cuenta, y ſe refiere como proprio en la Vida del V. P. Anchieta, toca à ambos; y por el teſtimonio, que tenemos de eſte venerabiliſsimo Sugeto, es proprio de nueſtro Ignacio. Paſſaba por mar à viſitar, y vèr la obra del nuevo Colegio del Rio Janeyro, que por el zelo, y magnificencia del Rey Don Sebaſtian ſe eſtaba fabricando: iban con el Viſitador, los Padres Manuel Nobrega, Luis Grana, y el V. Joſeph Anchietas, tres columnas de aquella Chriſtiandad, cuya memoria es ſiempre tierna, y devota en todo el Braſil. Iba tambien el Iluſtriſsimo Obiſpo Pedro Leytan, que havia de poner ſolemnemente la primera piedra de la nueva Igleſia, con toda aquella ſolemnidad, que manda el Ceremo-

monial, y en aquellos desiertos fuesse posible. A medio viage faltò el viento, y fuè preciso parar sobre las ancoras, aunque se veìa muy cercana la tierra: el P. Acevedo, temiendo que la calma durasse mucho, pidiò licencia al señor Obispo para saltar à tierra en un batèl, con el santo fin de celebrar el Santo Sacrificio de la Missa, y de hecho entraron en el bote los tres Padres: à fuerza de remo llegaron à poca distancia de la tierra, quando de repente atemorizò las aguas, y los circunstantes una Ballena de espantosa grandeza, que acosada, y herida de Pescadores, venia furiosa à vengarse en el innocente leño de devotos passageros: tenia levantada la disforme cola, en apercibimiento de descargar el golpe; à cuyo impulso le sobraba mucha fuerza para arrojar el bote, y los passageros al agua, y à larga distancia del parage en que los cogia; pero aun este peligro era remoto, pues mas inmediato estaba el de la mucha agua, que

vomitaba el monſtruo por los dos caños de las narices. Eſte efecto es en la Ballena natural, yà ſea por deſahogo de la mucha agua, que ſuperfluamente traga ſu deſcompaſſada boca; yà porque el ſiſtolè, y diaſtole de las alas del corazon, al ſubir, y baxar, comprimiendo el agua, que eſtà en el cuerpo, la obligan à que por no caber, deſocupen el lugar; pero en eſta ocaſion, como el monſtruo yènia irritado, era mas deſproporcionado el raudal, que atemorizaba. El unico medio para ſalvarſe era ganar agua, como ſe dice, de la tierra, y dexar con la priſa libre el paſſo al monſtruo; pero eſte traìa mas violencia, que el eſforzado animo de los remeros, y yà regaba à los Padres el deſperdicio del agua, que vomitaba. Eſtàba el ſeñor Obiſpo ſentidiſsimo de haver dado la pedida licencia, y todos afligidamente compadecidos por el rieſgo: ſolo el P. Acevedo moſtrò mas animo, y nada commovido, ni ſobreſaltado, ſe levantò en pie, hizo

cara

cara al monstruo, levantò los ojos al Cielo, y baxandolos serios, è imperiosos contra la Ballena, hizo sobre ella la señal de la Cruz. Fuè cosa maravillosa este silencioso conjuro, detuvo aquella furia, parò à aquel monstruo, que cessando en el movimiento del agua, y deteniendo su rapido curso, baxò blandamente su cola, inclinò la cabeza, y con tanto sossiego, que no commoviò las aguas, se sumergiò, dexando al atemorizado batèl libre el campo, para que pudiesse arribar à la orilla, y cumplir los Padres con su devocion, diciendo Missa, que fuè de accion de gracias, por el singular, yà que no le califiquemos de milagroso, suceso. El V. Anchieta, que por la multitud de sus continuos, y estupendos milagros, logra el titulo de Taumaturgo del Brasil; haciendo relacion de su maravilloso suceso, en una carta, que se conserva oy en dia, gozò la ocasion de manifestar su humildad; y dar toda la gloria; y merecimiento de este

prodigioso suceſſo al P. Acevedo, diciendo asſi: „ En un peligro tan manifiesto „ nos miraban desde la Nao el señor „ Obiſpo, y todos los otros con com- „ paſsion, dandonos, y mirandonos „ como perdidos. Solo confiaban en „ Dios, y en su Mageſtad esperaban, „ que nos libraria con poderosa mano, „ porque en el batèl venia con nosotros „ aquel tan caro Amigo de Dios P. Ig- „ nacio Acevedo.

CAPITULO VII.

VUELVE A ROMA, Y CONSIgue de San Francisco de Borja volver al Braſil con recluta de Jeſuitas Operarios: Confirma esta reſolucion San Pio V. y honra con muchos favores al P. Ignacio Acevedo.

POCO tiempo se detuvo en Portugal, despues de su arribo, que fuè feliz por lo breve, y nada peligroso del via-

viage del mar ; pero como el fin era ſeguir el camino , por llegar à Roma , no ſolo por cumplir con la obligacion de dàr cuenta al Santo Borja de ſu bien executada comiſsion , ſino para ſolicitar todo el mayor bien de la Miſsion : qualquier dia que ſe dilataſſe ſu aſſunto , era diferir años ſu deſeo. No obſtante en aquel poco tiempo aficionò à muchos jovenes virtuoſos , y zeloſos de la gloria de Dios à concurrir con ſus trabajos , y talentos à Miſsion tan glorioſa , de la qual oìan de la boca del Viſitador , no deſcanſos , ni ſoſsiego , ſino inquietudes , afanes , trabajos , pobreza , deſnudèz , y deſamparo , con qne ſe negociaba la mayor gloria de Dios , y la ſalvacion de infinitas almas. Por ahora no paſsò eſte aſſunto mas que à infundir deſeos, y preparar corazones ; porque rendido ſiempre à la mas ciega obediencia, no intentò levantar vandera , antes de tener la Patente de Capitan; pero era una gran ventaja tener noticia cierta de haver

ver gente pronta para aliſtarſe, ſiempre que huvieſſe quien juridicamente ſentaſſe las plazas, y noſotros verèmos deſpues el fruto de eſtas primeras platicas, y como capitaneò, y conduxo conſigo una numeroſa, y florida compañia de Soldados, que pelearon glorioſamente ſus victorias; y en quanto en caſa ſembraba aquella bien diſpueſta tierra en los corazones de los jovenes, logrò el tiempo en audiencia con el Rey D. Sebaſtian, à quien diò las debidas gracias en nombre de todos los Jeſuitas del Braſil, por lo mucho que le debia la Compañia, en lo que ſe intereſſaba ſu zelo, y expendia ſu liberalidad en aumento de aquella nueva Chriſtiandad, y exaltacion de nueſtra Santa Fè; y ſingulariſsimamente le agradeciò la ſuma liberalidad con que fabricaba, y dotaba el Colegio del Rio Janeyro, que havia de ſer el Caſtillo, el Fuerte, el Alcazar, y la Plaza de Armas de toda la Miſsion. Oìale el Rey con ſumo agrado, porque aun ſiendo joven, y en las de-

delicias del Trono, que havia empezado à tomar el gusto; y como solemos decir, le tenia en los labios, le agradaba la conversacion de lo que era gloria de su Reynado, quando se hermanaba con la exaltacion de la Fè, de que era zelosissimo; y cumplida esta debida, y fructuosa obligacion, se volviò à embarcar para Roma, à obedecer, y conferir los negocios de la Missionn con el Santo Borja. Al Santo nunca le vieron sus contemporaneos mas arrebatado de alegria, que quando diò sus brazos al P. Acevedo. Eran muy amigos, y la semejanza en las virtudes havia producido en las dos almas la mas sincera estrechèz: corriò à estrecharle en su pecho, que se desfogò por los ojos, bañando mutuamente las lagrimas à los mismos que las sudaban de consuelo. El General quiso informarse muy despacio, y menudissimamente de todo el Brasil, sin saber, ni poder disimular el jubilo en que se bañaba, quando oìa las fatigas, sudores;

y

y penas, que padecian ſus hijos, y con que lograban los felices progreſſos de la converſion de Infieles. Aprobò quanto havia diſpueſto, y ordenado el P. Acevedo; y ſobre todo, manifeſtò una ſuma ſatisfaccion en la orden, y providencia de que todos los Miſsioneros ſe recogieſſen, à lo menos una vez al año: eſto lo alabò, y aplaudiò, repitiendo, què bien ordenado eſtà eſto! ò quanta verdad es, que la converſion de los Gentiles à la Religion, y de los pecadores à la penitencia, pende en mucha parte de la ſanta vida de los Predicadores! No acababa de dàr gracias à Dios por las bendiciones Divinas, de que llenaba los ſudores de la Compañia; ni pudo eſconder à todos la pena interior, que ſentia de no poder ir en perſona à tan remotas Provincias à trabajar como el menor: deſtino, que le fuera del mayor gozo, ſi las obligaciones del gravoſo oficio le huvieran dado licencia para ſolicitarlo.

De aqui tomò ocasion, ò la palabra nuestro Ignacio; y viendo tan bien dispuesto aquel animo, perorò, y exagerò la suma necesidad, que havia de Operarios, donde la abundancia de la mies haria parecer que eran pocos, aun quando fuessen muchos, quanto mas en el systema lastimoso, en que havia diez, ò veinte, donde eran necessarios ciento, ò mil; y añadiò: el tiempo, y sus circunstancias, con los favores del Rey de Portugal, no puede ser mas oportuno para hacer una leva de gente, tomandola de los que voluntarios quisiessen consagrarse de las Provincias de España, y de Portugal, y escoger en estas Provincias un buen numero de Sugetos, que embiados al Brasil, sean allà refuerzo à la Mision, y consuelo à los Misioneros; y aqui, exalando un suspiro del corazon, añadiò: *Y R. P. General, si mis demeritos no me hacen de todo indigno, tenga yo la fortuna de ser nombrado en el ultimo lugar de los escogidos.* La resulta

de esta conferencia fuè, que el Santo General eligiò, y depurò à nuestro Ignacio Acevedo, para que eligiesse los Sugetos, que juzgasse mas à proposito, para cumplir esta leva, y que èl mismo los conduxesse al Brasil. A este fin le declarò por Superior de èl, dandole ampla facultad de llevar consigo quantos Sugetos le quisiessen seguir Jesuitas de las Provincias de España, y Portugal; y porque en leva numerosa era dificil juntar muchos veteranos, le diò amplitud en sus facultades para poder alistar Jesuiras Estudiantes, Novicios, y Coadjutores, segun que, como bien informado del terreno, juzgasse que podian ser utiles en la Mision, y para la conversion de los Gentiles; pues donde faltaba tanto, todos podian ser provechosos para algo, y hacerse muy utiles para todo, al mismo tiempo que servian en los ministerios inferiores de cathequizar, y domesticar à los Gentiles; y los Coadjutores, librando de cargo, y cuida-

dado de los miniſterios temporales à los Sacerdotes, y Eſtudiantes, les daban tiempo, y libertad para cuidar ſolo de la converſion de Infieles, y extenſion de la Fè, coadyuvando en eſto, que era ſer cauſa mediata de las converſiones.

Contentiſsimo de poder volver à deſandar el viage, aunque ſentido de haver de ſer Superior, prevaleciendo en eſtos efectos el zelo de la converſion de Gentiles, y con el practico conocimiento de que el oficio de Superior en la Miſsion, ſin gozar nada de autorizadas excepciones, añadia mucha carga à la regular de Miſsionero: no veìa la hora de volver à Eſpaña à empezar ſu delegada poteſtad. Pero ſiendo eſte expediente tan proprio del bien de la univerſal Igleſia, quiſo el Santo General, que no partieſſe de Roma, ſin beſar primero el Pie, y tomar la bendicion del Sumo Pontifice, que à la ſazon era el Santo Pio V. (eſte negocio ſe trataba entre Santos.) Pidiò audiencia, y al Sumo

Pontifice no le fuè nuevo, ni el nombre del P. Acevedo, ni sus grandes santas prendas, porque sabiendo en Braga Don Fr. Bartholomè de los Martyres, que passaba à Roma el P. Acevedo, escriviò puntual à su Santidad, suplicandole, que como zelosissimo universal Pastor de la Iglesia, patrocinasse los santos deseos de un indefesso Operario, y Ministro de la Iglesia. Toda esta carta estaba concebida en terminos de suma alabanza del Padre, empezando por su ilustre nacimiento, y prosiguiendo en encarecimientos de sus prendas, su virtud, su zelo, y sus Apostolicas fatigas, entre otras clausulas de suma estimacion, se leìa en la carta la siguiente: *V. Santidad puede mirarle como hombre verdaderamente Apostolico, lleno del Espiritu Santo, y que por tal està universalmente venerado en todo Portugal.* El Sumo Pontifice, que tenia la debida estimacion del Arzobispo de Braga, estaba con animo bien prevenido à favor del

P.

P. Acevedo. Recibiòle por esto su Santidad con demostraciones de mas que ordinaria clemencia; pero quando oyò la empressa, que tomaba à su cargo de volver al Brasil, y de conducir muchos compañeros Operarios en socorro de aquella reciennacida Christiandad, alzò los ojos al Cielo, y diò tiernas gracias à Dios, que proveìa de tales Sugetos en su Iglesia; y con singular afecto concediò al P. Ignacio, y à los que le seguian en el viage, su Pontificia bendicion; y no contento con esto, diò al Padre muchas reliquias, y entre ellas una cabeza de las Once mil Virgines, muchos Agnus Dei, medallas, y camandulas, enriqueciendolo todo con muchas indulgencias, y gracias espirituales. El P. Acevedo se havia explicado con el Santo Borja, declarandole, que para guia de su viage deseaba mucho llevar una Imagen de Maria Santissima, copia, ò à lo menos semejante à la que pintò San Lucas, y se venera en la Basilica Liberiana, llamada

vul-

vulgarmente Santa Maria la Mayor. No era facil conſeguir copia de tan venerable Original, porque el debido reſpeto havia negado ſiempre la licencia para el traslado; con todo eſſo, como el Santo Borja viò al Sumo Pontifice tan favorable, cobrò animo, y dando toda la culpa à la devocion del P. Acevedo, pidiò la licencia, nunca concedida à otro; y San Pio V. hizo el exemplar de dàr eſte guſto à los dos, y ſe conſiguiò la copia; y con eſta ocaſion ſe ſacaron por los mejores Pinceles de Roma, no ſolo una, ſino las muchiſsimas, que ſon incentivos de nueſtra devocion: una de aquellas primeras ſe conſerva en nueſtro Noviciado de Roma, otras traxo à Portugal el P. Acevedo, y con una de ellas en la mano fuè con la que ſucediò el prodigio, que verèmos. No ſe contentò con eſto el Santiſsimo Papa, ſino que deſeando contribuir, y concurrir de ſu parte al mayor aumento de aquella Chriſtiandad, eſcriviò dos eficaciſsimos Breves, uno al

Obiſ-

Obiſpo del Braſil Don Pedro Leytan, otro al nuevamente elegido Governador Secular Don Luis Vaſconcelos, en los quales encargaba toda la poſsible aſsiſtencia à los Miſsioneros, y que con ſu proteccion los dieſſen autoridad, y ſocorro, à fin de que ſe deſarraygaſſe el vicio de andar deſnudos, y el infame de comer carne humana; y armado con eſte guadarnès de armas eſpirituales, y con eſte Pontificio auxilio en las temporales, y con los felices auſpicios de un Santo General, el año de 1569. partiò de Roma para Eſpaña à comenzar la leva de Sugetos, y formar la Miſsion para el Braſil.

CA-

CAPITULO VIII.

EN LOS COLEGIOS DE Eſpaña, y deſpues en los de Portugal, junta los Miſsioneros para el Braſil; y la ſanta diſpoſicion con que ſe previnieron todos para la navegacion.

LUEGO que aportò à Eſpaña, corriò en un vuelo las Provincias de la Compañia, donde hallò una gran coſecha de deſeos de ſeguirle en muchos Sacerdotes, muchiſsimos Eſtudiantes, y caſi todos los Novicios, que anhelaban, y ſe le ofrecian para acompañarle en el viage, y havian prometido à Dios conſagrarſe à la Miſsion, eligiò algunos, no tantos como podia, por las noticias que tenia de Portugal, donde el primer eco del clarin havia aliſtado tantos, que apenas havian dexado lugar para alguno; y à la verdad, lo mas acertado en

la

la politica era, que à lo menos la mayor parte, ò con exceſſo en el numero, fueſſe de Nacionales, para mayor union entre sì: por eſto eligiò pocos de Eſpaña; pero sì tomò algunos, y entre ellos el mas ſeñalado fuè en la Provincia de Caſtilla un Novicio, llamado Franciſco Perez Godoy, joven virtuoſo, de natural ſingularmente ſincero, Angel en las coſtumbres, y patiente de la Doctora Myſtica Santa Tereſa de Jeſus; pues como llegaſſe à Valladolid el P. Acevedo, encontrò Maeſtro de Novicios al iluſtrado Varon P. Balthaſar Alvarez, Confeſſor de Santa Tereſa, y de quien la Santa en ſu Vida hace tan honorifica mencion; y avocandoſe los dos, ofreciò el P. Balthaſar al P. Acevedo à todos ſus Novicios, ſingularizando al Hermano Godoy, alabandole mucho ſu virtud, y zelo, le añadiò: Eſte Hermano es deudo de la Madre Tereſa, perſona para todos los Jeſuitas; y mas que todos para mi, de venerable aprecio, y con una

rara casualidad, despues de Novicio, hemos descubierto total falta de vista en el ojo del Canon; impedimento para el Orden del Sacerdocio, si no le buscamos algun motivo para su dispensacion, y ninguno mas eficàz, que el passar à Misson tan ardua en sì, y tan bien recibida del Sumo Pontifice. Oyendo esto el P. Acevèdo, dixo al punto: Venga, venga para mi esse, la dispensacion yo la conseguirè, y por lo demàs le tengo por muy à proposito para el Brasil: quedò entre los dos ajustado el negocio, hablòse al Novicio, quien agradeciò con todo su afecto, y no con menor la Santa Madre Teresa estimò, y agradeciò la eleccion, que nos estuvo muy bien, como verèmos.

Elegidos los Españoles, passò con ellos à Portugal, donde con aviso, que havia embiado, se iban yà juntando en las cercanìas de Lisboa los Misioneros, que le tenia prevenidos la Provincia. En Portugal se viò precisado à encomendar

la

la Misſion, ſu govierno, y ſu conducta à otro Padre, por ſerle preciſo detenerſe en Evora, donde reſidia la Corte; y el Rey, por las noticias que tenia de las prendas del P. Acevedo, le confiò cierto negocio de graviſsima importancia, y faltò poco para que le obligaſſe à volver à Roma à tratarle con el Sumo Pontifice; pero las oraciones del Padre pudieron mas con Dios, que el aprecio que de ſu buena conducta podia con el Rey: bien ſea entendido, que inſpirado de Dios, ſupo el Padre dàr tan buen corte al expediente, que ſe ſepultò el negocio entre el ſecreto, y el acierto.

En eſte tiempo quiſo Dios manifeſtar la virtud de ſu Siervo, con accidente bien caſual. Eſtaba un Sacerdote conjurando à un endemoniado en nueſtra Igleſia; pero terco el enemigo, ſe hacia ſordo, aunque no mudo, porque era tal la griteria, la bulla, la inquietud, los gemidos, las rabias, y los violentos movimientos, con que ſacudia à los que

llegaban cerca, que alborotaban la Igleſia, è impedian el ſoſsiego, y la devocion al P. Ignacio, que eſtaba rezando el Roſario à Nueſtra Señora en una de las tribunas. Compadeciòſe del miſerable el P. Acevedo, y de sì miſmo, à quien faltaba el alma, porque le quitaba la devocion; y ſin dexar la cuenta de las Ave Marias, baxò à la Igleſia con el Roſario en la mano: hizoſe lugar entre el rolde de los circunſtantes, y llegandoſe al energumeno, le puſo el Roſario al cuello; y vueltò al Exorciſta, le dixo: Baſta, baſta, yà nò es meneſter mas; y de hecho el energumeno ſe quietò, y el demonio deſocupò la poſada, y dexò libre el cuerpo, que tanto havia mortificado, con grande eſpanto de quantos lo vieron, que ſiendo por entonces maravilla, ſe convirtiò, con la conſideracion, en reſpeto. Deſembarazado yà de toda ocupacion en la Corte, y de todo empeño con el Rey, tomò deſde Braga el camino de Lisboa, acompañado, ò acompañando

do

dò à los Miſsioneros ; y eſte podemos contar por el primer paſſo , que diò eſta glorioſiſsima Miſsion , y primer exemplo. Iban todos à pie con ruſticos bordones , ſin mas torno , ni ſeñal de bordon , que ſer palo , que ſervia de tal : la compoſtura en ſus roſtros , y en ſu modo edificaba : el vivir ſolo de limoſna paſmaba, y todo el camino era una Miſsion de vulto , que predicaba con la viſta , y con la obra. En las cercanìas de Lisboa encontraron los que venian à los que eſtaban aguardando , todos fuera de Lisboa , porque en aquel tiempo eſtaba cerrada la Ciudad , purgandoſe en quarentena de la tremenda peſte, que la havia afligido , y deſolado : por eſta miſma razon ſe viò obligado el P. Acevedo à quedarſe fuera ; y no haviendo por entonces ocaſion de embarcò , compuſo con los Superiores alvergar à ſu comitiva , que era de ſeſenta y nueve Miſsioneros , en Valde-Roſal , que es Quinta, ò Caſa de campo ſolitario , que tiene

en

en Lisboa el Colegio: està de la parte de acà del Rio Tajo, y formada con arquitectura religiosa, division de aposentos, y oficinas de Comunidad.

En esta casa no se puede significar bien con palabras el gran noviciado que tuvieron para su Apostolado, assi su Capitan, ò Superior el P. Acevedo, como toda su fervorosa Esquadra. Havia entre ellos algunos de virtud provecta, como podemos señalar à los Padres Pedro Diaz, Diego Andrade, y Miguèl de Aragon, hombres que igualaban los años de la vida con los del exercicio de virtudes religiosas. El mayor numero era de Novicios, y Estudiantes; pero todos, aun los antiguos, pidieron al Padre Acevedo, que en aquel Noviciado de Martyres, todos fuessen tratados igualmente, porque era igual su destino, aunque no fuè en todo igual su fortuna. La vida, y distribucion de tiempo, que alli se tenia, mas era de Angeles, que de hombres. Toda la mañana

se

ſe ocupaba en exercicios de devocion; deſpues de comer ſe ocupaban en algun exercicio corporal, para dàr algun deſahogo al animo, eſte era un honeſto divertimiento; y el Maeſtro en artes ſerviles lograba ſu habilidad, enſeñando à unos à hacer zapatos, à otros à coſer, à otros à formar alpargates, y otras de aquellas artes, que havia aprendido en el Noviciado; y era ahora exercicio de humildad en todos, y podia ſer muy util, ſi huvieran llegado à los deſiertos del Braſil: en eſte miſmo tiempo unos iban al boſque por leña, que traìan en ſus hombros, otros ſalian por las Aldeas à pedir limoſna para ſu pobre ſuſtento. El Superior, y Maeſtro de Novicios era el primero en eſtos exercicios, porque como le tocaba mandar, ſe cargaba de eſtas humildades con mas facilidad, que las encargaba à otros; y eſto era con el diario cuidado de tener todas las noches exhortacion, ù platica eſpiritual à ſu Comunidad, animandolos al ſufrimiento,

à

à los trabajos, y à las virtudes religiosas: sus conversaciones, entre todos, siempre eran de devocion, y de Dios: los ayunos, las disciplinas, y las mortificaciones corporales tantas, que el P. Acevedo se viò obligado de la prudencia à tirar el freno, porque no se precipitasse la salud, y se perdiessen los Soldados antes de servir en la guerra; pero por consolar su fervor, los exhortaba, y aun los ayudaba al exercicio de la mortificacion nterior de pasiones, y deseos, que estos ison de ningun peligro para la salud, y fuerzas corporales, y de mayor provecho para el espiritu. Y en lo corporal no havia poco que sufrir en la ninguna comida, pues toda se reducia à unos zoquetes de mal pan, que recogian en las limosnas, y unas yervas mal guisadas, pues la necesidad, y el ningun caudal no daba mas libertad para el regalo. No se descuidaba tampoco en dàr algun pasto à su zèlo, embiandolos à los Lugares, y Aldeas vecinas à predicar la palabra de

Dios,

Dios, à enseñar la Doctrina Christiana à los niños; y explicarla à los Aldeanos, y aconsejarlos à la vida devota. Todas las tardes se formaba de todos una devota procesion, en que iban cantando algun Psalmo, dirigiendo su viage à una Cruz, que estaba en lo alto de un collado vecino. En llegando à rodear la Cruz, soltaban las velas à los afectos, y à los suspiros, y se enrrerenian largo raro en silenciosa oracion; y luego volvian à casa cantando la Letania de la Virgen. Esta Cruz no dura enrera, porque despues del martyrio, en memoria de nuestros Martyres, la dividiò la devocion: una parte tocò al Colegio de Coimbra, otra mantuvo, y mantiene por el derecho de possession la Casa de Valde-Rosal; y otra consiguiò, à empeños, el Colegio de la Baia del Brasil. En vez de la original se substituyò otra de marmol, visitada, y venerada de todo el contorno, en memoria de esta primera devocion, y por ella mantiene el nombre de la Cruz de

los Martyres. Finalmente, para explicárnos en pocas palabras; era tan grande el fervor, la alegria, el contento de toda aquella ſanta Comunidad, que el Padre Acevedo, en medio de aquel deſeo, con que anhelaba por ſu Braſil, y ſus Indios; eſcriviendo à un confidente ſuyo, le declarò, que Valde-Roſal le parecia un Parayſo, y que jamàs havia tenido vida mas guſtoſa, ni mas tranquila.

Aqui en ſanto retiro ſe mantuvo la Miſsion cinco meſes, que ſe dilatò la ocaſion del embarco; pero ofrecida eſta, dexaron ſu amada ſoledad de aquel deſierto, que ſerà ſiempre glorioſo à la Compañia, y al mundo, por las fragrantes memorias de nueſtros Martyres. De hecho todo el tiempo que durò ſu publico culto (de que hablarèmos deſpues) eſta Capilla ſe dedicò à ſu veneracion. Y ſe cuenta como coſa, ò milagroſa, ò à lo menos maravilloſa, que haviendo caìdo un rayo en ſu recinto, y

viſi-

visitadola toda, à ninguna efigie de ninguno de los Martyres, ni à la de Maria Santisima, que se veneraba en el Altar mayor, ni à un adorno de medio relieve, que tenia esta efigie, y era tradicion, que era obra de uno de ellos, tocò el fuego, sino que respetando en cierto modo el lugar sagrado, y consagrado à la memoria de tantos Heroes, haciendo un pequeño abujero en una de sus paredes, le llevò el respeto à descargar su furia en los desiertos bosques. De este caso, que fuè ruidoso en Lisboa, tuvo origen la pia creéncia de ser estos Martyres abogados contra los rayos, y por esso se ha usado mucho la devocion de poner sus imagenes en los lugares expuestos à su furia.

*** *** ***
*** *** ***

CAPITULO IX.

EMBARCASE CON SESENTA y nueve Compañeros. Aporta à la Isla de la Madera, y passa à la de la Palma.

HAVIA algunos meses, que estaba prevenido el P. Acevedo, y tenia fletada la mitad de la nave de carga, llamada Santiago, y la havia tomado de su cuenta. Pero como tenia juntos sesenta y nueve passageros, no bastaba la mitad del buque para tanta gente; y como à la sazon debiesse partir al mismo tiempo Don Luis de Vasconcelos, nuevo Governador del Brasil, adonde passaba con su Esquadra de cinco Navios de Guerra, luego que supo la estrechèz con que estaba el P. Acevedo, le embiò à convidar con toda su Esquadra para sì, y para sus Compañeros: esta ocasion la aguardaba el P. Acevedo, assi para no sepa-

separarse enteramente de sus Misioneros, como para lograr seguridad en viage tan largo, llevando por escolta seis Navios de Guerra, que acompañaban al Governador, è iban con socorro al Brasil. Señalòse el dia del embarco, que fuè el dia 5. de Junio de 1570. entrò en el Navio toda la recamara, que consistia en Ornamentos sagrados, reliquias, y alhajas de devocion para las nuevas Iglesias; y en esta misma Nao se embarcò el Padre con treinta y nueve Compañeros, dexando los demàs repartidos en distintas Naos de las seis de la Armada: quiso llevar consigo los mas jovenes, para industriarlos, è imponerlos à su modo, conociendo, que la corta edad, como cera, assi como con facilidad recibe el sello, y se caliènta al fervor: assi tambien al menor ayre se enfria; y en puntos de devocion el sello se desfigura, si se resfria.

Es dificil de concebir; pero es verdad, que en esta embarcacion se dispu-

so

so un observante Noviciado de la Compañia. Antes de entrar en la Nao formò à su modo la parte del Navio, que tenia fletada: echò una division de tablas de un costado à otro, y este era el sitio de todo el portatil Colegio, en el dispuso quarenta camarotes, y un lugar ancho para Capilla: en ella, al toque de una campanilla de mano, se juntaban todos al tiempo de oracion, de Missa (quando se podia) de leccion espiritual de platica, y de todos los exercicios de un Noviciado: algunas veces, entre dia, salian algunos à servir à los demàs en obras de misericordia espirituales, y corporales. En esta Mission se encargò de la cocina, que sirviò con suma caridad, disponiendo, y repartiendo la comida à todos los Marineros: servian à los enfermos con notable exemplo, y à varios tiempos oportunos se distribuian por la Nave à enseñar à la chusma la Doctrina Christiana. Todos los dias embiaba, yà à unos, yà à otros, por el

Na-

Navio, como por divertimiento, y era para entrerener à la gente en ſuaves eſpirituales converſaciones, y exemplos, à fin de retirarlos del ocio, y del pecado. Sembrò en varios pueſtos publicos del Navio libros devotos; ſingularmente de Vidas de Santos, donde cebada la curioſidad, dora la pildora del exemplo, y el deſengaño, para que viendolos alli los paſſageros, yà uno, yà otro, leyeſſe algo, y aficionado, ò curioſo, proſiguieſſe bebiendo ſu clara agua, para que impreſsionada ſu mente de buenos penſamientos, ſe purgaſſe de las impuras manchas, que la ofuſcaban. Por la tarde hacia cantar à los nueſtros en ſu retiro las Letanias de la Virgen, y de los Santos; y como reconocieſſe, que entre los Novicios havia algunos que entendian de ſolfa, y ſus voces eran canoras, en noches ſerenas, y en mar quiero, les embiaba al combes, y junto à la popa, y alli ſe formaba un coro de muſica, que al concierto de varios inſtru-

trumentos, reſonaban à un tiempo harmonias, y deſengaños, pues las letras eran todas contra el vicio, y la muſica eſtaba diſpueſta con la eſpecialidad de que ſe entendieſſe la letra: juntabaſe à oìr la muſica mucha gente del Navio, y ſe lograba el fruto de la Miſsion entre dulzuras. Con eſtas ſantas induſtrias conſiguiò lo que parece impoſsible, que durante todo el viage, ni una vez ſe viò pueſta la meſa del juego de naypes, ni el comuniſsimo entretenimiento de los dados. Antes al contrario, muchos libres, y de ſu propria voluntad, le entregaron la proviſion que llevaban para divertirſe, poniendo en ſus manos mazos de naypes, y ſaquillos de dados, para que los quemaſſe; y à eſte regalo correſpondia el Padre con un librito devoto, que les arraygaba ſu buena reſolucion: no ſe oìan juramentos, blaſphemias, ni palabras menos decentes, coſa tan comun entre los Marineros, y tan reparada, que ellos miſmos le llamaban milagro, y lo

era

era del ſanto zelo del P. Acevedo, y religioſos exemplos de aquella ſu ſanta compañia.

Con eſte orden, à que correſpondiò oportuno el viento en proſpero viage, arribaron à la Isla de la Madera: los nueſtros ſaltaron en tierra, y en los pocos dias que ſe detuvieron alli, empezaron los exercicios de Miſsioneros, enſeñando los mozos la Doctrina Chriſtiana, haciendo platicas, y publicas exhortaciones à los Isleños, y oyendo los Sacerdotes las confeſsiones à los ò arrepentidos, ò movidos, ayudando con eſto à los Padres del Colegio nuevamente fundado por el zelo del ſeñor Rey Don Sebaſtian, donde la fraternal caridad de la Compañia, y el zelo de aſsiſtir à los dedicados à la converſion de Infieles, los recibiò, no ſolo con caridad, ſino con cariño; y en correſpondencia lograron el alivio en tiempo ocupadiſsimo, por la ocaſion de haver llegado entonces à la Isla el celebre Jubileo, que concediò San

Pio V. y tuvieron algun tiempo de detencion, porque el Vaſconcelos determinò quedarſe alli, porque los practicos de aquellos mares le dixeron, que ſi no ſe detenia en tierra, ſe pararia, ſin remedio, en el mar, porque en aquellos meſes, en ſaliendo de las Canarias, y entrando en los Mares de Guinea, eran perpetuas las calmas, y ſalir pronto ſerviria ſolo de conſumir los viveres, y el agua en la deſeſperacion de una ocioſa calma de muchos dias, y quizà de meſes. Eſta experiencia detenia à Vaſconcelos, y al miſmo tiempo el Capitan de la Nao Santiago no veìa la hora de ſurgir para aportar à la Isla de la Palma, à alijar ſu buque de las muchas mercancìas, que llevaba à la Isla, y los Mercaderes, que iban allà recibieron cartas de ſus correſpondientes de Palma, en que les manifeſtaban el gran deſeo con que les eſtaban eſperando, por la oportuna ocaſion que havia de Feria, y buen precio que podian lograr las mercaderìas,

que

que es el ultimo fin, y el empeño de todos los traficantes: esta espuela de la codicia lo era para el Capitan, à quien con apretadissimas instancias avisaban, para que partiesse luego, pues con esso lograba tiempo, y podia desembarcar en Palma lo que le havian cargado, componer su Nave, y aguardar alli à la Armada para proseguir el viage.

En este tiempo bordeaba aquellos parages, con Esquadra de cinco Naves de Guerra, el famoso Corsario Jaques Soria, arrabiado Calvinista, Hugonote Francès, Vice-Almirante de la Reyna de Navarra. Havia ido de proposito desde la Rochela à aquellos Mares para sorprender, si podia, la Armada Portugue-sa, y vengar con esta accion la que llamaba deshonra de haver arrojado à los Calvinistas, sus partidarios, del Brasil, donde se havian furtivamente introducido, y pretendido estender su Secta, como por refugio, creyendo vanamente, que en aquel angulo del mundo podian,

escondidos; vivir seguros de los rayos del Vaticano. Tenia en su pecho bien digerido un odio implacable à los Predicadores de la Fè Catholica, y con singularidad à los Jesuitas, teniendolos por enemigos, porque sabia muy bien el gran fruto, que ganaba la Religion Catholica con sus sudores, y lo que havian trabajado en extinguir aquella centella, y que el P. Grana havia descubierto la intencion, y falsa doctrina de un tal Juan Bolco, Predicante Calvinista, embiado desde la Rochela al Brasil à sembrar sus errores; y no se le ocultaba, que convencido el Bolco, con las impugnaciones del P. Grana, y reo de muchos, y distintos crimines, havia sido condenado à horca; y todos sus partidarios desterrados del Brasil; y suponia, que el haver arrancado aquella mala raiz, ò cizaña, era obra, y cuidado, que los Jesuitas, como enemigos declarados de su Secta, estaban tan empeñados en perseguirla, y aniquilarla, como en defender,

dila-

dilatar, y estender la verdadera Fè de la Iglesia Catholica Apostolica Romana: todo esto lo declarò bien èl mismo al tiempo de condenar à muerte à nuestros Martyres, como se verà en esta Relacion. Por estas razones, sabiendo, por noticias que le dieron los passageros en un Navio Portugùes, que havia apressado poco tiempo antes, que Vasconcelos con su Esquadra havia de passar aquellos Mares para ir al Brasil, en compañia que llevaba de muchos Jesuitas, que iban Predicadores de la Fè Catolica, è impugnadores de los falsos dogmas de Calvino, lleno de veneno, ardiente en colera, abrasado en ira, enderezò proas à las Canarias, y alli havia yà echado à tierra alguna gente en diferentes calas, y logrado algunos robos, confundiendo las Islas entre el terror, y miedo. Todo esto era publico en la Isla de la Madera, por lo que Vasconcelos, resuelto de aguardar alli el buen tiempo para la felicidad de su viage, no queria dàr licencia

cia á la Nao Santiago, para que se destacasse de la Esquadra, y vogasse sola en peligro de caer en las manos de un feròz Corsario, que costeaba las Islas, solo con el fin, ò la mira de lograr presas, y gozar la caza, si se le ponia à tiro. Pero fueron tan eficaces las instancias de la interessada codicia, tan vivas las representaciones de la avaricia de los comerciantes, que ultimamente se rindiò Vasconcelos à dàr la pretendida licencia, y permitir, que saliesse el vaso solo, con la esperanza, ò confianza de poder socorrerle en tan corta distancia, en caso que se acercasse mas la Esquadra del Soria.

En este estrecho se hallò confusamente perplexo nuestro Acevedo: quedarse, perdiendo la ocasion, y la possession de la Nave Santiago, era abandonar toda aquella conveniencia, que lograba la distribucion religiosa, que se conseguia en Santiago, y en los demàs Navios, no era yà posible lograr, por estàr fletados los camarotes, y serles preciso di-

dividir los Sugetos, acomodandolos muy mal, y muy ſeparados, ſin obſervar aquella formula de Comunidad Religioſa, que con tanta conveniencia eſpiritual havia conſeguido en el viage. Por otro lado aquel miedo à Jaques Soria le mitigaban los Mercaderes con probables razones, y ciertamente ellos, haciendo la cuenta con el ayre favorable, ponian las coſas en eſtado de no temer; y ſi no huviera eſte faltado en la mejor ocaſion, ò no huviera eſtado contrario en ella, no huviera ſucedido la deſgraciada pèrdida del Navio. En eſta irreſolucion; dudoſo, ò confuſo, quiſo tomar el mejor conſejo del indefectible numen, y ſe recogiò à orar à Dios, ſuplicandole le inſpiraſſe el acierto, y le dirigieſſe al conſejo, que fueſſe mas de ſu voluntad ſantiſsima; y como el negocio era arduo, apretò los cordeles al tormento, aumentando ſus continuas penitencias, y duplicando ſus ordinarias mortificaciones. Ovò Dios los ſuſpiros,

y

y reſpondiò con una firme reſolucion, que infundiò al Padre Acevedo de montar la Nao Santiago. Creyòſe deſde luego, que Dios le havia revelado ſu felìz ſuerte; y es cierto, que haviendo juntado à todos ſus compañeros en una Igleſia, deſpues de haver dicho devotiſsimamente Miſſa, y dadoles de ſu mano la comunion: de repente ſe encendiò de roſtro, ſe immutò, ſe commoviò, y con cierto eſpiritu ſuperior, no dudò del viage, antes, comunicando à todos ſus rayos, hizo un largo, y fervoroſo diſcurſo ſobre el martyrio, ſu precio, y ſu eſtimacion, exhortò à tener buen animo, y valentìa religioſa, ſi piadoſo Dios ſe dignaba hacerlos partícioneros de tan felìz ſuerte: que volvieſſen los ojos à ſu vocacion, à la Compañia de Soldados de Chriſto, que no deben temer el furor de la eſpada, y balas de los enemigos, que con ſus miſmas armas les labran la victorioſa corona: que conſideraſſen ſus dèbiles fuerzas, porque todas las que ha-

vian

vian de mantenerlos en el lance, eran esfuerzos del Cielo. Atonitos oìan eſte nuevo lenguage, que daba à entender bien claro el eſpiritu prophetico, ò la revelacion Divina.

No paſsò adelante en eſtà Igleſia, porque entre los nueſtros havia mezclados algunos Seglares, à quienes no ſe apropriaba el aſſunto, ni era util que ſupieſſen los ſecretos. Pero llegado à caſa, volviò à juntar ſus Miſsioneros, para explorar, y aſſegurarſe de ſu voluntad; y juntos en una Capilla, les hablò de eſta manera: „ Hijos mios, el viage eſtà de„ terminado, y es muy poſsible, que nos „ encontremos con los Calviniſtas; y ſi „ eſto ſucede, quien puede dudar, que „ ſaciaràn la rabia, que les abraſa contra „ nueſtra Santa Fè, quitandonos con la „ vida la eſperanza, que tenemos de pre„ dicarla. Yo, ni por mi, ni como Su„ perior quiero exponer à eſte peligro à „ ninguno de voſotros, ſi por sì miſmo „ no concurre con ſu conſentimiento, y

„ ſu libre voluntad. Quien eſtè pronto à
„ morir por Chriſto, ſigame; pero quien
„ teme la muerte, ò no ſe ſiente inſpira-
„ do de Dios al ſacrificio, quedeſe con
„ los otros, que Navios tiene para ſe-
„ guir el viage; y yo, ni me darè, ni
„ me puedo dàr por ſentido. Todos, menos quatro Novicios, reſpondieron con catholico valor, que eſtaban prontos à dàr mil vidas por Chriſto, que lo deſeaban ardientiſsimamente, y que eſſa ſerìa ſu mayor fortuna. Obſervò bien, y notò el Padre, que aquellos quatro Novicios havian callado, y aunque el callar ſuele tener las veces de conſentir, en eſta ocaſion conociò, que ſu ſilencio era vergonzoſo, y que no hablaban, porque no ſe atrevian à decir lo que ſentian; con que eſcuſando los colores, que les havian de ſalir al roſtro, y ſin quitarles la libertad de que inſtaſſen, quando no ſaliera cierta ſu ſoſpecha, acercandoſe à ellos, les dixo en vòz alta: *Voſotros quatro ſois niños, no juzgo pru-*

den-

dencia exponeros à tanto riesgo, quiero que os quedeis para otros Navios. Admitieron estos la orden, que deseaban; pero por esta falta no se disminuyò el numero de quarenta. Este estaba determinado por alta providencia, y quedò entero contra todas las humanas contingencias, como verèmos: por ahora fueron tantos los pretendientes de los que iban en los otros Navios, con el buen semblante de que no havia que fletar de nuevo, ni hacer conciertos, conservando las plazas, y solo cambiando las personas, que con suma facilidad llenaron quatro dichosos el numero de los quatro desgraciados. Estos no merecieron ser de la Compañia de Jesus, triumphante en el Cielo por el martyrio; y desmerecieron ser de la Militante; para la qual les faltaba el brio, y el animo; y Soldados de tan poco valor, como inutiles, ò salieron de su Noviciado confundidos, ò por menos observantes, los despidieron, y fuera de la Compañia estàn sus

nombres en total olvido, borrados de nueſtros libros: ò quiera la Mageſtad de Dios no lo eſtèn del libro de la vida; ni padezcan el tormento de furor, por la ocaſion que perdieron, y de embidia de la gloria de ſus compañeros!

Pero volviendo à nueſtro Acevedo, junta yà ſu Eſquadra de quarenta, antes de montar el Navio, hizo algunas diſpoſiciones; que dieron claros indicios de que ſabìa ſu dichoſa muerte. Nombrò por Vice-Provincial, para en caſo que faltaſſe, al P. Pedro Diaz, y en ſecreto le comunicò todas las comiſsiones, todos los ordenes, y eſcritos, que llevaba de Roma; y en publico le declarò por ſu ſucceſſor, en caſo de muerte; y hecho eſto, aconſejò à todos los ſuyos, que ſe confeſſaſſen con toda diligencia, y que oyendo ſu Miſſa, comulgaſſen de ſu mano; y hecho eſto, llegando la hora del embarco, acompañaron todos los Jeſuitas, y ſe adelantò el agua, por la que derramaron los ojos de los que ſe

que-

quedaban, à la del Mar, que tomaban los caminantes, partiò la Nao à viento abierto, y los de la orilla la seguian con los ojos, y con deprecaciones, que exalaban, y aun voceaban al Cielo, suspirando por el buen viage, que les anunciaban. Todo al contrario sucedia en el Navio, donde no se hablaba sino del martyrio, y cada instante figuraba la deseosa fantasìa los Navios del Soria, sus tiros, sus espadas, sus puñales; y todos aquellos aceros, ò puntas, que podian labrarles su merito. El P. Acevedo, sin querer, promovia estos buenos deseos con ciertas jaculatorias, que salian de su boca, y de su corazon, quando creìa que no podia ser oìdo, y entonces desahogaba su corazon, diciendo: *O Dios mio, si serà cierto, que yo he de morir por vos! ò què felicidad! ò què preciosa muerte! ò lo que tardan los Hereges! ò quanto se dilata mi deseo!* El Hermano Juan Sanchez, que fuè el que solo quedò vivo en el encuentro, ateſtiguò despues,

pues, que en los seis dias de viage le havia oido estas, y semejantes exalaciones mas de cinquenta veces. Por todo lo demàs la embarcacion era con la misma edificacion que la primera: solo que ahora se observò en todos, y en cada uno mayor brio, mayor valentìa, y un sensible gusto, y contento, como suele suceder à los Soldados el dia de la batalla. Tan cierto como esto es, que la muerte, aun quando vecina, no espanta à los justos, y que à las almas enamoradas del Cielo es de goco la muerte, porque abre la puerta al logro de su glorioso deseo.

CA-

CAPITULO X.

TOMA TIERRA EN UNA cala de la Isla de la Palma, y por disposicion Divina, volviendo à embarcarse, tropieza con las Naos de los Calviniſtas.

COrriò proſpero el viento, y corriò feliciſsima la embarcacion haſtà la viſta de la Palma: aqui, à dos leguas diſtante del Puerto, donde debian aferrar, ſe mudò de repente el viento, y contrario apartaba, y aun arrojaba el Navio lexos del termino, que deſeaba: Los Marineros uſaron de toda ſu habilidad, bordeando la Isla, yà à un cabo, yà à otro, procurando abordar, y el viento fruſtraba toda la habilidad, y todo el empeño; haſta que ultimamente deſeſperados en la porfia, lograron la ocaſion de ò arrojarſe, ò guarecerſe en una enſenada, donde hay una poblacion,

cion, que se nombra Tercia corte. Hallabase alli con rara casualidad un Cavallero, que havia sido grande amigo del P. Ignacio Acevedo, quando se criaban ambos jovenes en Lisboa: este, noticioso, y admirado de saber, que desembarcaban tantos Jesuitas en la ensenada, fuè curioso à ver cosa nunca vista, y conociendo entre todos al P. Ignacio, corriò exalado à abrazarle, y fuè increible la alegria con que tiernamente renovò las memorias de su mutua antigua amistad, y cariño: convidòle con su casa, y sabiendo que era el Superior, quiso, y se empeñò en que havia de ir con toda su comitiva: favor, que se viò obligado à aceptar, pues en aquel desastre, en aquel raro conjunto de no imaginadas circunstancias, era toda la angustia el alojamiento religioso de una Esquadra entera de Religiosos, los mas de ellos jovenes, y todos arrojados del Mar. Aqui se detuvo cinco dias, tratado con amistosa cortesia del antiguo amigo, y casual huesped.

En

En este tiempo el Capitan del Navio, ansiaba por viento, para poder salir en busca del principal Puerto de la Isla, donde le aguardaban los Mercaderes, para desembarcar sus mercaderìas: y el P.Acevedo deseaba tambien arribar con el buen fin de no perder la compañia de los otros Jesuitas de su Mision. El Cavallèro, que los hospedaba, no pudiendolos detener, aconsejaba con viveza, que tomassen el camino por tierra, por mas seguro, y mas breve, ofrecia de su parte el carruage: ponderaba el peligro de encontrar Corsarios, que se havian dexado vèr en aquellas alturas; y la mayor conveniencia del camino por tierra, que se reducia à menos de tres leguas, ancho, y llano, quando por mar havia que andar, tomando peligrosamente vueltas, y revueltas, un largo trecho de aquella playa, impedida con varios promontorios, y escollos, que obligaban à los Pilotos à salir à alta Mar, por no tropezar à cada passo. No se puede negar,

que este consejo era de hombre de juicio, y cimentado en prudencia; y el P. Acevedo, reconociendole tal, se dexò persuadir, y convino, en que toda su ropa se descargasse, y se almacenasse en casa de su huesped: no obstante vivia escrupuloso, ò receloso de su misma resolucion, la havia tomado con todo acuerdo, sosiego, y meditacion, y no sossegaba, dudando, ò temiendo del acierto. En esta duda acudiò, como siempre acudia, al mejor Oraculo, y doblando sus diarias penitencias, se recogiò à consultar con Dios en el secreto de su oracion; y no satisfecho de sì mismo, intimò à toda su Mision, que todos empleassen algun tiempo de la noche en suplicar à Dios alumbrasse su entendimiento, y le diesse luz para elegir el camino, que fuesse mas de su santa voluntad, y que à este fin se previniessen todos à recibir la Sagrada Comunion; y con esta prevencion se recogiò à su larga consulta con Dios, que durò toda la noche.

Por

Por la mañana temprano ſe ordenò deſde la caſa una ſilencioſa proceſsion à la Ermita de una devotiſsima Imagen de Maria, que en aquellas vecindades ſe adora con el titulo de Nueſtra Señora de los Atribulados. Aqui el P. Ignacio, dicha la Miſſa, y dada la Comunion à todos los ſuyos, diò claras mueſtras, y explicò en medias palabras, que al partir la Hoſtia, tiempo en que ſe hizo reparar lo encendido de ſu roſtro, le diò el Señor de las luces claridad en ſu entendimiento para conocer ſu eterna voluntad, y ſu Divino beneplacito, y hablando con todos, dixo en voz alta: „ Hijos „ mios, no debemos reglar nueſtras „ obras con dictamenes de ſola la humana prudencia. Dios nos guia, y ſus „ conſejos tiran las lineas muy diſtantes „ de las que dirige la prudencia de los „ hombres. Dios quiere, que tomemos „ el camino por Mar, por el qual va„ mos, y no tardarèmos mucho en lle„ gar al puerto de la eterna felicidad.

Todos convinieron guſtoſos, porque ninguno dudò, que el P. hablaba ſegun el eſpiritu Divino, que le havia inſpirado, ò revelado el proximo martyrio.

Con la miſma revelacion havia Dios favorecido años antes, quando no ſe podia diſcurrir en eſte ſuceſſo, à cinco de los compañeros, que por ſerlo, me parece que es de mi obligacion referirlo en eſte punto. Antonio Correa, joven de diez y ſeis años, natural de la Ciudad de Oporto, ſiendo aùn Novicio, inſpirado de Dios, pidiò la Miſsion del Braſil: obtenida la gracia, pedia un dia en fervoroſa oracion fuerzas, ſalud, y robuſtèz para ſufrir los trabajos de tan larga, y penoſa embarcacion, quandó ſintiò, conociò, y oyò una voz interna, que claramente le decia: Tèn buen animo, cobra brio, no neceſsitas fuerzas para acabar la navegacion, que antes de acabarla te quitaràn la vida por Chriſto, y por ſu Ley. Quedò à eſta voz ſerenamente gozoſo;

y

y para algun desahogo de su alegria, y seguridad de su dicha, comunicò todo el caso con su Confessor; y como este prudentemente discreto quisiesse suspenderle algun tiempo la creencia, y le aconsejasse no diesse tan presto credito à una oculta voz, le respondiò firme: Padre, con gran gozo de mi alma estoy tan firmemente persuadido, que aun quando yo, ò lo sintiesse, ò no quisiesse, no podria creer otra cosa.

Nicolàs Dinis, natural de Braganza, pedia con instancia ser recibido en la Compañia. Los Padres, para prueba de su vocacion, le mandaron servir en el Granero del Colegio, en limpiar el grano: en esta humilde ocupacion estaba, quando entrando el Hermano; que cuidaba del Granero à ver lo que hacia, le hallò baylando de alegria: reprehendiòle diciendo, què locura es esta? es merito de pretendiente baylar, en vez de obedecer? A que respondiò satisfaciendo el Dinis: „ Dexadme, dexadme bay-

„ lar

„ lar de gozo, y que ſalte de alegria,
„ que Dios me ha revelado poco hà, que
„ he de entrar en la Compañia, y cami-
„ nando al Braſil, he de morir martyr
„ en el viage.

Manuel Alvarez, natural de Evora, Eſtudiante en nueſtro Colegio de Braga, ſaliò una mañana de ſu apoſento al tiempo de la oracion, y paſſeando el tranſito, como fuera de sì, ò abandonado de ſu juicio, yà alzaba con violencia los dos brazos, yà los ponia en cruz, yà los apretaba al pecho, yà corria à una ventana, y ſuſpenſo, clavaba los ojos en el Cielo, y de alli volvia al tranſito à ſus violentos ademanes; à cuyo tiempo acertò à paſſar por alli un Padre grave, que notando aquella irregularidad en un Hermano Eſtudiante, tenido por juicioſo, y modeſto, ſe acercò à èl, y con voz ſevera le reprehendiò, diciendole: què extravagancia es eſta, Hermano Manuel? eſtà loco, ò què es eſto? A que pronto le reſpondiò: „ Ay, Padre!

„ eſto

„ esto es contento. O si supiesse V. R!
„ Me ha revelado Dios, que en el viage
„ del Brasil me han de matar en odio de
„ la Fè Catholica. Vea, vea V. R. estos
„ brazos, vea, vea bien estos muslos,
„ estos, estos mismos han de despedazar
„ por Christo los enemigos de su Santa
„ Ley; y verdaderamente sucediò, co-
mo verèmos despues.

Estevan Zurayte, Vizcayno (otros pretenden fuesse Guypuzcoano) partiendose desde la Ciudad de Placencia para Lisboa, al despedirse de su Confessor, le pidiò un abrazo por ultimo, porque bien sabìa, que no se havian de vèr jamàs, porque èl iba à ser martyr por Christo, y durante la navegacion havia de ser muerto en odio de la Fè; y como el prudente Confessor le preguntasse, como por desdèn, por donde sabe esso, ò quien ha excitado essa especie en su imaginacion? respondiò francamente Estevan: „ Yo lo sè muy de cierto, porque „ el Señor se ha dignado de revelar- „ melo. Mar-

Marcos Caldeyra, natural de Feyra, Dioceſi de Oporto, quando era Hermano Eſtudiante en Evora, le llegò la licencia de acompañar en la Miſsion al Padre Acevedo à la expedicion del Braſil. El Rector quiſo darle la noticia, y como à eſte fin le buſcaſſe, con menos reflexion, ò con ſecreto impulſo, en tiempo de oracion, ſe llegò al oìdo de Marcos en la Capilla donde eſtaban ſus Condiſcipulos, y le dixo muy en breve: el Hermano eſtà ſeñalado para la Miſsion del Braſil. Apenas oyò Marcos la noticia, quando exclamò en alta voz: *Dichoſo yo, dichoſo yo, ſoy Martyr, ſoy Martyr.* Eſto en alta voz, con exclamacion afectuoſa en un joven, cuya modeſtia, y recato era edificacion del Colegio, causò tanta admiracion, que no faltò quien dudaſſe, que ſu juicio, por muy guardado, ſe havia amohecido; como tampoco faltò quien juzgaſſe behodos à los que eſtaban llenos del Eſpiritu Sánto, y hablaban à gritos, porque les animaba ſu fuego.

To-

Todas eſtas revelaciones, y prophecìas, bien que ſingulares, y que no es poſsible ſean conteſtes, ſe han deducido, y teſtificado en los proceſſos authenticos de Beatificacion, y declaracion de martyrio; y haviendo ſucedido, prevenidos yà con ellas los animos, no es de admirar, que comprehendieſſen con facilidad la razon de aquella repentina mudanza en el dictamen del P. Acevedo, que haviendo determinado ir por tierra, al fin de la oracion decretò firmemente el viage por Mar, intimando, que por aquel camino ſe llegaba al puerto de la eterna felicidad. En virtud de tantos antecedentes, que entre sì confirieron, yà no ſe dudaba del cumplimiento de las promeſſas Divinas, y del logro de ſus deſeos. Vueltos à caſa de ſu hueſped, le hablò el Padre, pidiendole cortès licencia para volver à embarcarſe, dandole por eſcuſa de no ſeguir ſu prudente, y cariñoſo conſejo, que haviendo hecho reflexion ſobre el caſo, creìa que no ſe-

ria bien parecido separarse de los demàs passageros del Navio, por atender à la menos religiosa conveniencia, ò à sobervia demasiadamente delicada; y que quando ellos, que eran Seglares, tenian animo, y ninguno havia seguido el exemplo, pareceria muy mal, que una compañia de Religiosos fuesse sola la que mostrasse miedo en batallas contra Infieles, que todos debian estàr, y de hecho, como buenos Religiosos, estaban en las manos de Dios à recibir de su santissima voluntad, ò la vida, ò la muerte. Diòle mil gracias del buen hospedage, y tratamiento, y de su genorosa memoria de la antigua amistad; y finalmente, de comun consentimiento, mandò volver al Navio todo el bagage, que se havia desembarcado.

En el tiempo que el P. Acevedo assistia con todos al transporte del bagage, divisaron los Missioneros algunas grutas, y quiebras de la tierra, de las que formaban los embates del Mar en la ori-

orilla ; y uno que fuè primero , y todos à ſu exemplo , le pidieron , como à Superior, licencia para retirarſe en aquellas incultas concavidades à tratar con Dios en ſecreta oracion algun rato, pues ſobraban teſtigos para ſeguridad del bagage ; à cuya devota propueſta , con roſtro ſereno , aſpecto alegre , y una boca de riſa , les reſpondiò : „ Otras mas dul„ ces contemplaciones , hijos mios muy „ amados , otro lugar mas acomodado „ para alabar à Dios nos aguarda , id en „ buen hora , y corazon , brio , animō, „ y aliento : Hijos , los Siervos del Se„ ñor no tienen que temer : ſi nos en„ cuentran los Hereges , mas preſto lo„ grarèmos el Cielo. Eſtas voces fueron poderoſa confirmacion , de que allà en los ſecretos de ſu alma ſabìa el Padre mas de lo que explicaban ſus palabras, y con ellas , como en materia bien diſpueſta , crecia en todos el fervor, quiſiera decir impaciencia , de dàr ſu ſangre por Chriſto.

Mientras passaba todo este cumulo de dudas, de aparejos, de faltas en el ayre, y en el mar, tuvo aviso Vasconcelos, de que Jaques Soria, con su Esquadra, havia dado fondo en Santa Cruz, Puerto de la Isla de la Madera, solo seis leguas distante de la Capital, donde se hallaba. Pareciòle, verdadero Portuguès, que la honra de las armas de su belicosa Nacion, no podia sufrir el atrevimiento de enemigo tan vecino, y al punto, armados con prisa algunos de sus Baxeles, saliò à atacarle; pero el Calvinista, que venia determinado à hacer pruebas de su valor, ensangrentandose contra una Esquadra de innocentes, è indefensos corderos, no tuvo animo de probar fuerzas, y armas con quien tenia resistencia; y assi, al primer aviso de que corria peligro el convate, levò anclas, y à todo trapo zarpò en precipitada fuga, dirigiendo proas àcia la Isla de Palma. Poco tiempo despues la Nao Santiago tomò viento para salir

de

de Tercia corte; con que en conjunto de varias circunſtancias, diſpuſo Dios, que vinieſſe à encontrar con la Eſquadra de los Calviniſtas.

CAPITULO XI.

CAE EN MANOS DE LOS Calviniſtas, de los quales, con nueve Compañeros, fuè muerto en odio de nueſtra Santa Fè.

A LOS 13. de Julio de 1570. ſurgiò la Naò Santiago de Tercia corte para la Ciudad de la Palma: los dos primeros dias ſe caminò proſperamente, haciendo gyros, y dando vueltas à aquellos ſeguidos promontorios, yà en diſtancia de menos de tres leguas, deſcubrieron la Ciudad; pero tampoco en eſta ocaſion pudieron tomar el puerto, porque el viento contradixo ſiempre la felicidad; quando la Providencia Divina preparaba en eſta contradicion la mayor dicha:

dicha: Toda la noche quedò el Navio ſobre el ancora, quando al romper el ſiguiente dia avisò el Centinela de la gavia, que diviſaba à lo lexos un vaſo, que à vela tendida venia ſobre ellos: poco deſpues volviò à gritar, diciendo: Otros quatro Navios vienen en ſu conſerva. Creyeron en falſo, que eſta era la Eſquadra del Vaſconcelos, y con eſta poco conſiderada imaginacion levaron anclas, volvieron proas, y fueron à encontrarle, haſta que yà cercanos conocieron las Vanderas de la Reyna de Navarra: aqui, pero yà tarde, deſcubrieron ſu engaño, ò ſu ligereza: (ò Santo Dios! quan ſuave, y eficazmente enderezais las torcidas lineas de los hombres, à los altos fines de vueſtra providencia) en el lance, yà no dudando, que aquellas Naos eran las Franceſas de los Corſarios, ò ladrones, juntò el Capitan Conſejo de Guerra, en que concurriò èl miſmo, los Soldados, y los Pilotos: todos votaron uniformes la defenſa, haſ-

ta

ta la ultima gota de ſangre. Eſte partido, à la verdad, era peligroſiſsimo, pues ſe reconocia, que las fuerzas del enemigo eran incomparablemente mayores: con aquel exceſſo, que hay el ſer cinco contra uno; pero en pechos Portugueſes era neceſſario, pues à una honrada retirada, y volver al refugio del Puerto, reſiſtia el viento contrario; con que la queſtion quedaba ſolo en los terminos de rendirſe à diſcrecion, ò morir con honra; y en eſtos terminos claro es, que havia de ſalir con lucimiento el valor, pues en ceder deſde luego, ſe perdia de cierto la carga, y en ella el interès, la libertad, la honra; y aun perdido todo eſto, quedaba en duda ſi ſe ſalvarian las vidas.

Con eſta reſolucion ſe prepararon al punto todos à la defenſa: los Soldados eran pocos, pues no excedian el numero de cinquenta, y eſtos no bien prevenidos de las armas de acero; pero al fin, armados de valor, ſe puſieron en or-

orden de batalla, para recibir al enemigo: dispusose la Artilleria, y para manejarla bien, y dexar bien libre el passo à los combatientes, se deshizo aquel tablado, que dividia el apartamiento de los Jesuitas; Colegio portatil, que solo era util para la soledad, y la decencia. Enarbolòse el Estandarte, y el P. Acevedo, en aquel tumulto, tomò en la mano la Efigie de Maria Santissima, aquella misma copia del original de Santa Maria la Mayor, que havia conseguido en Roma, y con un rostro encendido al ardor de su espiritu, se puso delante de todos sus compañeros, y acordandolos, que aquel era el feliz momento en que debian dàr à Dios la mayor prueba de su amor, dando su sangre en defensa de su Fè, les animò con voces encendidas en fuego de amor Divino, à sufrir glorioſamente el martyrio: dixoles, que no temiessen à los que solo pueden herir al cuerpo, que pusiessen los ojos firmes, y constantes en Dios, acordan-

dandose de los muchos, vivos, y alegres deseos, que havian tenido de morir martyres, que el dolor, como momentaneo, passa de ligero, y con pocos momentos de paciencia se assegura una eternidad de gozo: despues, fixos los ojos en la Efigie de Maria Santissima, entonò su Letania, à la qual respondieron todos en alta, y entera voz, sin que en ninguno se reconociesse el mas minimo temblor, ni suspiro, que indicasse ages de miedo, ò timideces de turbacion. Al acabar la Letania mandò, que se reconciliassen; y al P.e Andrade, Confessor ordinario de todos, que les absolviesse: dixeron todos la Confesion, y el Padre Andrade les diò la absolucion con universal consuelo; y como solo para este fin havian guardado las lagrimas, acabado el acto, se restituyò la serenidad. El Capiran de la Nao, viendolos tan animosos, tan intrepidos al combate en lo que les rocaba, pidiò al P. Acevedo algunos Jesuitas robustos, que le ayudas-

ſen, añadiendo el numero de los pōcōs Soldados que tenia, para lo qual tenia prevenidas armas; pero à eſta propoſicion reſpondiò corteſmente el P. Acevedo, que ellos no eran Soldados de la Milicia del mundo, ſino de la de Chriſto, que como tales cumplirian con ſu obligacion, la que yà tenia prevenida, cuidando de los heridos, y aſsiſtiendo à los moribundos, y que à eſte fin tenia elegidos los que havian de aſsiſtir, repartidos en varios pueſtos del Navio para ſocorrer à los neceſsitados, y que todos los demàs ſe mantendrian debaxo de cubierta en oracion, para conſeguir de Dios fuerzas, animo, y conformidad con ſu ſantiſsima voluntad, en quanto à mayor gloria ſuya ſe dignaſſe diſponer. El Padre para sì eligiò lugar, ò ſitio bien expueſto, colocandoſe en el pie del arbol mayor (debemos ſuponer ſe conſideraria al pie de la Cruz) aqui, à una vuelta de cabeza, dominaba todo el combes, que era el campo de batalla; y

te-

teniendo el quadro de la Virgen, que nunca dexò de la mano enarbolado, batallaba con voces, y ſuſpiros al Cielo, y avivaba con exhortaciones à los Soldados, para que en el mayor aprieto eſtuvieſſen ſus conciencias ſerenas à la muerte, y con eſperanza firme de premio eterno, en cambio de la muerte temporal.

A eſte tiempo ſe acercò Soria, y hizo ſu acoſtumbrada ſeñal, intimando que ſe rindieſſen. En el Mar hablan los Cañones, como en la tierra los Clarines: al oìr la ſeña, reſpondiò pronto el Navio Santiago con un cañonazo con bala: eſto fuè decir, que no queria rendirſe, y admitia la batalla; y lo dixo de recio, porque al primer cañonazo, como ellos eràn muchos, y eſtaban juntos en el combes, hiriò la bala à varios, y matò à algunos: eſte fuè el primer golpe de la batalla, que de ambas partes fuè vigoroſa. Los Hereges hacian un fuego continuo, pero con poco daño de los

Catholicos, que como eran pocos, daban mucho lugar à que paſſaſſen las balas por el ayre: llegaron à juntarſe las Naos, y tres animoſos Calviniſtas lograron el valor, ò la temeridad de arrojarſe à la Nao Santiago, pero les coſtò caro ſu atrevimiento; porque ſi bien eſtaban armados de hierro por todo el cuerpo, no pudiendo ſer ſocorridos, por haver deſabordado las Naos, en manos de los Portugueſes cayeron degollados, à viſta del miſmo Soria, que bramaba de rabia; y tanto mas, quanto uno de los ciegamente arrojados, y deſgraciadamente muertos, era un muy ſu eſtrecho pariente. Tres veces tentò el ataque, y el abordo, y tres veces fuè rechazado, y ſiempre con notable pèrdida de ſu gente, y de ſu honor; con que ſi huviera eſtado ſolo, lograra un gran dia el valor Portuguès; pero Soria, que no atendia à la honra, ſino à la preſa, diò aviſo, y mandò à los otros quatro Baxeles de ſu Eſquadra, que acometieſſen todos à un

tiem-

tiempo, dando un pregon al mundo, que èl solo no podia cuerpo à cuerpo; y que para vencer à un Navio Portugùes eràn menester todos los de los Calviniſtas: executòſe aſsi, y aùn ſe reſiſtia à todos el Navio Santiago, haſta que abordandole la Capitana, le aferrò los arpones, y le atò à la ſuya; y echadas puentes, ſaltaron en la Nào Santiago cinquenta Soldados, ò ladrones armados corazas. Aqui yà llegàra el valor à ſer temeridad, ſi el buen ſuceſſo no eſcuſarà el arrojo; pues aun quando el vaſo no tenia libre ſu govierno, y los Soldados eſtaban acometidos, por afuera, de la Artilleria de quatro Baxeles, y dentro por mas gente, que los que ellos eràn, continuaban, venciendo el valor la ventaja del numero, mataron à varios, y acorralaron à los demàs. Oìaſe entre el eſtrepito la voz del P. Acevedo, deſde ſu perene ſitio gritaba: Una es la verdadera Fè, una la verdadera Igleſia Catholica Romana: dichoſo quien en ſu de-

defensa dà la vida, y por no perder su se sacrifica su respiracion: veìanse al mismo tiempo los once Religiosos, que diximos arriba, correr yà aqui, yà allà, para retirar los heridos, y auxiliarlos en lance, que todo accidente se podia temer mortal. Los Calviniſtas, por un lado miraban con desprécio, por su numero, à los Portugueſes, y con ojos ayrados les amenazaban mil muertes; con singularidad al Padre, què como no le entendian, ſuponian, que les animaba; por otro lado no podian executar ſus myſterioſas amenazas; pues aunque el numero era tan corto, el valor era tal, que no ſe atrevian à acercarſe para jugar las eſpadas; y ſolo ſe podian valer de ſu prevencion de polvora, y balas para algunos tiros de eſcopeta, que ofendian baſtantemente à los nueſtros. Durò aſsi el combate largo tiempo, haſta que varias balas hirieron al Capitan, que como tan de cerca fuè bien conocido, y à èl aſſeſtaron los tiros, à cuyos golpes cayò,

y

y con èl todo el animo de los Soldados, que deſeſperados de ſocorro, viendoſe pocos, y rendidos al trabajo, y cercados por todas partes de enemigos, tomaron partido, rindiendoſe, y tambien el Navio. Victorioſos con eſto los Corſarios, ſe hicieron dueños del Navio, y yà como tales penſaban enſangrentar ſus eſpadas en las venas, y vidas de los Jeſuitas, y ſingularmente de aquel, que era bien conocido por ſu zelo, y à quien havian oìdo predicar al pie del arbol mayor; pero les contuvo una orden expreſſa de Jaques Soria, en que mandò, que no ſe hicieſſe execucion alguna, ſin orden expreſſo, contra determinada perſona; y que para dàr acordada providencia, viſitando el Navio, le llevaſſen liſta de toda la gente, y por mayor de los generos. En eſta viſita, reconociendo entre cubiertas aquel rebaño de corderos, que el P. Acevedo havia mandado que eſtuvieſſen recogidos en oracion, mientras el combate, porque arriba eſtorvarian

mu-

mucho, y abaxo podian ayudar mas: entre ellos havia dos de aquellos once, que havian quedado arriba para servir à los heridos; y como estaban en el campo de batalla, les tocaron dos pelotas: los otros nueve estaban con el P. Acevedo en el combes, assistiendo à los heridos, y moribundos, y entre ellos al Capitan, que durò algun tiempo, y le empleò bien, dexando grandes señales de verdadero Christiano, contrito, y penitente. Triumphaban los Hereges, dandose parabienes del hallazgo de los Jesuitas, pues ellos no sabian que havia aquella mercaderìa en la Nao; y tomando lista del numero de los passageros, de los Marineros, y de los Jesuitas, se la llevaron al Jaques Soria: este à sangre fria, con plena resolucion, muy despacio, como que yà nadie le daba prisa, fallò, y firmò esta Sentencia: „ Busquense, si estàn „ vivos, los que mataron à los tres pri„ meros, que se lanzaron al Navio, y „ quitesele la vida à filo de espada: se

„ per-

„ perdona la vida à todos los Solda-
„ dos (eſtos yà no eran mas que quin-
„ ce) como tambien à todos los Mari-
„ neros, y paſſageros. Pero en quanto à
„ los Jeſuitas: *Mata*, *mata* (dixo à gri-
tos) *mata à eſſos foragidos Papiſtas, que vàn al Braſil à ſembrar ſu mala doctri-
na.*

No querian otra coſa aquellos per-
fidos Calviniſtas, que en eſte tiempo in-
termedio ſe les abraſaban las manos de
rabia, por enfado de haverſe contenido
haſta entonces; y aſsi, ſuelta la furia, y
libre el freno, corrieron impetuoſos
àcia donde eſtaba el P. Ignacio Aceve-
do con los otros nueve. El Padre, vien-
dolos venir con tanta furia, ſe volviò à
ſus compañeros, y con voz animoſa les
dixo: *Animo, queridos Hermanos, mu-
ramos guſtoſos por Chriſto, que muriò pri-
mero por noſotros*, y ſe preſentò intrepi-
do delante de aquella tropa de verdugos,
que ſegun ſu furia, ſe podia dudar, ſi
cada uno traìa en ſu cuerpo un demonio

que le ayudaſſe. Conocieron que era el miſmo, que al tiempo del combate eſtaba al pie del arbol mayor, exaltando la Fè de Chriſto, y aclamando bienaventurado al que dàba por ſu defenſa la vida: Conocieron tambien por algunas ſeñas, yà de ſer ſolo el que hablàba, yà por la atencion con que los demàs le oìan, que era la cabeza, ò el ſuperior de todos; y como era el que tenìan mas cerca, lograron, que ſiendo entre todos el mayor, fueſſe tambien el primero en el martyrio, y aſsi uno de ellos le deſcargò un tajo con eſpada ancha, tan de buen ayre, que cortandole enteramente el cranio, dexò deſcubiertos los ſeſſos, de que cayendo en el ſuelo, vieron todos el hueſſo à un lado, y los ſeſſos del herido ſin defenſa: eſte quedò ſin fuerzas, por las muchas que gaſtò en el golpe, pero prontamente ſe ſubſtituyeron otros quatro, que dandole en el pecho quatro botes de lanza, le abrieron quatro puertas, por donde ſalieſſe à arroyos la

ſangre ; pero el P. Acevedo, recogiendo como podia, toda la poca vida, que le quedaba à los labios, animò el corazon las ſiguientes palabras : *Seanme teſtigos los Angeles, y los hombres, que yo muero en el gremio de la Santa Igleſia Apoſtolica Catholica Romana, y que doy guſtoſiſsimo mi ſangre en la proteſta, y defenſa de ſus dogmas, y de ſus ritos* ; y volviendoſe à ſus Hermanos los Jeſuitas, que eſtaban preſentes, y querian decirle mucho, no acertando à articular palabra, les previno diciendo : *Hijos mios muy amados, alegraos conmigo de la buena ſuerte que me toca, y aguardad la ſemejante ; yo voy delante ; y eſpero, que me ſeguireis preſto. Oy, ſiendo Dios ſervido, nos hemos de ver todos en la Gloria.* Quedaron como paſmados aquellos inhumanos ſayones ; eſpantados de ver tanta conſtancia ; pero volviendo en sì, y recobrando fuerzas la ferocidad, tentaron con deſprecio quitarle de la mano la Efigie, pintura de la Virgen ; pero

aunque tan dèbil, como ſe dexa cōnocer de un moribundo deſangrado, y què yà vivia en las ultimas agonìas, la apretò tan fuertemente con los dedos, que pudo mas ſu fuerza exanime, que la violencia de la furia, de que irritados con comun deſprecio, arrojaron el cuerpo en el Mar, y ahogaron con èl la Imagen. Monſeñor Rodriguez, Arzobiſpo de Lisboa, añade, que teſtificò teſtigo de viſta, que aquellos quatro Calviniſtas, que hicieron eſta ſacrilega carniceria, quedaron ciegos al miſmo inſtante: quizà la naturaleza no pudo vèr lo que pudo executar la pertinacia.

Viò deſde cerca eſte laſtimoſo eſpectaculo el P. Diego de Andrade; y quando caìdo en tierra le conociò en acto de eſpirar, acudiò pronto à darle la ultima abſolucion, en cuyo ſanto acto le coſieron à puñaladas; y muerto, le arrojaron al Mar. El V. Benito de Caſtro gritaba en tan alto fervor, que vencia toda aquella confuſion la voz

que

que reſonaba: *Soy Catholico, tambien yo ſoy Catholico*; y como eſto era pedir el martyrio, ſe le concedieron tres golpes de arcabuz; y perſeverando aun en pie, enarbolado un Santo Chriſto en la mano derecha, y proſiguiendo en exclamar: *Soy Catholico*, ſe acercaron mas cerca, y le paſſaron el cuerpo con una eſpada, y volò ſu alma à Dios, al tiempo miſmo que precipitaron ſu cuerpo al Mar. Blàs Rivera, y Pedro Fontoura, Hermanos Coadjutores, eſtaban de rodillas delante de un Crucifixo, que pendia de un arbol del Navio, y como ſi los Hereges huvieran viſto una manifieſta idolatrìa, ſe les echaron acueſtas; y deſpues de mil injurias, y baldones, al primero con un golpe de cimitarra le dividieron la cabeza en dos partes; y al otro, con la recamara de un arcabuz, le dieron tan fuerte golpe, que hizo harina la mexilla; pero ſin pararſe en mas, los ſumergieron en el Mar. El Hermano Novicio Diego Perez, de genio, y natural tan

ſua-

ſuave, y cariñoſo, que era las delicias de toda la Miſsion, ſe preſentò ante los contumaces, y con aquella dulzura natural de que Dios le havia dotado, profeſsò publicamente ſu Fè, diciendo: *Tambien yo ſoy Catholico, ſigo, y defiendo la Santa Fè Catholica, ſin la qual no es poſsible la ſalud eterna.* A oìr eſto un pèrfido traydor, le apuntò una lanza al corazon, que ſegun ſe cree, le atravesò, pues al ſalir la lanza, le faltò el habla, y la vida. El Hermano Eſtudiante Manuel Rodriguez, el Novicio Manuel Enriquez, y los Coadjutores Juan de Mayorga, y Eſtevan Zurayre, eſtaban aguardando ſu dichoſa vez en coloquios tiernos con un Crucifixo, que cada uno tenia en la mano, y en èl clavados los ojos del cuerpo, y fixos los del alma: en aquella diſpoſicion los encontraron los homicidas, y ellos con ſu miſma paciencia ſe convidaban à los tormentos; pero como los Hereges tenian tanto que hacer, no ſe pararon à atormentarlos,

con-

contentandoſe con arrojarlos vivos al Mar.

CAPITULO XII.

PROSIGUE A REFERIRSE el martyrio en los demàs Compañeros del P. Acevedo; y como haviendo quedado uno vivo, entrò otro à cumplir el numero de quarenta.

HAVIENDO acabado con todos los Jeſuitas, que eſtaban en la plaza del Navio, acudieron à los otros treinta, que ſegun el orden de ſu amado Maeſtro, y Superior, eſtaban debaxo de cubierta en fervoroſa oracion, ofreciendo ſus cuellos al verdugo, y ſu vida à Chriſto: regiſtraron el pueſto furioſos los verdugos, à quien parece que la derramada ſangre havia ocaſionado mas ſed; pero como el ſitio era tan angoſto, y cada uno de ellos deſeaba tener parte en la hazaña, y ſaciarſe con deleyte de la ſangre de los Martyres, convenidos

en

en refrenar la furia; y obligarla à que ſe ſoſſegaſſe, para que ſe deſahogaſſe mejor, durando mas tiempo, no hirieron à ninguno; y los ſubieron todos à la plaza del Navio, ò combes, para proſeguir deſpacio, à viſta de todos, ſu inhumana barbaridad. Ninguno de los que eran teſtigos, y à quienes horrorizaba la crueldad, dudò, que ſolo el odio à la Religion Catholica era el que inſpiraba tan moleſta fiereza. Eſtos innocentes eran todos jovenes, y en la flor de ſu edad, modeſtiſsimos, amables, y ſin haver hecho el menor daño à ſus agreſſores, que eran motivos para deſarmar la mas inhumana furia. En todo el tiempo de la batalla havian eſtado eſcondidos entre cubiertas, ſin dexarſe vèr, ni tener la menor parte en la reſiſtencia; y no obſtante eſtas poderoſas razones, los miſmos Calviniſtas, que perdonaban à los Soldados, que ſe havian reſiſtido, y tanto daño les havian hecho, no querian perdonar à la innocencia: Manifieſta ſeñal, de que

en

en los Jesuitas considerabàn la qualidad, odiosissima para ellos, de ser Predicadores de la Iglesia Catholica; y que este motivo solo era el incentivo de su calor.

Empezò la sangrienta carniceria por el Hermano Coadjutor Manuel Alvarez: este era aquel, que, como hemos visto, tuvo Divina revelacion de que havia de ser martyr, y que los enemigos de Dios le romperian los brazos, y los muslos. Este generoso joven, viendo en el suelo la sangre de sus compañeros, movido de espiritu, mas que humano, y ciertamente superior à toda prudencia, de quien se hallaba en las manos de sus enemigos enfurecidos, se puso à reprehender, y desengañar muy de proposito la ceguedad de los Calvinistas, diciendoles: *Y què pensais, que nos ha de aterrar la muerte? Todos morirèmos, y morirèmos constantes, y alegres, dando la vida por el amor de Jesu-Christo, que diò la suya por nosotros. Morirèmos, y nues-*

tra muerte abrirà la puerta de nueſtra gloria en el Parayſo. Deſdichados de voſotros, que os eſtà aguardando la Divina venganza, bien merecida por tan enorme ceguedad. No acabò de hablar, porque con deſprecio le arrojaron al ſuelo à golpes, que no reſiſtia, y alli, con los arcabuces, le troncharon primero los brazos, y luego los muslos, para que ſe cumplieſſe la revelacion; y conſiderando, que el matarle à golpe de eſpada, ò bala, era abreviar el tormento, queriendo darſele mayor, y que fueſſe horror à los otros, le arraſtraron con violencia por el ſuelo, haſta que medio muerto el martyr, y canſados ellos, le arrojaron al Mar, quedando irritados de haverle oìdo al tiempo de ſus tormentos, que convidaba à ſus Hermanos à hacer fieſta, y dàr gracias à Dios, por la ſuerte que le tocaba. Deſpues de eſte, à puñaladas acabaron con Domingo Fernandez, y Antonio Suarez, ambos Hermanos Coadjutores; pero como eran

de

de mas edad que los otros, y la moſtraban en ſu roſtro, los juzgaron Sacerdotes; y al arrojarlos al Mar, decian en deſprecio ſuyo, y de la Religion Catholica: *Id ahora à decir Miſſa al Papiſta: id à poneros en el Confeſſonario à oìr confeſsiones.*

Pero no es mi intento referir aqui uno por uno los varios generos de tormentos, con que los mortificaron, y quitaron la vida à eſtas victimas innocentes, conſagradas al Cielo en defenſa de la Fè. Ni aun quando quiſiera hacer relacion diſtinta de eſte laſtimoſo eſpectaculo, me fuera poſsible deſcrivirle por neceſſaria falta de noticias, que no ſolo padecemos ahora, deſpues de tanto tiempo, ſino la que huvo neceſſariamente al tiempo miſmo de la tragedia; porque aun los miſmos que ſe hallaron preſentes al eſtrago, no pudieron dexarnos diſtinta noticia de cada uno, ni los conocian por ſus nombres, porque ſu retiro, y ſu encierro les havia impedido

ſu comunicacion: ſolo en comun eran amados de todos: ſu apacibilidad, ſu modeſtia, ſu afabilidad, y ſu virtud havia robado los corazones: el conocimiento de ſu innociencia era notorio, y al vèr la inhumanidad contra innocentes, eran forzoſas las lagrimas, que impedian la viſta, y el horror embotaba la memoria: haſta ahora, como los tormentos, y muertes havian ſido uno por uno, pudieron relacionar menudamente ſus circunſtancias; pero ahora, que la rabia era de muchiſsimos, que acometieron al miſmo tiempo como exercito contra un rebaño entero de corderos, la ferocidad de los unos impedia vèr la crueldad de los otros. En general teſtifican todos, que de dos en dos, de tres en tres, ſegun que tropezaban con mas, ò menos arraſtrados al borde del Navio, à unos degollaban, como à corderos, à otros coſian à puñaladas, ò eſtocadas, como à enemigos, à otros molian à golpes, como à deſpre-

cia-

ciados, pues no havia mas orden del ſuplicio, que el deſorden de ciega voluntad; y à unos muertos del todo, à otros medio vivos, los arrojaban al Mar: donde ſe repreſentaba otro teatro laſtimèro, viendoſe los cuerpos atropellar unos à otros, y golpearſe entre sì, pues à los muertos les faltaba el poder, y à los medio vivos el valor, que ſolo les baſtaba para animar eſtas voces: *Jesvs*, *Jesvs*, con que en aquel aprieto invocaban, y llamaban à ſu Capitan, y proteſtaban ſu Fè, y ſe reſpondian dulciſsimamente en la voz, y animaban los miſmos afectos del pechò, que havia exalado en jaculatorias. Los Soldados Portugueſes, y los Marineros lloraban amargamente la muerte, y exſecraban el impìo proceder de aquellos malvados, que llegò al ultimo extremo de hacer juego, y entretenimiento de la ferocidad: no pudo ſer otro el motivò del que inventò un nuevo genero de muerte, y una nueva eſpecie de tormento: cargò con polvora, y

bala

bala una pieza de cañon, tomò à uno de los Jesuitas, y le amarrò à la boca, aplicando à èl la cabeza, y dexando todo el cuerpo en linea recta: todo esto bien ordenado, diò fuego al cañon, que como se dexa conocer, hizo mil pedazos el cuerpo, gritando en algazàra, y con diversion todos los Calvinistas, que hacian fiesta, y mofa de la constancia: la risa, y la alegria la consiguieron, porque era voluntaria; pero no pudieron lograr vèr una lagrima, ni oìr un suspiro, ni mas voz que la que resonaba en accion de gracias, y alabanzas Divinas.

Antes aqui debemos acordar el singular fervor, y animo de los Hermanos Alvaro Mendez, Estudiante, y Gregorio Scrivanio, Coadjutor: estaban separados en distinto camarote, por el motivo de hallarse enfermos; y como con el ruido conociessen novedad, y sospiessen de algunos lo que passaba, no les sufriò el corazon esperar, que los encontrassen, ni dexar perder la suerte, y compañia de

sus

ſus Hermanos; y tomando con prieſſa ſus veſtidos, ſubieron à mezclarſe con los otros, ofreciendoſe voluntarias victimas al martyrio, que lograron. Ni fuè de menor esfuerzo el valiente corazon de el Hermano Simon de Coſta, Novicio: era eſte joven de diez y ocho años, blanco, rubio, de ſuaves carnes, y demàs facciones, tan proporcionadas, y hermoſas, que por el aſpecto le creyeron nacido en muy delgados pañales; y aqui entrò la codicia à ſalvarle la vida con la eſperanza de algun quantioſo reſcate: ſepararonle con algun cuidado, y dieron cuenta à Jaques Soria, quien les mandò ſe le llevaſſen. Preſentòſe el innocente; y èl creyendole muy Cavallero, haciendo oficio de Juez, le preguntò, como otrò lo hizo con Chriſto: *Quien eres tù?* A que manſamente reſpondiò èl conſtante: *Yo ſoy Catholico, y ſoy de la Compañia de Jesvs.* No queria ſaber eſto Jaques; y entibiado el cariño con que ſe havia pagado del joven, con roſtro ay-

ayrado, y voz aſpera, replicò: *Eſſo yà lo ſabìa: lo que te pregunto, y lo que quiero ſaber es, quien eres?* Pero con la miſma conſtancia reſpondiò ſegunda vez: *Soy Catholiço; y ſoy de la Compañia de Jesvs.* Inſtò con mas furia el iniquo examinador; pero no pudo ſacar de ſu innocente boca mas palabras, que la continua repeticion de las miſmas: de que irritado Soria, por tomarlo à deſprecio, mandò, que degollado le arrojaſſen al Mar; y como abundaban verdugos, lo miſmo fuè fallar la ſentencia, que executar la juſticia.

Aſsi diò fin la tragedia en aquellos treinta y nueve dichoſiſsimos, y bienaventurados Soldados de Chriſto: uno ſolo de los quarenta, de que ſe componia aquella Eſquadra, quedò vivo, y fuè el Hermano Juan Sanchez, Coadjutor temporal, que ſervia el oficio de Cocinero en la navegacion: quando los Hereges vieron aquella desfigurada preſencia, ſotana corta, por eſtàr toda llena

na de arapos en el borde, lo demàs mugrienta, por la grasa que cubria, donde manchaba el paño, manos asqueroſas, por no cuidadas, preſencia ruſtica, boca dura, toſco en ſu modo, y ſimple en ſus dichos, ſin herirle con la mala intencion de entretenerſe, ò con un loco, ò con un ſimple, le preguntaron, de què ſervia? El entonces, con ingenuidad, dixo: Yo ſoy el Cocinero; luego que oyeron eſte oficio, ſoſſegaron ſu diſſonancia de ſer tan puerco; y creyendo, que los Jeſuitas no llevarian para eſte oficio à quien no fueſſe muy dieſtro, y que de èl poco tenian que temer, porque un Cocinero, ni en el Braſil ſe meteria à Predicador, ni à Miſsionero, antes de mortificarle dieron cuenta à Jaques Soria del hallazgo, porque ſabian que le neceſsitaba. Eſta fuè ſu deſgracia, porque luego que Soria hallò lo que havia meneſter, y con la aprehenſion vulgar de Cocinero de los Padres, juzgò que tenia ſatisfecho ſu guſto, y mandò, que

le dexaſſen vivo para que le ſirvieſſe, y que le ſubieſſen à la Capitana: no le mudò el habito, porque el que tenia era tal, que no ſe ſabìa, ni ſe diſtinguia ſi era Jeſuita, ò galopin; y porque à Soria ſe le hacia largo el tiempo de probar la habilidad, diòle poſſeſsion del ſogon, y los guiſados ſalieron como de ſu mano, pero los ſazonaba la aprehenſion, y ſiguiò ſu oficio, ſin aſco, como debìa tenerle el Soria: eſta fuè tòda diſpoſicion humana para el alto fin de la providencia Divina, que por eſte ſuave medio diſpuſo quedaſſe vivo, quien juzgandoſe parte intereſſada, atendieſſe à quanto paſſaba al miſmo tiempo de la tragedia, y pudieſſe ſu autenticado informe dexar archivadas las noticias.

Pero no por eſto quedò incompleto el numero de quarenta. El Dios miſmo, que yà en otra ocaſion en el baño clado de los quarenta Martyres de Sebaſte, diſpuſo que entraſſe uno de nuevo à lograr la palma, que havia perdido por algun tiem-

tiempo la flaqueza de otro, diſpuſo ahora, que huvieſſe quien ſubſtituyeſſe la falta, que ſin culpa ſuya hacia el Hermano para llenar el numero; però con la ventaja, de que en nueſtro caſo, para conſervacion de la gloria de la Religion, nò tuvo neceſsidad el preſervado de renegar de la Fè, para conſervar la vida.

Hallabaſe en el Navio un joven de belliſsimo natural, y amables prendas, que ſe llamaba San Juan, y era ſobrino del Capitan. Eſte entrò en el Navio, ſin mas deſtino, que la intencion de ſu tio de irle criando en ſu oficio: eſtas ſon las ocultas diſpoſiciones Divinas, que no alcanzamos. Deſde el primer dia le hizo eco, yà fueſſe de harmonìa, yà de diſſonancia, el retiro, y abſtraccion de los nueſtros: eſte reparo le hizo atender con un poco de curioſidad à ſu porte; y aqui ſu modeſtia, y modo de proceder, le encariñò tanto, que pidiò con inſtancias al Padre Acevedo, que le recibieſſe en la Compañia, y le dexaſſe hacer el via-

ge con los Jesuitas, pues deseaba serlo. El Padre le respondiò con buenas palabras, y dandole esperanza de què si proseguia en sus buenos deseos, se le recibiria en el Brasil, con tal de que en todo el viage diesse buena cuenta de sì; pero instando en su pretension, le permitiò que tratasse con los nuestros, y despues siguiesse en todos sus exercicios: obedeciò, y hizo muy bien hechos sus meritos, no solo seguia la distribucion en los exercicios espirituales, y devotos, sino en todos los exteriores de humildad, y caridad, barria con todos, assistia à los enfermos del Navio, limpiabalos, consolabalos, y en estas cosas era siempre el primero, con tanta mas victoria de sì mismo, quanto no vestìa habito, que las condignificasse; antes sì gala, que repugnaba à las humildades: en este tiempo procuraba no apartarse del P. Acevedo, y lograba quantas ocasiones podia de ser molesto, sin causar enfado: hasta que un dia, convencido

yà

yà de ſu conſtancia, le dixo: Yà es Novicio, que al Religioſo no le hace, y conſtituye tal el habito, ſino es el animo, y la coſtumbre, ſus obras, y no el veſtido; eſte ſe le ofrezco yo, luego que deſembarque en el Braſil, que aqui ni es ocaſion, ni baſta el veſtuario para los que ſomos. Con eſto èl ſe miraba yà contento con ſer Novicio de palabra, y todos le miraban como tal en ſus obras. Aſsi vivia al tiempo de la congoxa; y viendo que ſus compañeros padecian el martyrio, y à unos degollaban, à otros herian, à otros golpeaban, y à todos los echaban en el Mar, pretendiò no ſer menos que ſus compañeros; y andando rebuelto en medio de ellos, ſe preſentaba ante los ſayones; pero eſtos, viendole en habito de ſeglar, le decian: No tenemos nada que vèr contigo, que el General ha dado la vida à todos, menos à los Papiſtas: eſte glorioſo nombre nos daban los Hereges. A eſta rèplica le pareciò deſahogo baſtante ſuplir con la

voz,

voz, lo que faltaba à los ojos; y à quantos encontraba iba diciendo, y repetia à gritos: *Yo tambien estoy recibido en la Compañia de Jesus: mira, mira, yo tambien soy Jesuita, yo soy Papista: yo tambien voy al Brasil à predicar la Fe Catholica Romana*; pero la confusion era tanta, que el joven decia, y ninguno le oìa, y aunque hablaba recio, y claro, ninguno gozaba sossiego para entenderle. Viendo esto, santamente embidioso de la suerte de sus Hermanos, baxò entre cubiertas al apartamiento de los Jesuitas, y alli entre trapos viejos hallò una mala sotana, despreciada por inutil; pero à èl le valiò una eternidad de gloria, porque vistiendola apriessa, volviò al combes, y se mezclò entre los que todavia estaban vivos; con que no distinguiendole mas que por la sotana, fuè tambien martyrizado, sufriendo el deguello, despues del qual le arrojaron al Mar: con que viño à llenar el numero de quarenta, y à ocupar el lugar del desgraciado Sanchez.

Su-

Sucediò el martyrio de eſtos Heroes el Sabado 15. de Julio de 1570. y no pudiendo dàr una individual noticia de cada uno en particular, pues quando ſalieron de Lisboa, no ſe tuvo eſta curioſidad, y de muchos de ellos, como Novicios, y otros como Eſtudiantes, no ſe miraban con mas reſpeto, que como muy virtuoſos, dexando por ahora los nombres pàra el fin de eſte libro, donde los podrà vèr, ò la devota curioſidad, ò el interès del parenteſco, ò la Patria; pues el ingerir aqui la liſta, fuera detener mucho el hilo de la Hiſtoria: en general digo, que nueve eran Eſpañoles, 31. Portugueſes: dos ſolos Sacerdotes, de los 38. reſtantes, veinte y dos eran recibidos, y deſtinados al Sacerdocio: los diez y ſeis tenian el humilde grado de Coadjutores temporales; eſtos iban al Braſil, parte para ſervir en los Colegios, ò Caſas, que entonces havia, en los domeſticos oficios propios de ſu eſtado, deſcargando con eſſo à los Sacerdotes, y dandoles tiempo à

que

que todo le ocupaſſen en la converſion de los Infieles, y parte ayudando à los Miſsioneros, haciendo oficio de cathequiſtas para con los Neophitos. Entre los deſtinados al Sacerdocio, doce havian cumplido, à totàl ſatisfaccion, todas las experiencias del Noviciado; los otros nueve eran Novicios, y el adaucto San Juan recibido en voz, pues ſolo por sì miſmo ſe viſtiò la ſotana, para lograr el martyrio. Entre los Hermanos Coadjutores, debiamos contar à Juan Sanchez; pero ſu deſgraciada habilidad de Cocinero, le ocaſionò la infelicidad de ſalir con vida, y à los nueve años el mayor infortunio de ſer deſpedido de la Compañia; y quien no mereciò ſer compañero, perdiò tambien el titulo de Hermano: debenſe aqui admirar los ocultos, è ineſcrutables juicios de la Providencia Divina, que permitiò en eſte hombre un paſſo tan funeſto, como es deſde coronarſe Martyr, à infamarſe con no ſer ni Religioſo;

ni

ni este accidente debilita la fè que se debe à sus deposiciones, sobre lo que sucediò en este Martyrio; pues si bien se considera, tienen ahora mayor peso, quanto era en èl menor el interès, que podia tener en la gloria de unos Martyres, y una Religion, de donde havia sido expelido, y arrojado.

CAPITULO XIII.

DE LO QUE SUCEDIO EN LA Nao Santiago, despues de la muerte de los quarenta Martyres.

EN esta tragedia se passò la mayor parte del dia; y yà pensaban los verdugos en descansar, despues de tanto afàn, voluntariamente ocupados en innocentes, en que nò cabìa la resistencia; pero ociosos, haviendo desembarcado la Nao de los cadavères, volvieron la furia contra su carguìo: supo muy al principio esta resolucion Soria, y man-

dò, que sin abrir ninguno, subiessen los caxones à la Capitana; alli delante de èl mismo se abrieron con grande algazàra, y todo el equipage era recado de decir Missa, Calices, Copones, Santos Christos, Medallas, Rosarios, Reliquias, Agnus Dei, y Estampas, todo ello provision que en Roma havian dado al Padre Acevedo, parte, y no pequeña el Sumo Pontifice San Pio V. y lo demàs, à su exemplo, Señores Cardenales, y otros Devotos; pero como se iban abriendo las caxas, y Jaques Soria veìa aquella provision inutil à la codicia, y enfadosa para èl, por su falsa Secta, quando empezando por desagrado, se alterò la colera, y prorrumpiò en blasfemias, diciendo: *Quita, quita allà estàs ridiculas supersticiones. Este es el equipage de los Comissarios del Papa: con estas niñerias engañan à los pobres: destruyase todo, y dèse al fuego, ò arrojese al Mar.* Al punto fuè obedecido con gusto, y contento, que por darsele mayor, convirtieron en fiesta el saquèo, y

con

con animo ſacrilego hicieron moſa de todo lo ſagrado, corrìan, y ſaltaban por la Nave, uno con una Eſtampa en la mano la eſcupìa con eſcarnio, otro la raſgaba con deſprecio, qual con el puñal deshacia un Santo Chriſto, tal piſaba los Roſarios; huvo quien ſe viſtieſſe una Caſulla, y fingieſſe remedando las Sacroſantas ceremonias de la Miſſa: todo era alegre confuſion de riſadas, y todo profanacion de lo ſagrado. No faltò quien encontrando una Carita algo curioſa, por la veneracion, y leyendo el ſobreeſcrito, vieſſe que era un pedacito del Leño en que ſe executò la Redempcion; y deſpues de haverla ultrajado con ſu ſaliva, y dado à adorar falſamente à los otros Hereges, la llevò al fogon, y echandola en el fuego, dixo à un Portuguès, que eſtaba alli: *Mira, ſimple, mira como arde como qualquier otro palo, fiate en reliquias.* Como muy guardada tropezaron tarde con una caxa, que decia: *Cabeza de una de las compañeras de San-*

ta Urſula, dada por el Sumo Pontifice Pio V. Eſte hallazgo diò animo à una brigada de Hereges, eſtudiando cada uno como podria ultrajar mejor aquella ſanta Reliquia: ſacaronla, y como eran muchos, y todos querian gozar del entretenimiento; lo primero jugaron con ella à la pelota: canſados de eſte deſprecio, ò como ſucede à los niños, que mudan juego en paſſando algun rato de juego, la arrojaron al ſuelo, y alli à puntapies, y patadas la traian de un cabo à otro: tambien de eſto ſe faſtidiaron, pero no de ultrajar la Reliquia, que colgaron de una entena para que fueſſe, como fuè, por muchos dias el deſprecio, y objeto de mofas, burlas, bufonadas, y ſacrilegios. Y al fin la burla ſe acabò, arrojando al Mar todo aquel botin, reſervando ſolo los Calices, Patenas, y Copones, que eſtos, por ſer plata ſu materia, les preſervò del ahogo, por el memorial, que les preſentò la codicia.

Pero no permitiò que inſultaſſen, cō-

mo

mo en lo demàs, aquella Santa Imagen de Maria, copia de la de Roma, que llevaba el P. Acevedo, como triumphal Estandarte de aquella Apoſtolica expedicion. Tentaron, quando eſtaba agonizando, ſacarſela de los dedos; pero fuè vano ſu impulſo, porque con evidente milagro no contráſtaron ſus fuerzas à las que, para defenderla de inſultos ſacrilegos, tuvieron los artejos de un cuerpo, que yà luchaba con las agonìas de la muerte, y con la debilidad de agonizante, ni la ſoltò de la mano, aun deſpues de caìdo al agua; pues ſe obſervò con maravillà de todos, que aquel cadaver, abiertos los brazos en cruz, ondeò todo el dia à la flor del agua, ſin hundirſe, teniendo levantado el brazo derecho, y en la mano la Eſigie, como ſi todavia la quiſieſſe tener expueſta à la publica veneracion de todos los del Navio; pero ſi eſto debia cauſar admiracion, mayor fuè, que cerrada la noche, ſe acercò el cadaver al Navio, y llegando

do

do al coſtado, daba golpes el marco, como que pedia que le recibieſſen: eſta, ò caſualidad, ò maravilla, ſe repitiò tantas veces, que un buen Catholico Portuguès hizo el reparo, y con eſpecie infundida del Cielo, ſe aplicò al borde del Navio, y eſtendiò el brazo derecho, y en ſu mano depoſitò el cadaver la ſagrada prenda, que con milagro havia negado à los Hereges. El Portuguès, por entonces, la eſcondiò al beneficio de la noche, y con grandiſsimo cuidado tuvo guardada todo el tiempo de ſu embarcacion, haſta que conſeguida en Francia la libertad, tuvo modo de llevarla conſigo à la Isla de la Madera, y la entregò à nueſtros Padres, los que para mayor ſeguridad, y culto regalaron con ella al Colegio de la Baìa de los Santos en el Braſil. Alli ſe conſerva en nueſtra Igleſia, formando por sì ſola un Santuario de ſuma devociòn, no ſolo por la memoria del milagro, ſino tambien (ſegun nos dicen) eſtàn impreſſas en ella las ſe-

ña-

ñales enſangrentadas de aquellos dedos, que tanto la defendieron de las ſacrilegas manos de los Hereges.

Yà ſoſſegados los animos de los Corſarios, cargados con la preſa, y ufanos de la victoria, tomaron el rumbo à la Isla de la Gomera, una de las Canarias, para vender alli parte del botin del Navio; pero el Governador, que era hombre piadoſiſsimo, no permitiò que deſcargaſſen mercaderìa alguna, y ſolo cebò ſu codicia con la propria devocion, reſcatando à dinero algunos deſpojos de los humildes viejos veſtidos, que por deſpreciados havian quedado en los rincones del Navio, en aquel apartamiento que havian vivido; y por lo tocante à mercaderìas los deſpidiò, ſin darles licencia de que vendieſſen un fardo, y aſsi volviò triunfante, à ſu juicio, à la Rochela, donde divulgada la accion ſangrienta, con el animo, ò intencion de ganar el aura popular de aquel Pueblo, igualmente rebelde à ſu Rey, que à Dios, y

ſu

su Iglesia, fuè comunmente desaprobada, y afeada su accion, teniendo por vileza, y barbaridad indigna de Nacion tan culta, como la Francesa, ensangrentarse cruelmente contra una turba de innocentes desarmados, que no hacian, ni podian hacer resistencia, y sin mas merito, ò processo, que el seguir constantemente su Religion; por cuyos motivos, para algun descargo, y especie de satisfaccion, diò la Reyna cortès libertad à todos los prisioneros, y les ayudò para que volviessen à Portugal, donde testificaron, con muchos, y varios autenticos testimonios, quanto hasta aqui hemos referido.

BIBLIOTECA NACIONAL DE LISBOA

CA-

CAPITULO XIV.

ALGUNAS SEñAS MILAGROsas con que Dios manifestò la gloria de sus Martyres, despues de su muerte.

EN el mismo dia en que sucediò el glorioso martyrio de los Siervos de Dios en el Mar Atlantico, ilustrò Dios à la Santa Virgen Santa Teresa de Jesvs, con clara, y distinta revelacion de todo el sucesso. Vivia en Avila en el Convento que havia fundado en aquella Ciudad, y estando en fervorosa oracion, fuè arrebatada en espiritu, y fuera de sì viò, que se abria el Cielo, y que en medio de una inmensa luz, entraban en èl triunfantes nuestros quarenta Martyres, todos con palmas en la mano, y con guirnaldas en la cabeza: quedò suspensa mucho rato con gozoso jubilo de su espiritu, conociendo, y reconociendo en

aquella Compañia, ò Esquadra victoriosa, ò gloriosa, à su Pariente, segun la sangre, el Hermano Francisco Perez Godoy; y por esto, y por el habito, y otras señas, con ilustracion Divina, conociò, y supo, que todos eràn de la Compañia; y por sus heridas, que en vez de sangre derramaban luces, que eran Martyres. No tuvo secreta esta vision la Santa, que à gloria de Dios, manifestò el dia siguiente al Padre Balthasar Alvarez, entonces su Confessor, y de alli à poco tiempo se manifestò su verdad con la noticia que llegò à España de todo el sucesso. Esta vision, y revelacion la refiere en la vida que escriviò de la Santa Don Diego de Yepes, Obispo de Tarazona, quien tambien fuè por algun tiempo Confessor de la Santa; y el dia de oy està muy autorizada, porque con este testigo infulado, y con el testimonio autorizado del Padre Gil Gonzalez Davila, tambien Confessor de la Santa, y à quien boca à boca se la ma-

ni-

nifestò, està examinada, y aprobada, para probar, cómo se probò, y declarò el dòn de Prophecìa, y revelacion de cosas ocultas en la Santa Madre, en los processos de su Beatificacion.

El mismo dia que muriò, se apareciò el Padre Ignacio Acevedo à su hermano Don Geronymo, que en aquel tiempo militaba en la India Oriental, y con rostro sereno, y voz suave, le diò la felìz noticia, de que en aquel punto havia sido muerto en odio de la Fè por los Hereges, y que suelto de la carcel de esta vida, volaba à la Gloria. Don Geronymo con aquel animoso pavor, que le ocasionò aquella repentina, è inopinada vision, clamò: *Hermano, hermano*; pero clamò inutilmente, porque yà havia volado à la Gloria, el que solamente, para dàr la noticia, havia tomado por alli el camino, y como relampago diò luz, huyendo el cuerpo; bien sea que como tal, despues de sì el trueno, y el rayo abrasò su corazon, y le encendiò

en amor de Dios, y de su eterna salvacion, tanto como antes estaba engolfado en las fortunas del mundo; y haviendo sido Capitan General, y Virrey de la India, fuè capitulado en Lisboa, y à una vuelta de la rueda de la fortuna, se hallò bien embarazado en sacar en limpio su honra, à costa de su justificacion: en estas mudanzas se portò como verdadero Christiano, y aun Religioso, conformandose con la voluntad Divina, con pecho christiano, y con valor de desengañado. Havia hecho pintar à su Venerable Hermano, en la figura misma que se le havia aparecido; y este fuè el primer culto privado, que tuvo el V. Martyr, y ante esta Imagen acudia en el tiempo de sus ahogos, y à su intercession atribuìa el buen exito de sus intrincadas dependencias, como lo configuiò, recobrado aquel honor, y estimacion que havia ganado su espada en las victorias contra Infieles. Sobre todo, inflamado de aquel amor que concibiò en

aque-

aquella aparicion de su Hermano, à quien era continua la suplica de que intercediesse con Dios, à fin de que le concediesse una buena muerte, y de los actos de piedad, contritos, y exemplares afectos con que la acompañò, nos dexò firmes esperanzas de su logro.

El Padre Juan Madureyra, de nuestra Compañia, hijo legitimo de aquel exemplarissimo Fidalgo Don Enrique Gobèa, de quien hemos hablado, y fuè el que aconsejò à nuestro Ignacio, que entrasse à hacer los Exercicios de nuestro Santo Padre: medio con que logrò la Compañia tanta gloria, como oy logra en el P. Acevedo. Llegada à Portugal la noticia del martyrio de los quarenta Jesuitas, cuyo Capitan era Acevedo, se acordò al punto, ò no tuvo que acordarse, porque tenia muy en la memoria la antigua amistad heredada, y la firme correspondencia seguida que havian tenido: estas obligaciones lo eran para celebrar su triunfo, y cumpliò

quanto pudo en esto; y hallandose adornado de excelentes prendas, y entre otras de Poeta Latino, compuso un celebrado Poema, en que cantò la batalla, y la victoria; pero como ardia su voluntad en virtud, y zelo, tanto como su entendimiento se ilustraba en letras, conociò, que la verdadera amistad, y devocion, mas se explicaba con imitacion de virtudes, que con sutilezas en los elogios, y determinò seguir su misma vocacion; y obtenida licencia para passar Missionero al Brasil, fuè tambien prisionero, ò cautivo de los Corsarios Hereges, que le trataron tan indignamente, que la prision fuè un silencioso disimulado martyrio, en que consumido de trabajos, y del barbaro trato, saliò de sus manos, porque saliò de esta vida en la flor de su edad: su muerte por su edad fuè inmatura, y por sus circunstancias dichosissima; porque estando agonizando, viò repentinamente al Padre Acevedo, que con toda su Compañia de

Mar-

Martyres venia del Cielo, à conducir ſu eſpiritu à la Gloria. Eſte favor podia haver quedado ſecreto; pero no cupo el gozo en el pecho, que ſe deſahogò por la boca, exclamando: *Mirad, mirad à mi Padre Acevedo con toda ſu bienaventurada compañia. Seais bien venidos, chariſsimos Protectores mios, mis piadoſiſsimos Abogados. Voſotros, ſin duda, venis à conducirme à mi al Cielo. Vamos, vamos;* con cuyos ſuſpiros piadoſiſsimamente eſpirò. Oyeron las voces, y vieron la muerte muchos Catholicos, que havia en la Nave priſioneros, por cuyas ateſtaciones juridicas ſabemos eſte prodigio, que confirma la verdad, honra, y buena memoria del P. Madureyra.

El V. P. Marcelo Maſtrilli, varon bien nombrado en los Faſtos de la Compañia, por la afamada aparicion de San Franciſco Xavier, en que ſanandole de una mortal enfermedad, le mandò fueſſe al Japòn à predicar la Fè de Chriſto, tomando el viage deſde Napoles, haſta

el

el opuesto extremo del mundo, passò por el Loreto, y estando en la Santa Casa de Maria, obtuvo licencia de hacer vela toda una noche en la sagrada Capilla de aquel augustissimo Santuario: era aquella noche la del dia 15. de Julio, dia faustissimo, y de venerable memoria en la Compañia, pues en èl embiò al Cielo compañias enteras de Martyres: una fuè la de nuestros quarenta en el referido año de 1570. y otra la del V. P. Rodulpho Aquaviva, con otros quatro compañeros, que sucediò en la Isla del Salsete; trece años despues, en el año de 1583. Ahora, pues, en quanto el devoto P. Mastrilli estaba en fervorosissima oracion rogando à Maria Santissima salud, y vida para tan dilatado viage; y sobre todo, que al fin le hiciesse digno de dar su vida por el amor de su amadissimo Hijo; por la gloria de su Santo Nombre, y extension de la Fè, viò instantaneamente, que comparecian el V. P. Acevedo à un lado, acompaña-

do

do de ſus treinta y nueve compañeros, y al otro lado el V. P. Rodulpho Aquaviva, ſeguido de ſus quatro compañeros, y que ambas à dos Compañias ſe ponian de rodillas ante Maria Santiſsima, coadyuvando, ò vigorando la ſuplica del P. Maſtrilli. Que eſta no fueſſe iluſion imaginaria, ò imaginacion iluſa del devoto P. Maſtrilli, lo manifeſtò el exito, pues tuvo ſalud conſtante haſta llegar al Japòn; y à corto tiempo, como Predicador de la Fè de Chriſto, le encarcelaron, y deſpues de inmenſos trabajos, tuvo ſu vida el termino de ſus deſeos en un glorioſo martyrio.

A todo lo dicho debemos añadir lo que ſucediò al P. Godiño en el año de 1610. quando caminaba deſde Portugal al Braſil: eſte Padre, pues, à la viſta de la Isla de la Palma le ſobrevino una tan furioſa tempeſtad de Mar, que deſeſperando el Piloto de poder reſiſtir à la violencia del viento, y à la furia de las olas, y al contraſte de los embates, abandonò

el governalle, y se entregò à la Providencia, ù à la desesperacion: todos se daban por perdidos, quando se le ofreciò al P. Godiño, que aquel sitio, ò à lo menos no lexos de alli, era el Mar, que estaba santificado con la sangre de los quarenta Martyres; y lleno de aquella esperánza, que se concibe el medicamento quando se desespera de todos, invocò su nombre, pidiò su auxilio, y tomando con reverencia, respeto, y confianza, una firma que tenia del Padre Acevedo, cortada de una carta, la entregò à las olas, para que su poder refrenasse la furia; ni fuè menester mas, para que aquel elemento, que quando arroja el freno, no admite sujecion, sino es del Cielo, al punto se quietasse, se sossegasse, y en mar en leche recobrado el tymon, vogò el Navio con la felicidad, que le anunciò un prodigio.

Sì bien fuè mayor el que sucediò al Padre Mario Falconio en este mismo sitio. Navegaba el Padre al Paraguay,

Pro-

Provincia confinante con el Braſil, donde eſtaba dedicado Miſsionero; y llegando à las vecindades de la Isla de la Palma, en aquel ſitio del Occeano, donde las aguas fueron criſtalino ſepulcro de los quarenta Martyres, de repente parò el viento, calmò el Mar, y ſobrevino una tan obſtinada calma, que el Navio varò en el agua, como podia en el arena. En eſta ſuſpenſion ſiempre penoſa, ſe aſſomaron al ayre todos, como ſi mirando al viento huviera de venir antes, fuè providencia de Dios eſta natural, aunque inutil, curioſidad; porque ſi bien no vieron lo que eſperaban, vieron lo que nunca pudieron eſperar; quando reconocieron las aguas del Mar teñidas de roxo, como ſi eſtuvieran enſangrentadas; y como con atencion quiſieſſen examinar el prodigio, ſubieron al Navio un vaſo de aquel licor, yà fueſſe agua teñida, yà ſangre muy aguada; y guſtada, hallaron agua dulce, como de clara fuente, no yà mezclada con

los corpuſculos, ò eſpiritus de la ſal, que es la propriedad del Mar. A eſta maravilla volvieron los ojos à Dios, y reconociendo el milagro, todos querian beber, y ſe divirtieron del Mar, y de ſu viſta, porque tenian mas cerca otro milagro del agua del Mar, color de ſangre, y guſto dulce; pero no acabò aqui, porque volviendo la viſta al Mar, regiſtraron las aguas naturales, y criſtalinas, y en ellas, como en un eſpejo, pintada, ò repreſentada una ſcena divertidiſsima, y compaſsiva, en que ſe repreſentaba al vivo la hiſtoria toda de eſte martyrio, trece años antes ſucedido. Veìaſe claramente la Nao Santiago rendida à las cinco Naos Franceſas: dibujabaſe en ſu plano una confuſion de Portugueſes andando ſin tino: mas allà eſtaba Jaques Soria capitaneando la furia, y la ſoberbia: en la Nao Portugueſa ſe mirabàn muchos priſioneros triſtes, que en ſu accion de llorar ſignificaban ſu ſentimiento. Veìanſe puñales, lanzas, eſcopetas,

y

y multitud de verdugos que las manejaban, y con tal aſpecto, ò con tal accion; que bien ſe conocia, que el pincèl havia ſido ſoberano, pues el hiſtoriado era tan al vivo, que aun pintado cauſaba eſpanto, ò daba miedo. Eſto era en las Naves: en el Mar era mas divertida la viſta; eſtaban eſparcidos por la playa muchos cuerpos, todos con ſotana de Jeſuitas, nadando unos, y ſumergiendoſe otros; aqui ſalìa un brazo levantado, alli una cabeza que iba cayendo, porque la tiraba el cuerpo; en eſte nadaba otro cuerpo, que encontrando la ola ſe hundìa; à un lado ſe tropezaban los cuerpos al impulſo de las ondas, à otro lado las miſmas ondas los ſeparaban con contrario movimiento; y ſobre todo, ſe diſtinguia el cadaver del V. Acevedo con el brazo derecho elevado, y en la mano la Efigie de Maria; y eſte cadaver repreſentaba al vivo muchos paſſos; nadaba en la flor del agua, ſe llegaba al Navio Santiago, tocaba, como ſi llamaſſe, à

las

las tablas; volvia al Mar, repetìa el golpe, iba, y venia, haſta que ultimamente entregaba la ſagrada prenda. Eſta repreſentacion tuvo divertidamente atonitos à todos los del Navio, que la eſtaban viendo, y todos tenian preſente ſer el miſmo dia, que años antes, havia ſucedido la pèrdida del mundo en tantos Vatones, y la glotia del Cielo en tantas victotias. Harto ſintieron (lo que pocas veces ſucede) que ſe acabaſſe la calma, porque un viento fteſco levò el Navio, y deshizo el theatto; pero no pot eſſo ſe botrò de la memotia, que dutò tan impreſſa en quantos la vieron, que deſpues de años lo teſtificaron juridicamente.

CAPITULO XV.

DEL CULTO CON QUE HAN sido venerados los quarenta Martyres; y de los principios, y progreſſos de la Cauſa de ſu Beatificacion, haſta el Decreto de nueſtro Santiſsimo Padre Benedicto XIV.

LA muerte feliz de quarenta Jeſuitas en un dia, preſa de una Nao, priſion de los paſſageros, pèrdida de la cargazon, y victoria de Corſarios Hereges, que eſtaban violentamente ſobervios, y poderoſamente reſiſtidos, no era noticia de tan poco momento, que no volaſſe breviſsimamente por toda Europa. Los Calviniſtas miſmos la publicaron, buſcando aplauſos entre ſus partidarios, como ſi huvieran dado un golpe de muerte à la Chriſtiandad, quitando en eſte encuentro la vida à quarenta eſforzados Heroes, empeñados en la pro-

pa-

pagacion de la Fè. Los primeros que supieron el lance, fueron los Portugeses: estos, como mas interessados en la pèrdida, sobrecogidos al principio, no se alegraron tanto del triumpho de la Fè, quanto sintieron la luctuosa pèrdida de tantos, y tan dignos Sugetos, y la pèrdida que havia tenido la Christiandad del Brasil en tan escogidos fervorosos Missioneros; pero mitigado con el tiempo el primer dolor de la herida, venciò el contento, que aun dura, de haver dado en un dia, al Cielo, y à la Iglesia, una Compañia de Martyres. En los compañeros del P. Acevedo, que como se ha dicho, quedaron en la Isla de la Madera, fuè bien inexplicable el afecto: era un mixto dolor de la pèrdida, gozo de la dicha, y entre dolor, y gozo sobresalia deseosa embidia de la suerte. El P. Pedro Diaz, constituìdo Vice-Provincial por Acevedo, no podia tener sossiego, al considerar, que se le havia escapado de entre las manos una tan precìosa ocasion

sion de morir Martyr; pero Dios, que sabìa estos deseos, le difiriò la corona: no se la quitò para siempre, porque haviendo proseguido el siguiente año su viage al Brasil en la Armada de Vasconcelos, cayò tambien en manos del mismo Corsario Jaques Soria, quien como à los primeros martyrizò, no saciandose su barbaridad de la sangre de Jesuitas; y assi acompañaron à este sacrificio once de los que iban con su Superior en el Navio.

Entre tanto, certificado de la triste nueva, creyò obligacion de su oficio dàr distinta noticia de todo lo sucedido à su Superior, y General el Santo Francisco de Borja, como lo hizo en una larga carta, que traducida de Portuguès en Italiano, se diò à la Imprenta en el mismo año de 1570. y se publicò en Roma, para comun edificacion, y de alli en toda la Compañia. Leyendo este escrito, ningun domestico, ni estraño dudò, que estos Heroes eran verdaderos

Martyres. San Francisco de Borja se persuadiò tan altamente à esta firmeza, que no quiso intimar à la Compañia los acostumbrados sufragios, que se hacen por sus difuntos, sin oìr primero conceptos, y pareceres de otros, y sin consultar el Oraculo mas digno del Sumo Pontifice San Pio V. Su Santidad, oyendo el martyrio, sus circunstancias, su constancia, y el odio à la Fè, y à los Jesuitas del Tyrano: se compungiò, alzò los ojos al Cielo, y con lagrimas bendixo al Señor, que en su Reynado llenasse de palmas à su Iglesia; y recobrandose, volviò en sì, y dixo al General: *Encomendemonos à ellos, que son verdaderos Martyres*; ni se contentò con este Oraculo de voz, sino que en una Bula, que expidiò poco tiempo despues en favor de la Compañia, declarandola Religion Mendicante, tomò ocasion, aludiendo à nuestros Martyres; y para llenarnos de honras, alaba, y engrandece los muchos Sugetos, que pròdigos de su sangre, abandonan-

nando ſus vidas, emprenden el dilatado viage à los mas remotos climas, con ſolo el fin de eſtender la Fè, y plantar la Santa Cruz en ocultos boſques, donde reyna el Paganiſmo. Aſſegurado yà el Santo Borja del juicio, y parecer de ſu Santidad, en vez de intimar los acoſtumbrados ſufragios, eſcriviò una Carta circular à toda la Religion, en que inſinuando el ſentir de ſu Santidad, exhortaba à todos à dàr gracias al Altiſsimo, por el ſingular beneficio hecho à la Compañia de coronar Martyres à quarenta hijos ſuyos: añadiendo, que debiamos eſperar, que ayudaſſen mas à la converſion de todo el Braſil ſus interceſsiones deſde el Cielo, que lo que podian haver conſeguido ſus afanados ſudores en la tierra.

Pero antes de eſto, ò à lo menos al miſmo tiempo, en varias partes de la Chriſtiandad ſe havia eſtendido opinion firme, de que el V. Acevedo, y ſus compañeros eran verdaderos Martyres, y

como tales dignos del honor, y adoracion de Santos, y de Santos benemeritos de la Iglesia Catholica; y como en aquellos tiempos el conocimiento de estas Causas no estaba reservado, y tenian mucha facultad, à lo menos, para la permision, los señores Obispos, teniendo muchos abundantisima probanza, assi en la publica voz, y fama, como en seguros informes, permitieron publica veneracion, y que adoradas sus imagenes, se celebrasse el dia de su muerte, ò su victoria, como se celebran los dias de los Santos: Este culto le gozaron los Martyres en varias partes, y entre otras, en aquella Capilla de Valde-Rosal, de que hablamos en el Capitulo octavo. Y lo que mas se debe notar es, que en la misma Corte, y Curia del Sumo Pontifice, en Roma mismo, con permision de Gregorio XV. movido este tambien de las expresiones, y juicio de San Pio V. se tenian en nuestra Iglesia expuestas sus imagenes, con sus in-

sig-

ſignias, y atributos de Martyres, à publica veneracion, y en pacifica poſſeſſion, por el largo tiempo de cinquenta y cinco años, gozaron culto, haſta que ſobreviniendo aquella cèlebre ſancion de Urbano VIII. en que ordenò, y diſpuſo el methodo, y forma de proceder en cauſas de Beatificacion, y Canonizacion, reſervò el juicio, y reſolucion, en qualquiera de ſus puntos, à la Silla Apoſtolica, mandando, entre otras importantes ordenaciones, que ſe ſuſpendieſſe el culto, que ſe daba à muchos Iluſtres Varones, ſin expreſſa licencia de la Silla Apoſtolica; y aunque eſte Decreto, prudente en todo, daba licencia para continuar eſte culto, con muy benigna, y probable interpretacion, pues eſtaba permitido; y à la viſta de los Sumos Pontifices: la Compañia, deſpues de madura reflexion, ſegun ſu ſingular voto, eligiò obedecer, y no le pareciò conforme à ſu inſtituto la probable interpretacion, ò epicheya.

Eſte

Eſte miſmo motivo obligò à llevar las coſas por ſus cabales, y que corrieſſe el agua por ſu natural conducto, y ſeguir la obediencia; inſtaurando en aquel tiempo la Cauſa en la Congregacion de Ritus, como mandaba el Decreto, y aſsi ſe preſentò en el año de 1628. Alli al punto el Promotor puſo acuſacion de intrepido ardimiento, y temerario arrojo el haverſe expueſto los Martyres à un evidente peligro de caer en manos de los Calviniſtas. A eſta primera dificultad reſpondieron claramente el P. Cardenal de Lugo, que en aquel tiempo era Maeſtro del Colegio Romano, y el P. Virgilio Cepari, Rector del miſmo Colegio, muy inteligente en hiſtorias, y exemplos de antiguas Canonizaciones, y reſpondieron tan adequadamente, que en tanto tiempo como ha durado eſta Cauſa, nunca ha reſuſcitado eſta eſpecie; antes ſoſſegò en el todo, y ſe mandò ſe hicieſſen en Portugal, y el Braſil los proceſſos informativos, arreglados à las

nue-

nuevas diſpoſiciones, y planta nuevamente dada por ſu Santidad. Hecho todo, corriò ſu carrera en largas informaciones, dificiles yà por la diſtancia de los tiempos; y en el año de 1671. ſe tuvieron en Roma, primero la Congregacion que llaman Antipreparatoria, luego la que llaman Preparatoria; pero en eſta hallò el eſcrupulo reparo, no en el ſuceſſo, ſino en lo juridico de la probanza, y en los pocos teſtigos que havia de viſta; por lo qual, no dando ſentencia abſoluta, ſe proveyò un Auto interlocutorio, mandando que ſe inſtruyeſſe mas la Cauſa; pero en eſte eſtado durmiò mucho tiempo, ocupada la Curia Romana, y la Compañia en otras, cuyos Santos parecian mas vecinos à los Altares, como efectivamente llegaron el Santo Regis en ſu Beatificacion, y el miſmo, y San Stanislao, y San Luis Gonzaga en ſus Canonizaciones; no obſtante deſpertò eſta Cauſa en el Pontificado de N. M. S. P. Clemente XI. en cuyo tiempo,

po, ſiendo Promotor de la Fè Monſeñor Proſpero Lambertinis; oy Sumo Pontifice, ſe reaſumiò, y ſe tuvo otra Congregacion Preparatoria, en que ſe vieron las ultimas animadverſiones, ò reparos, que havia trabajado el ſeñor Promotor, con el titulo de ultimas, como que no havia ya que reparar; pero tampoco tuvo efecto eſta Congregacion, interrumpida por un Decreto del Señor Clemente XI. en que no eſtando ſatisfechò del modo con que ſe proponia el proceſſo, mandò: Que al tiempo de reverſe, ſe atendieſſe mucho à dos circunſtancias: La primera, el dicho, y juicio de San Borja, confirmado por San Pio V. de no hacer ſufragios por aquellos que eſtimaban por Martyres: La ſegunda, el culto que havian tenido publico por cinquenta y cinco años, y ſuſpendido unicamente por ciega obediencia de la Compañia al Decreto Pontificio.

No paſsò de aqui por entonces la reſolucion; pero yà como eſtaba predeſi-

ni-

nido en el Cielo, que algun dia fueſſe Juez abſoluto de la Cauſa, el miſmo que tanto la havia favorecido en el oficio de Promotor Fiſcal Benedicto XIV. oy Reynante; luego que ſe hallò exaltado à la Tyara, aun en los primeros cuidados de ſu Govierno, ſe acordò de ſu Cauſa de los quarenta Martyres; y aſsi como nadie, mejor que ſu Santidad, ſabìa el merito de la Cauſa, y las inſtancias del Señor Rey Don Juan el Quinto de Portugal le avivaban, ordenò de nuevo ſe examinaſſe, fixando el dia 4. de Septiembre del año de 1742. para que en èl, en preſencia de ſu Santidad, ſe tuvieſſe la Congregacion General ſobre eſte punto: *An conſtet de Martyrio, & Cauſa Martyrij.* Oyò ſu Santidad los votos, y pareceres de tan numeroſa, como autorizada Aſſamblèa, ſin que por entonces dieſſe reſpueſta poſitiva. Pero finalmente aconſejado con Dios, è implorado el celeſte auxilio, en el dia 21. del miſmo mes honrò la Igleſia de nueſtro Novi-

ciado ; y haviendo celebrado Miſſa en el Ara , y Altar dedicado à San Franciſco de Borja , publicò el tan anhelado Decreto , declarando , que el Martyrio , y Cauſa del Venerable Siervo de Dios Ignacio Acevedo , y ſus treinta y nueve Compañeros, eſtà tan bien probado,que ſeguramente puede procederſe à todos los demàs actos , y formalidades requiſitas , para exaltarlos al honor de los Altares. En eſta ocaſion hablò ſu Santidad con maravilloſa facundia , exponiendo toda la Cauſa , y ſus pruebas ; y concluyò el razonamiento con el belliſsimo texto de San Baſilio , en ſu Homilia , de los quarentà Martyres de la Igleſia , en que predica el Santo, que quanto mayor es el numero , ò la compañia de los Martyres , de que ſe trata , tanto mayor debe ſer el cuidado , y el empeño de la Igleſia en venerarles.

Parece que Dios quiſo favorecer los ſantos deſeos de ſu Vicario , pues publicado el Decreto , ſe encendiò en mu-

muchos la devocion, y la esperanza en la intercesion de estos Venerables Siervos suyos, y en el mismo mes de Septiembre empezaron à oirse en Roma milagrosos efectos de ella: siguen estos, y debe esperar el consuelo, que seguiran muchos, como medio para que logremos la dicha de venerarlos en los Altares. Detieneme el referir aqui estas maravillas, porque debiendose examinar en sustancia, y en pruebas por la Sagrada Congregacion de Ritus, obliga el respeto à no prevenir su juicio.

PROTESTA DEL AUTOR.

PRotestò el Autor, y protesta el Traductor, ambos obedientes à los Decretos Pontificios, que quanto se ha escrito en esta Vida, y Relacion, no merece mas fee, que la que se debe dàr à testigos, y dichos de hombres, y aquella que se merece el Decreto Pontificio, puesto al fin, reservando la decision del todo à la Santa Silla Apostolica, de quien benignamente se espera el deseado Decreto del culto de nuestros Venerables.

CA-

CATALOGO

DE LOS NOMBRES, Apellidos, y Patrias de los Venerables quarenta Martyres, y de su grado en la Religion.

Sacerdotes.

EL V. Padre Ignacio de Acevedo, de quien tanto ha hablado esta historia, como Superior de todos.
Padre Diego de Andrade, natural de Pedrogan, Diocesis de Coimbra.

Estudiantes que havian hecho los Votos, y ya eran verdaderos Religiosos de la Compañia.

Antonio Suarez, de Pedrogan.
Benito de Castro, de Caccimo, Diocesis de Miranda.

Fran-

Franciſco de Magallanes, de nobiliſsima familia, natural de Alcazar de la Sal, tierra iluſtre en Portugal.

Juan Fernandez, natural de Lisboa.

Luis Correa, de Evora.

Manuel Rodriguez, de Alcouchete.

Simon Lopez, de Irèn.

Manuel Fernandez, de Celorico, Caſtillo del Obiſpado de la Guarda.

Alvaro Mendez, de Jelves.

Pedro Muñoz, ò como otros leen, Nuñez de Fronteyra, del Obiſpado de Jelves.

Andrès Gonzalez, de Viana, Dioceſis de Evora.

Juan de San Martin, natural de Toledo.

Novicios recibidos para Eſtudiantes, y à ſu tiempo Sacerdotes, y Miſsioneros.

Gonzalo Enriquez, natural de Portō: eſte eſtaba yà ordenado Diacono.

Die-

Diego Perez, natural de Niſſa, de el Priorato de Crato.

Fernando Sanchez, Caſtellano.

Franciſco Perez Godoy, natural de Torrijos, Diocesis de Toledo, pariente cercano de Santa Tereſa.

Antonio Correa, natural de Porto.

Manuel Pacheco, natural de Ceyta.

Nicolàs Dinis, natural de Braganza.

Alexo Delgado, natural de Jelves, joven tan tierno, que apenas contaba catorce años.

Marcos Caldeyra, de la tierra de Freyra, Diocesis de Porto.

San Juan, natural de Porto, el que hemos llamado el adaucto, porque eſte fuè el que voluntariamente ſe viſtiò la ſotana, por eſtarle prometida; y con el deſeo del Martyrio previno el habito, para adelantar la Corona.

Hermanos Coadjutores.

Manuel Alvarez, natural de Evora.

Fran-

Franciſco Alvarez, natural de Corvillàn.

Domingo Fernandez, natural de Villavicioſa.

Gaſpar Alvarez.

Amaro Vas.

Simon de Acoſta, naturales los tres de Villavicioſa.

Juan de Mayorga, Aragonès.

Alphonſo de Vaena, Toledano.

Juan de Baeza, Eſpañol.

Antonio Fernandez, natural de Monte-Mayor.

Eſtevan Zurayre, Vizcayno, otros quieren que fueſſe Guypuzcuano.

Pedro Fontoura, natural de Braga.

Gregorio Eſcrivano, natural de Logroño.

Juan de Zafra, Toledano.

Juan Fernandez, y Blàs de Ribera, ambos naturales de Braga.

BRASILIENSE

Decreto en la Causa de la Beatificacion, y Canonizacion, ò Declaracion del Martyrio de los Venerables Siervos de Dios Ignacio de Acevedo, y otros treinta y nueve Jesuitas.

AVIENDO, en la Causa de los Venerables Siervos de Dios IGNACIO DE ACEVEDO, Provincial del Brasil, y otros treinta y nueve de la Compañia de Jesus, que à 15. de Julio de 1570. navegando al Brasil à predicar el Evangelio, donde San Francisco de Borja les embiaba, fueron muertos junto à la Isla de la Palma, de varios modos, por los impios Calvinistas, en odio de la Fè Catholica, y de la Santa Sede; hecha relacion mucho hà por el Cardenal de Torres, de clara memoria, del processo antes hecho por authoridad del Ordinario; la Sagrada Congre-

DECRETUM

Brasilien. in Causa Beatificationis, & Canonizationis, seu declarationis Martyrij Venerabilium Servorum Dei Ignatij de Acevedo, & aliorum triginta novem, è Societate Jesu.

UM in Causa Venerabilium Dei Servorum IGNATIJ DE ACEVEDO Provinciæ Brasiliæ Præpositi, ac triginta novem aliorum è Societate Jesu die 15. Julij 1570. dum in Brasiliam Evangelij prædicandi causa à S. Francisco Borgia missi navigarent, ante Insulam Palmæ ab impijs Calvinistis in odium Catholicæ Fidei, ac Sedis Apostolicæ variis modis occisorum, relato jam pridem per clar. mem. Cardinalem de Torres Processu desuper auctoritate Ordinaria confecto, Sacrorum Rituum Congregatio die 20. Maij 1628. communi

gregacion de Ritus, à 20. de Mayo de 1628. juzgado por voto, y consentimiento comun de todos, que se podia proceder à la especial indagacion de el Martyrio, y su Causa, sin los otros Processos en general, assi en la Corte, como fuera de ella formados; y en efecto, desvanecida enteramente por las respuestas del Cardenal de Lugo, de memoria esclarecida, entonces Maestro de Theologia, y de otros insignes Theologos, la oposicion de la voluntariedad del Martyrio, movida entonces, no por el Promotor de la Fè, sino por otros, haviendo expedido à 12. de Mayo del mismo año de 1628. las letras Remissoriales para los quatro Processos especiales sobre el Martyrio, y su Causa, prodigios, ò milagros, los quales debian formarse con authoridad Apostolica fuera de Roma en la Baia del Brasil, en Braga, Coimbra, y Evora de Portugal; y dado comission para dos en Roma; uno à 15. de Diciembre de 1640. al Pro Vicario entonces de su Santidad el Cardenal de San Onofre, de clara memoria, ò en su lugar à los Illustrissimos Señores Octavio Corsino, Arzobispo de Tarso, Lelio Falconerio, Obispo de Tebas, y Juan Baptista

omnium consensu, & voto ad specialem Martyrij, ejusque causa, inquisitionem, absque alijs Processibus in genere, tàm in Curia, quàm extrà illam deveniri posse censuerit; reque ipsa, sublata de medio per clar. mem. Cardinalis de Lugo tunc Sacræ Theologiæ Professoris, aliorumque insignium Theologorum responsiones oppositione de voluntarietate Martyrij, ab extra, & non à Promotore Fidei tunc excitata, die 12. Maij ejusdem anni 1628. Litteras Remissoriales expedierit ad quatuor Processus in specie super Martyrio, ejusque causa, & Signis, seu Miraculis auctoritate Apostolica extra Curiam Bahiæ in Brasilia, & Bracharæ, Conimbricæ, & Ebòræ in Lusitania faciendos; in Curia verò duos alios, unum die 15. Decembris 1640. Sanctissimi tunc Pro-Vicario clar. mem. Cardinali S. Honuphrij, sive Illustrissimi DD. Octavio Corsino, Archiepiscopo Tharsensi, Lælio Falconerio, Episcopo Thebarum; & Joanni Baptistæ Altherio, Episcopo Camerinensi, atque alterum die 24. Januarij 1665. clar. mem. item Vicario Cardinali Gibetto, sive Illustrissimis DD. Jacobo Theodulo, Archiepiscopo Amalphitano,

Joan-

tista Altieri, Obiſpo de Camerino; otro à 24. de Enero de 1665. al Vicario de ſu Santidad el Cardenal Ginetto, de clara memoria, ó à los Iluſtriſſimos Señores Diego Theodulo, Arzobiſpo de Amalphis, Juan Antonio Capoblanco, Obiſpo de Zaragoza, y Camillo Piazza, Obiſpo Dragonenſe, aſsimiſmo Subdelegados.

Y deſpues de quitado en el año de 1625. el culto publico, haſta entonces dado à los Siervos de Dios, con permiſsion del Ordinario, y de la Silla Apoſtolica; y hecha relacion por el Cardenal Antonio Barberino, de clara memoria, dia 15. de Septiembre de 1640. de conſtar de la obediencia à los Decretos *de non cultu*; aſsimiſmo, deſpues de admitida por la Sagrada Congregacion en la relacion hecha por el Cardenal Colona, de clara memoria, à 13. de Julio de 1649. y firmada de mano de ſu Santidad el Papa Innocencio Decimo, de feliz memoria, la comiſsion reaſſumptiva de la Cauſa en el eſtado, y terminos, que por entonces ſe hallaba, aprobada à 31. de Agoſto de 1669. à relacion del Cardenal Sigiſmundo Chiſio, de clara memoria, la legitimidad, y valor de uno, y otro Proceſſo Romano; y ſuplidos à Joanni Antonio Capoblanco, Epiſcopo Syracuſano, & Camillo Piazzæ, Epiſcopo Dragonenſi pariter ſubdelegatis commiſerit formandos.

Ac poſt remotum anno 1625. Cultum publicum, eo uſque Servis Dei Ordinariorum, & Sedis etiam Apoſtolicæ tolerantia exhibitum, dicto ad relationem clar. mem. Antonij Cardinalis Barberini die 15. Septembris 1640. conſtare de paritione Decretis de non Cultu; poſtque admiſſam die 13. Julij 1649. referente clar. mem. Cardinali Columna, per Sacram Congregationem, ſignatamque manu felic. rec. Innocentij Papæ X. Commiſſionem reaſſumptivam Cauſæ in ſtatu, ac terminis, in quibus tunc reperiebatur, approbara die 31. Auguſti 1669. ad relationem clar. mem. Sigiſmundi Cardinalis Chiſij validitate utriuſque Proceſſus Romani, ſanatiſque 21. Januarij 1671. per ſan. mem. Clementem Papam X. defectibus quibuſdam in ſupradictis quatuor Proceſsibus Braſiliæ, ac Luſi-

à 21. de Enero de 1671. por el Papa Clemente Decimo, de ſana memoria, algunos defectos de los referidos quatro Proceſſos del Braſil, y Portugal; haviendoſe propueſto (en la Congregacion Preparatoria) por el Cardenal Roſpilioſio, de clara memoria, la qual ſe tuvo à 2. de Mayo ſiguiente, por eſpecial privilegio impetrado à inſtancias del Conde de Prado, Marquès de las Minas, Embaxador del Sereniſsimo Rey de Portugal, la duda del Martyrio, y ſu Cauſa, juntamente con la duda de los prodigios, ò milagros; y al dia ſiguiente, oida la relacion, ſu Santidad reſpondieſſe, que debia diferirſe à la Congregacion General la propoſicion de la Cauſa, para que ſe eſforzaſſen, y aclaraſſen las pruebas.

Eſtas, en gran manera illuſtradas, y corroboradas, haviendoſe propueſto por el Cardenal Othobono, de clara memoria, en otra Congregacion Preparatoria, que ſe tuvo à 28. de Marzo de 1719. en preſencia de once Reverendiſsimos Cardenales, la duda del Martyrio, y ſu Cauſa, ſeparadamente de la de los prodigios, ò milagros, con las advertencias convenientes de N. SS. P. Benedicto XIV. entonces Promotor de la Santa Fè, el qual tuvo por bien de

taniæ, die 2. Maij ſubſecuti, ex indulto ſpeciali per Oratorem Sereniſsimi Regis Portugalliæ, Comitem de Prado, Marchionem de Minas impetrato, propoſitum à clar. mem. Cardinali Roſpilioſio fuerit in Congregatione Præparatoria Dubium de Martyrio, & ejus cauſa, complicatum cum Dubio de Signis, ſeu Miraculis; auditaque poſtridie relatione, Pontifex reſponderit, propoſitionem Cauſæ in Congregatione Generali differendam eſſe ad coadjuvandas, & dilucidandas probationes.

Iſtis autem magnopere poſteà illuſtratis, & corroboratis, in altera Præparatoria, quæ die 28. Martij 1719. coram undecim Reverendiſsimis Cardinalibus eſt habita, ſeparatim à Signis, ſeu Miraculis propoſitum à clar. mem. Cardinali Othobono fuerit Dubium de Martyrio, ejuſque cauſa, cum opportunis Animadverſionibus SS. D. N. BENEDICTI PAPÆ XIV. tunc S. Fidei Promotoris, qui ſtatim deindè dandas cenſuit, de-

de dár, y dió sus ultimos reparos para la Congregacion General; y haviendo sucedido, por providencia especial de Dios, que esta se tuviesse delante del mismo, yá Sumo Pontifice, conviene á saber, dia 4. del presente mes de Septiembre, en la qual, propuesta la duda por el Rmo. Señor Alexandro Cardenal Albano, con el presente Promotor de la Fè, R. P. Luis de Valenti, antes concordada: *An constet de Martyrio, & Causa Martyrij in casu, & ad effectum de quo agitur*? El mismo Santissimo nuestro Señor, leidos atentamente, y referidos los Votos de los Consultores, y oidos los unanimes de los Reverendissimos Cardenales, dilatasse por entonces la respuesta, hasta que en negocio tan grave, haciendo à Dios oracion por sì, y por medio de otros, alcanzasse la Divina luz para ello.

Yà finalmente, haviendo celebrado su Santidad el Santo Sacrificio de la Missa en el Templo de S. Andrès, en el Quirinal, en el Altar mayor, delante de una Imagen de San Francisco de Borja; para implorar la luz del Cielo, por medio de aquel, que siendo General de la Compañia, y consultado en la muerte de estos Siervos de Dios,

deditque postremas Animadversiones suas pro Congregatione generali; hæc autem Divino consilio factum sit, ut coram ipsomet jam Summo Pontifice nuper, nimirum die 4. Septembris decurrentis, fuerit habenda: propositoque in ea per Reverendissimum D. Alexandrum Cardinalem Albanum Dubio cum hodierno Fidei Promotore R. P. Ludovico de Valentibus antea concordato: *An constet de Martyrio, & causa Martyrij in casu, & ad effectum de quo agitur*? idem Sanctissimus Dominus noster, perlectis, relatisque Consultorum, & auditis Reverendissimorum Cardinalium concordibus suffragijs, tunc quidem distulerit Responsum, donec in re tàm gravi priùs Dei consilium suis, & aliorum precibus exquireret,

Nunc denique sacrosancto Missæ Sacrificio in Templo S. Andreæ in Quirinali ad majorem Aram ante Imaginem S. Francisci Borgiæ, ut lumen à Deo per illum imploraret, qui horum in obitu Servorum Dei consultus, an orandum pro illis esset, ac solita pro mortuis suffragia persolvenda; de Patrum sibi tunc Societa-

Dios, si se havia de rogar por ellos, y ofrecer los acostumbrados sufragios, de consejo de los Padres Assistentes, respondiò, que por estos quarenta, como Martyres, que eran, no le parecia se havia de rogar. Y atendida principalissimamente en esta Causa (ademàs de estàr perfecta en su classe la prueba del martyrio, que llaman subsidiaria) su antiguedad, y la circunstancia del culto publico, que tuvieron estos Sietvos de Dios desde el dia de su muerte, hasta los Decretos de Urbano, Papa VIII. de feliz recordacion (las quales dos circunstancias, para el adelantamiento desta Causa, el Papa Clemente XI. por un Breve particular, dado à 8. de Abril de 1704. mandò, que se atendiessen) Inclinado benignamente su Santidad à las piadosas instancias del Serenissimo Rey de Portugal D. Juan el V. hechas poco hà por sus Cartas; y llamados à su presencia el mencionado Promotor de la Fè, y yo el infrascripto Secretario de la Congregacion, aprobando el parecer de la misma Congregacion, declaró, que en la Causa de los Venerables Siervos de Dios IGNACIO DE ACEVEDO, y sus treinta y nueve Compañeros, de tal suerte se probaba el Martyrio, y la Causa

ti universæ præposito assistentium consilio respondit, pro quadraginta utpotè Martyribus orandum non videri, celebrato; attentaque potissimùm in Causa hac (ultra perfectam in genere suo, subsidiariam quam vocant, Martyrij probationem) antiquitate ipsius, & circunstantia cultus publici his Dei Servis à die obitus eorum usque ad fel. rec. Urbani Papæ VIII. Decreta exhibiti (quæ duo hac in causa suffragaturis san. mem. Clemens Papa XI. die 8. Aprilis 1704. peculiari Rescripto præscripsit attendenda) pijs etiam Serenissimi D. Joannis V. Regis Portugalliæ precibus per datas nuper Sanctitati suæ Litteras expressis benignè inclinatus; memorato Fidei Promotore, meque infrascripto Congregationis Secretario coram accitis, ejusdem Sacræ Congregationis sententiam approbando, declaravit, in causa Venerabilium Dei Servorum IGNATIJ DE ACEVEDO ac triginta novem Sociorum ejus Martyrium, & Martyrij causam ita probari, ut tutò procedi possit ad ulteriora, nimirum ad discussionem Signorum, seu Miraculorum juxta formam Decreti generalis die 23. Aprilis 1741. editi: *Atque*

ad

ſa de èl, que ſeguramente ſe podia proceder à lo que faltaba; conviene à ſaber, al examen de los prodigios, ò milagros, conforme al Decreto General, expedido à 23. de Abril de 1741. *Y para conſuelo no menos, que incentivo de aquellos principalmente, que ſe hallan en un continuo peligro de perder la vida, por cauſa, yà de propagar yà de plantar, yà de defender la Fè Catholica entre barbaros Idolatras, ò pèrfidos Hereges; y para inſigne blaſon de la Nacion, y de la Religion, que los referidos Siervos de Dios tuvieron, y profeſſaron muy benemerita de la Sede Apoſtolica, y de la Catholica Fè, como que poderoſamente ſe emplea en defenderla, no ſolo con ſumo ſudor; mas tambien, quando es neceſſario, con la ſangre;* mandò ſu Santidad dàr à luz, y publicar eſte preſente Decreto de *Declaracion* dia de San Matheo Apoſtol à 21. de Septiembre de 1742.

F. J. A. Cardenal Guadagni,
Pro-Prefecto.

Loco ✠ Sigilli.

T. Patriarcha de Jeruſalèn,
Secretario.

ad eorum præcipuè, qui Catholicæ Fidei quà plantandæ, quà propagandæ, quà defendendæ cauſa inter barbaros Idololatras, aut perfidos Hæreticos in aſſiduo vitæ periculo verſantur, ſolatium non minus quàm incitamentum, & decus etiam inſignre Nationis, ac Religionis, quàm prædicti Servi Dei ſortiti ac profeſsi ſunt, de Sede Apoſtolica, & Fide Catholica optimè meritæ, utpotè quam fuſo largiter non ſudore modò, verùm etiam, ubi opus eſt, ſanguine fortiter tuetur, præſens Declarationis Decretum in lucem edi ac publicari mandavit, hac die S. Matthæo Apoſtolo ſacra 21. Septembris 1742.

F. J. A. Cardinaliis Guadagni
Pro-Prefectus.

Loco ✠ Sigilli.

T. Patriarcha Hieroſolymitanus,
Secretarius.